ARIADNA BAKER

GUAPO, DESCARADO Y... ¡mi vecino!



ARIADNA BAKER

GUAPO, DESCARADO, Y... ¡mi vecino!

Primera edición.
Guapo, descarado, y… ¡mi vecino!
©Ariadna Baker.
©febrero, 2026
©imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

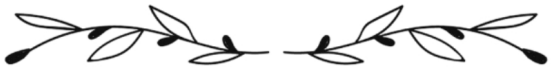
Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Movía mi cuerpo al ritmo de la canción que sonaba en la emisora de radio. El semáforo estaba en rojo, momento que aproveché para moverme con más intensidad y cantar con más efusividad.

Un joven que cruzaba por el paso de peatones se me quedó mirando mientras sonreía. Le hice un guiño y la sonrisa se le amplió. Era monísimo y debía ser ejecutivo por la manera en la que iba vestido y por la cartera de piel de documentación que llevaba en la mano.

Estaba feliz. A mis treinta años venía de firmar la compra de mi primera vivienda. ¡Ya tenía las llaves!

Se había llevado casi todos mis ahorros el tema de la entrada, ya que lo compré sobre plano y tuve que ir dando cantidades hasta cubrir el 20 % más la cuantía de los papeles. Seis mil euros que me quedaban en la cuenta y tenía que amueblar una cocina con sus electrodomésticos y el resto de la casa. Todo eso sin contar que no me podía quedar sin un remanente para cualquier urgencia.

Pero me daba igual. Si tenía que dormir en un colchón en el suelo, pues dormía hasta reunir más, pero ya tenía mi casa y por fin salía de un alquiler que se me estaba llevando todas mis energías.

No contaba con la ayuda de nadie; siempre había tenido que salir adelante sola, ya que me crie en un centro de acogida donde mis padres me dejaron cuando tenía dos años. Jamás volví a saber de ellos. Ni siquiera conservo el más mínimo recuerdo.

Con dieciocho años me puse a trabajar en un supermercado y a compartir piso con otras chicas que también salieron del centro. No pude seguir estudiando después del bachillerato, ya que mi prioridad era trabajar y tener un techo donde dormir.

En el supermercado me ascendieron a encargada cuando cumplí veinticinco años, cosa que me dio más libertad económica para seguir reuniendo, aunque fuese un poquito. Vivir en un piso alquilado compartido tampoco era barato porque me suponía seiscientos euros al mes. Menos mal que yo era de gastar poquito y, con esa edad, pude comprarme un coche decente nuevo. Digo decente porque fue de lo más baratito, pero para mí era todo un Lamborghini; más feliz no podía ser.

Luego seguí reuniendo para la entrada de un piso y, dos años atrás, conseguí firmar el contrato de reserva y entrada.

El piso era pequeñito, ya que solo tenía dos habitaciones, cocina, salón, baño en el pasillo y una terracita muy mona. No necesitaba más que tener mi hogar. La hipoteca se me quedó más baja que lo que pagaba de alquiler, con lo cual era mío y, además, ahorrándome un dinerito.

Tenía quince días para mudarme, ya que no iba a pagar ni un euro más por el alquiler, así que me puse manos a la obra y, tal como salí de la notaría, me dirigí a Ikea, que era el almacén en el que más económico podría comprar algunos muebles.

Con las medidas de la cocina me senté con el responsable de esa área y consiguió que el presupuesto, incluidos los muebles, el horno y la placa, además de la lavadora y el frigorífico, fuese de dos mil doscientos euros. Me pareció un muy buen precio, así que dejé todo reservado para que me lo llevasen.

La cama, el sofá, una mesa de comedor, otra auxiliar y una cómoda para mi cuarto los conseguí por mil setecientos euros, y también los dejé reservados para que me los llevasen. Había logrado todo a mejor precio del que había imaginado.

Tenía una tele nueva que compré para mi habitación alquilada y que era grande, con el pretexto de que me valiese para el nuevo piso. Lo bueno es que ambos dormitorios venían con armarios empotrados, cosa que me ahorraba dinero. No compré las mesitas de noche porque no quería gastar más, pero me haría con ellas al mes siguiente.

Esa noche iba a salir a celebrarlo. Era viernes y no trabajaba hasta el lunes, ya que me había cogido el día de hoy de asuntos propios y al día siguiente no era de los sábados que me tocaba trabajar.

—¡Ya tengo mis llaves! —grité al llegar al restaurante donde había quedado con Mirna.

—¡Felicidades, cariño! —Se levantó a abrazarme.

—Y estuve en Ikea, como te dije, y ya me hice con la mayoría de los muebles y electrodomésticos. Me ha costado todo unos tres mil novecientos euros; solo me faltarían las mesitas de noche de mi habitación y amueblar la otra, que por ahora no me corre prisa.

—Si me voy a dormir contigo, siempre me puedo meter en tu cama. —Me hizo un guiño en plan «buscona».

—Por supuesto. —Me reí—. Pero el sofá es *chaise longue* y tiene una pinta de cómodo…

—Ya me mandó al sofá. —Se santiguó.

—Me han dicho que en una semana me montan la cocina y todos los muebles. Así que ese mismo día dejo el piso compartido y me voy al mío.

—Qué bien, no sabes cuánto me alegro, Nuria. Y si necesitas que te deje algo de dinero, sabes que puedes contar conmigo.

—No, no, ya tengo lo importante comprado. Además, me sobraron dos mil cien euros y en unos días cobro doble con la paga. Voy bien. —Le acaricié la mano por encima de la mesa.

—Pero que jamás te veas agobiada, teniéndome a mí.

—Lo sé, cariño.

—Hoy invito a la cena.

—Por supuesto. La semana pasada pagué yo —dije, causando en las dos una risita.

—Ya me has pillado, y eso que quería quedar bien.

Nos pedimos una botella de vino lambrusco, ya que era italiano e iba muy bien con la comida. De cenar pedimos una *pizza* para compartir y una lasaña a la boloñesa que la hacían increíblemente buena.

—¿Y qué tal Jairo?

—Bien, deseando regresar. Ya le queda poco menos de un mes.

—Sí, es que fueron muchos meses de navegación. —Su novio era suboficial de Marina.

—¿Lo echas de menos?

—A ratos. Ya te dije que últimamente lo noto diferente y como que la cosa se había ido enfriando. Todas las personas tenemos un sexto sentido y algo me dice que se lio con alguien del barco.

—Lo mismo es solo cansancio.

—No, hay algo más. Está muy distante y las llamadas cada vez son más breves y escuetas. Parece que le molesta hablar conmigo. Y cuando le pregunto qué le pasa, se pone a la defensiva y me dice que deje de tener tantos pajaritos en la cabeza. Elude el tema.

—Está claro que si lo notas es por algo.

—Ya cada vez me duele menos, es como si estuviera preparada para lo que va a pasar. Sinceramente, tengo ganas de tener una conversación cara a cara; por teléfono es todo mucho más frío de lo que ya es.

—¿Chinchín por nosotras? —pregunté cuando nos sirvieron las copas y dejaron la botella.

—Claro —sonrió—. Chinchín por nosotras.

Mirna era una chica simpatiquísima a la que conocí en el trabajo y con la que me hice muy amiga hace años. Comenzó una relación con Jairo hacía dos, pero no vivían juntos. Ella seguía en casa de sus padres y, por ahora, no tenía intención de irse, ya que allí estaba muy bien. No era para menos: José y Aurora eran dos grandes personas que todo lo hacían con el corazón.

Cuando terminamos de cenar, nos dirigimos a un *pub* que nos gustaba mucho para tomar una copa. No nos quedaríamos hasta tarde, ya que a ella sí le tocaba currar ese sábado.

En el amor nunca había tenido demasiada suerte. De los dos hombres de los que me enamoré, ninguno me correspondió ni se interesó lo más mínimo por mí. Había tenido alguna que otra relación esporádica, pero las corté pronto, porque no terminaban de llenarme.

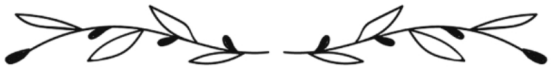
Había aprendido que la mejor persona para ser feliz era yo misma y que no necesitaba de nadie para sentirme acompañada. Quería que cuando el amor llamase a mi puerta, fuera algo que me moviera todos los sentimientos y, por supuesto, fuese mutuo.

Nos tomamos una copa charlando y escuchando música. Nos encantaban esos ratitos en los que nos evadíamos de todo.

La acompañé andando hasta su casa, que estaba relativamente cerca, y dos calles más allá estaba el piso compartido en el que vivía.

Llegué a casa intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a nadie, aunque no todas teníamos el mismo tacto. Por eso, y por algunas cosas más, estaba deseando salir de aquel lugar e irme a mi propio piso.

Capítulo 2



Acababan de colocarme todos los muebles en la casa y ya me había traído todo para el piso, momento en el que me despedí de la propietaria y de la chica con la que lo compartía, cerrando una etapa que había durado más de lo que nunca imaginé.

Estaba pletórica, recorriendo cada estancia y viendo todo tan nuevecito y mío. No podía tener mejor sensación; era una mezcla de ilusión, orgullo y una calma extraña que solo se siente cuando sabes que estás exactamente donde quieres estar.

Cogí el bolso y me dirigí al supermercado para hacer una compra de productos básicos de limpieza, de aseo personal y algo de comida con lo que empezar a llenar la despensa. Fui a mi centro de trabajo, ya que allí, a partir de cien euros, nos hacían un veinticinco por ciento de descuento por ser personal, y en ese momento cada euro de ahorro contaba.

Me había cogido desde ese día quince días de mis vacaciones para poder disfrutar de mi casa y adaptarme a ella con calma, sin prisas ni horarios. Además, siempre solía reservar una parte de mis vacaciones para esas fechas, como si algo dentro de mí supiera que ese tiempo iba a ser especial.

—Hombre, jefa, comienzas tus vacaciones de visita a tu trabajo. Lo tuyo hay que hacérselo mirar.

—¿Dónde mejor que aquí para gozar de unos buenos descuentos?

—También es verdad. ¿Qué te preparo?

—Córtame un cuarto de ese pavo, otro cuarto de ese queso en lonchas y un cuarto de aquel chorizo picante.

—Perfecto, ahora mismo. —Cogió tres tarrinas de plástico transparente.

—Voy a ir pidiendo mientras tanto en la carnicería, que no hay nadie.

—Claro, preciosa.

Quería llevarme unos filetitos de cerdo para hacerlos con roquefort y aproveché para comprar unas alitas de pollo, que al horno siempre resultaban una opción fácil y socorrida. Eso era, en principio, lo que tenía pensado comprar, pero terminé llevándome algunas cositas de más para ir preparando varias comidas de la semana.

Terminé de hacer la compra con el carro llenísimo. Pasé por caja y después me lo llevé hasta el parquin para vaciar las bolsas con calma.

Al llegar al garaje de mi piso, fui llevando las bolsas hasta el ascensor, momento en el que…

—Hola, tú eres…

—Sí. —Me eché a reír—. La que te guiñó el ojo cuando llevaba la música a toda voz.

—Eso mismo —sonrió—. Imagino que somos parte de los nuevos vecinos.

—Efectivamente, qué casualidad.

—Soy Mario Salvatierra.

—Nuria Estévez —le respondí.

Me ayudó a meter todo en el ascensor y, casualmente, vivíamos en la misma planta y puerta con puerta. Nos reímos por aquella coincidencia inesperada. Él era de los que firmaron un día antes, ya que habían tenido que dividir las fechas de notaría en tres días distintos.

Me dejó las bolsas en la puerta y se despidió, ofreciéndose para cualquier cosa que necesitase. Le dije lo mismo, todavía con una sonrisa tonta que no lograba quitarme de la cara.

¡Qué fuerte! Lo que eran las coincidencias. Guapo, interesante y… ¡mi vecino!

Me reía mientras colocaba todo en la cocina y los baños. Siempre había escuchado decir a Mirna que las coincidencias no existían, ¿y qué era aquello entonces?

Mario… ¡Pedazo de vecino de puerta con puerta! Estaba que me moría de la risa yo sola pensando en semejante casualidad. Para una vez que le guiñaba el ojo a un hombre, resultaba que iba a formar parte de mi día a día, porque serían muchas las veces que coincidiríamos en el rellano o en el ascensor.

Comencé a hacer el fondillo de verduras y, cuando ya empezaban a soltar todo su aroma, le eché las anillas de calamar para marcarlas un poco antes de añadir el agua y los trozos de patata. Ese guiso se me daba especialmente bien y era uno de los platos indispensables en mi mesa, al menos una vez cada dos semanas.

Había dejado todo colocado y, mientras la comida se hacía a fuego lento, comencé a pasarle un pañito a los muebles recién colocados, disfrutando de cada gesto sencillo. Una vez todo repasado, me puse a colocar mi ropa en el armario empotrado y en la cómoda. Me aliviaba mucho saber que en el cuarto de baño había un mueble de lavabo que venía con el piso, igual que ocurría con los armarios empotrados, porque eso me ahorraba tiempo, dinero y preocupaciones.

Estaba encantada con mi pisito, que aunque no era un palacio, para mí era un mundo entero. Saber que era mío y que lo había conseguido con el sudor de mi frente me hacía sentir de lo más orgullosa. Bueno, mío y del banco con el que tenía la hipoteca, pero cumpliendo con los pagos, algún día sería solo mío.

Preparé la mesa y me senté a comer mientras veía las noticias. Era algo que me encantaba y que en el otro piso me costaba conseguir, ya que allí siempre tenían puestos programas de salseo que no me interesaban lo más mínimo.

No podía dejar de reír recordando el encontronazo con el hombre al que le guiñé el ojo de forma tan descarada. Capaz era de pensarse que iba por el mundo seduciendo a cualquiera que se cruzara en mi camino.

Me pasé la tarde haciendo la masa para las *pizzas*, que me salían buenísimas, mientras pensaba en la cena con Mirna, que iba a venir esa noche. También aproveché para hacer un bizcocho de limón, de esos que me duraban varios días y me ayudaban a calmar los picos de ansiedad por el azúcar.

Sentía una libertad tan bonita que estaba viviendo ese momento con toda la emoción del mundo. Además, al ser todo tan nuevo, el piso lucía especialmente cuidado…

Había estrenado vajillas, sartenes, cacerolas, cubertería, manteles… cada detalle que había ido comprando meses atrás, poco a poco y con ilusión.

Mirna llegó a las siete de la tarde y le hice un tour por la casa. Se enamoró de cada rincón y del gusto que había tenido al elegir los muebles. La cocina era blanca, con la encimera de madera a juego con el suelo de parqué; había quedado preciosa.

Abrí una botella de vino blanco y serví dos copas. En un cuenco puse unas aceitunas y en otro unas patatas chips, y entonces comencé a contarle lo de Mario.

—Las casualidades no existen, la vida te lo puso ahí por algo.

—Para recrearme la vista, por ejemplo. —Reí—. Es tan mono…

—A por él, nadie te lo impide.

—No sé nada de su vida, lo mismo se ha instalado con su mujer y tiene hasta hijos.

—Los hubieras escuchado.

—Hoy es mi primer día aquí. —Volteé los ojos.

—Sí, pero imagino que te lo hubiera dicho al presentarte o al ofrecerse para cualquier cosa que necesites.

—No lo sé, ni idea.

—Tendrás que investigarlo…

Solo con pensarlo se me caía la risilla al suelo. No podía imaginar que ese piso viniese acompañado de un vecino de lo más irresistible.

Dividí la masa para dar forma a las dos *pizzas* y les puse el tomate y el queso por encima antes de añadir los ingredientes. A una le iba a poner atún con cebolla y jamón de pavo, y a la otra pepperoni del que había comprado, con salsa americana y ternera picada, que pasé antes un poco por la sartén.

Las horneamos y nos fuimos al sofá a comerlas, dejándolas sobre la mesa auxiliar que se elevaba y así se ponía a nuestra altura.

—Ayer me llamó Jairo. —Puso rostro de ironía.

—Sigue igual, por lo que imagino.

—Me dijo que cuando llegue tenemos que hablar.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Le dije que se podía ahorrar la visita y sus palabras.

—¿Y qué te contestó?

—Colgó la llamada. —Sonrió con ironía.

—Pues ya tienes todas las respuestas.

—Paso, de verdad que paso. Hubo un momento en el que lo pasé fatal, pero ya me estaba haciendo al cuerpo y la verdad es que no estoy para aguantar tonterías. Me dolió hace tiempo cuando comenzó a cambiar, pero a estas alturas le pueden dar por saco. Tengo claro que se ha liado con alguien del barco.

—Ya, viéndolo de esa manera…

—Cuando llegue, tiene vía libre para hacer lo que le dé la gana con su vida, pero que no se arrepienta, porque esta ya no está disponible de nuevo para él. Demasiado que lo he esperado, como una gilipollas.

—Dicen que la distancia hace el olvido.

—No, la distancia no, porque tenía que regresar tarde o temprano. Lo que lo ha estropeado todo ha sido el calentón que haya cogido. Solo digo que no se arrepienta, porque conmigo ya la tiene cruda.

»Me hice fuerte durante este tiempo. Por cierto, sí que eres buena haciendo *pizzas*; me gustan más que las del italiano, y eso que están riquísimas.

—El truco está en echarle a la masa de *pizza* un poco de pan rallado por ambos lados para que cruja.

—Buen dato. Lo haré la próxima vez que la haga, pero vamos, que yo las compro ya hechas, las que vienen en rollo.

—Sí, esas están muy bien también.

—Son la versión para las flojas —dijo a carcajadas sueltas.

Recogimos los platos y nos despedimos, ya que ella tenía que ir a trabajar al día siguiente y, además, después comenzaría sus vacaciones. Habíamos quedado en que haríamos algunas cosas para aprovechar los días libres; entre otras, ir a la playa, que la teníamos a dos pasos andando y todavía no la habíamos pisado.

Me acomodé en el sofá cuando sonó el timbre de la puerta. Pensé que era Mirna, que se había olvidado algo, pero la sorpresa fue que era mi vecino, sí, el señor sensual.

—He escuchado ruido y por eso me he atrevido a llamar. —Traía un platito con una servilleta encima y lo puso en mis manos—. Es un bizcocho de chocolate que he hecho esta tarde.

—Gracias —dije sorprendida—. Pasa, que yo he hecho uno de limón y precisamente se llevó un trozo mi amiga. Te lo preparo y lo pruebas.

—¿Intercambio de azúcares?

—Claro —sonreí cerrando la puerta.

—En mi ciudad es tradición que cuando alguien se muda a un edificio, se le dé un trozo de bizcocho casero a modo de bienvenida.

—Pues como en este caso nos hemos venido los dos, vamos a seguir la tradición con el intercambio. Por cierto, ¿de qué ciudad eres?

—De aquí, de aquí —me contestó, provocándome una risilla.

Su trozo lo puse en un plato mío y fregué el suyo. Lo sequé y le coloqué el trozo del mío con una servilleta nueva encima.

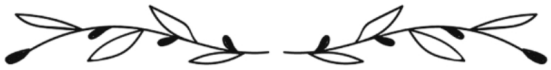
—Espero que te guste.

—Estoy seguro de que sí. Ten buena noche.

—Igualmente, vecino —sonreí, acompañándolo a la puerta.

Paralizada, sin aliento y alucinando. Había venido a traerme un trozo de bizcocho… ¡No podía ser más lindo!

Capítulo 3



Eran apenas las ocho de la mañana y ya estaba en mi cocina con el café en la mano. Me asomé por el balcón del lavadero, que daba a un patio interior, y me encontré con Mario, también tomando uno y fumando un cigarrillo. Sonrió con esa sonrisilla peligrosa y movió su mano del café, estirándola en mi dirección. Le respondí de la misma manera.

—Buenos días —le dije con la sonrisilla suelta.

—Buenos días, vecina. ¿Qué tal tu primera noche?

—Genial. Pero soy de madrugar y ya no podía seguir en la cama.

—Por cierto, anoche caí en la tentación y probé tu bizcocho. Me encantó la jugosidad y ese ligero toque a limón.

—Yo aún no probé el tuyo, pero caerá para merendar. Aunque estoy segura de que también estará increíble.

—Bueno, ha sido todo un placer verte de buena mañana. Tengo que salir para una reunión de trabajo; de lo contrario, te invitaría a que probaras los desayunos tan increíbles que me preparo, pero tendrás que esperar para otra ocasión. —Me hizo un guiño, provocándome una risilla mayor.

—Lo esperaré con impaciencia. —Me reí y luego pensé qué barbaridad la que había soltado.

—Cuenta con ello. —Levantó la mano a modo de despedida.

Entré con la mano en el pecho y la otra con el café, viendo cómo se movía la taza del tembleque. No podía creerme que me hubiera visto con esas pintas recién levantada. Y él tan jodidamente sexi… ¿pero ese hombre dormía en manteca para despertar tan perfecto?

Miré el móvil y tenía un mensaje de mi amiga. Era extraño tan temprano, aunque ella entraba hoy a las ocho para dejar todo listo para la apertura.

Mirna: *Buenos días, jefa. Mi último día antes de las vacaciones y voy a terminar presa. A Carlos me lo cargo, ¿pues no ha venido hoy diciendo que por mi culpa se ha tenido que coger las vacaciones más tarde y le salen los viajes más caros?*

»Pero que yo se lo he dicho claro, que el año pasado le respeté que él las cogiese primero, y este año tengo derecho yo, o si no que las hubiese pedido antes.

Nuria: *Buenos días, mi petarda. Ya sabes cómo es Carlos, que paga con todos cuando se levanta con el pie izquierdo. No le hagas ni caso, le has contestado bien y ahí tenéis el mismo derecho a elegir vacaciones, y se respeta a quien decide las fechas antes. Deja de amargarte, que estás a unas horas de coger tus vacaciones.*

Mirna: *Hazme algo de rechupete para comer y se me pasa el cabreo.*

Nuria: *Voy a hacer unos filetes de cerdo al roquefort con patatas fritas. Te van a encantar.*

Mirna: *Lo dicho. Nos vemos en tu casa. Llevo pan recién hecho. Te adoro.*

Carlos era muy tocapelotas. No era mala persona, pero tenía un humor muy visceral, y Mirna tenía muy poco aguante.

Me metí en la ducha con la idea de adelantar algo en la cocina y dejar preparadas algunas comidas que luego me servirían para otros días. Tenía tiempo, calma y una casa nueva que estrenar, y pensaba aprovecharlo.

La presión de la ducha era perfecta, nada que ver con la del piso anterior, que tenía menos fuerza que un niño de dos años. Disfrutaba bajo los chorros de agua caliente mientras me reía sola, recordando lo de mi vecino y la escena del balcón de esa mañana.

Me lie la toalla en el pelo para secármelo después y me puse unos *shorts* finitos y una camiseta de tirantes antes de comenzar a secarlo, sintiéndome cómoda y a gusto en mi propio espacio.

No podía parar de reírme pensando en las cosas que me estaban pasando con el vecino; hasta un desayuno me quería preparar, ¿no era para llorar de la risa? Iba directo, como los toreros, y me estaba viendo venir que, de seguir así, iba a ir a por la estocada.

Cuando llegaba a la cocina, sonó el timbre de la puerta y me quedé extrañada. Al abrir, era un repartidor preguntando por mí.

—No he pedido nada. —Pensé en alto, mirando un baúl precioso de madera que era una monería para el salón.

—Imagino que tendrás a alguien que te quiera y te lo haya querido regalar, porque ya está pagado.

Lo metió en el salón, colocándolo con cuidado en el lugar que le indiqué. Mientras lo hacía, no dejaba de pensar en si dentro habría alguna nota o cualquier pista que me ayudara a entender aquel regalo tan inesperado.

Le di una propina y se marchó sonriente. En mi cara debía de reflejarse la sorpresa absoluta que no conseguía quitarme de encima.

Abrí la tapa del baúl y, en su interior, encontré un sobre. Además, había algo más, porque venía cuidadosamente envuelto con papel de seda por el filo, lo que solo aumentó mi curiosidad.

Lo primero que quería saber era de quién provenía, así que saqué la tarjeta del sobre y la leí despacio.

«A las personas luchadoras y de buen corazón solo les pueden pasar cosas bonitas. Eres preciosa por dentro y por fuera. Disfruta de tu nueva casa.»

Joder, y no me decía quién era. Seguro que era cosa de Mirna; no podía ser de otra compañera de trabajo, porque allí no eran de gastar bromas ni de organizar sorpresas así.

Quité el papel de seda con cuidado y lo primero que me encontré fueron varias cajas. La primera que vi y que me dejó completamente loca era una Thermomix. ¿Quién cojones se había gastado mil y pico de euros en algo así y, además, para mí? Y eso sin contar el precio que debía de tener semejante baúl ni todo lo que aún quedaba por descubrir.

Me quedé impactada, porque ni en mis mejores sueños habría pensado en comprarla, sobre todo por el dineral que costaba. Era algo que siempre había visto como un lujo imposible, de esos que se miran de lejos.

La siguiente caja era una olla exprés de la firma de un chef muy reconocido; lo comprobé en el móvil y rondaba los quinientos euros. Me estaba quedando completamente loca. Otra caja contenía un horno pequeño que servía tanto para tostar pan como para hornear cualquier comida sin necesidad de encender el grande cuando no se trataba de cantidades importantes. Y, por último, dos cajas más: una con dos juegos de toallas de tres piezas que eran una auténtica preciosidad, y otra con una línea de productos para el pelo muy exclusiva y otra para el cuidado facial.

Me quedé un buen rato mirando todo aquello, intentando asimilarlo, porque no podía ser cosa de Mirna. El caso es que, salvo las toallas y los productos de cuidado personal, de todo lo demás de cocina yo no tenía nada; era casi como si alguien supiera exactamente lo que necesitaba. ¿Sería mi vecino capaz de…? No quería ni pensarlo, y menos aún que esto también lo tomase como una tradición. Me reí negando con la cabeza, aunque por dentro me sentía de lo más confusa.

No sabía si dejarlo todo dentro del baúl o empezar a colocarlo en la cocina. El caso es que estaba tan nerviosa que, para remediarlo, pensé que no había nada mejor que un café, con ese punto de ironía tan mío.

Salí al balcón del salón a tomarme el café, disfrutando de esas vistas tan espectaculares que tenía. Aun así, la cabeza no dejaba de darme vueltas, porque me podía la intriga de no saber quién me lo había mandado.

Decidí colocar todo. Si me lo habían regalado, era porque les había nacido hacerlo, aunque ya podían dar la cara. Conocerme, me conocían bien, porque sabían mi dirección. Incluso llegué a pensar que podía haber sido un regalo entre los cincuenta empleados del supermercado y que lo hubiera orquestado Mirna o Luis, que siempre era el encargado de preparar sorpresas por embarazos y esas cosas, haciendo recolectas para regalos.

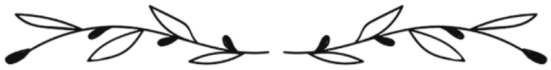
Los juegos de toallas eran preciosos, así que coloqué uno en el baño y dejé el otro guardado. Hice lo mismo con los productos personales, colocándolos en su sitio, todavía alucinando con todo aquello.

La Thermomix la puse en una esquina de la encimera, que me venía genial, y el mini horno también; era lacado en blanco y quedaba monísimo, como si siempre hubiera formado parte de la cocina.

Busqué mi lista de canciones en el móvil para escucharlas mientras me ponía a hacer los solomillos y dejaba preparados unos garbanzos con bacalao que me valdrían para tres veces. Una ración la dejaría para el día siguiente y congelaría dos recipientes para otros días.

El roquefort me había quedado perfecto; ya tenía los solomillos de cerdo también hechos. Los garbanzos seguían a fuego lento, como a mí me gustaba cocinar, aunque estaba claro que la olla exprés me venía genial para muchas otras cosas o cuando tuviera menos tiempo.

Capítulo 4



—Hola, petarda. —Me aparté para que entrase.

—Qué bien huele, por Dios. —Me dio un beso en la mejilla.

—La comida ya está en la mesa, pero lo que estás oliendo es que estoy haciendo unos garbanzos con bacalao. Puedes venir otro día a comerlos, estás oficialmente de vacaciones como yo. —La abracé de lado.

—¿Y eso? No estaba ayer —me preguntó mirando al baúl.

—De eso te quería hablar.

—Y yo te tengo que contar algo —suspiró.

—Veo que vamos a tener una comida entretenida —sonreí.

Saqué dos latas de refresco y nos sentamos a comer.

—El solomillo tiene una pinta espectacular, con el roquefort y las patatas crujientes como me gustan.

—Vienes muerta de hambre. —Me reí.

—Sí, y con el corazón a mil. Por cierto, ¿aquello es una Thermomix? —preguntó asombrada mirando hacia la cocina.

—Me ha llegado el baúl con… —le conté todo lo que contenía y que no tenía ni idea de quién había sido.

—Los del súper, ni de coña, y yo ya te digo que te he comprado algo que te llega mañana, pero de eso no sé nada. ¿No dices que tu vecino aparenta tener dinero y que te trajo el bizcocho y esta mañana te ha dicho que te preparará el desayuno?

»Blanco y en botella, ese quiere una noche de fiesta. Tiene pasta y esto para él es insignificante.

—O no lo es; también puede que le hubiese nacido, pero me cuesta pensar que me prepare todo eso tan precipitado.

—Te he dicho que las coincidencias no existen, ¿quién te dice que no se fijó en ti antes de lo que tú crees?

—Nos vimos quince días atrás cuando estaba parada en el semáforo. No ha sabido nada de mí hasta hace dos días que me lo crucé en el ascensor. Me resulta todo de lo más inverosímil.

—Las casualidades no existen, aunque a ti no te entre en la cabeza.

—¿Y qué me tenías que contar?

—Jairo fue a comprar al súper. —Amplió su sonrisa con ironía.

—¿A nuestro súper?

—Sí, como si fuese el único de la ciudad. —Volteó los ojos

—Querría verte —especulé.

—No precisamente, mejor refregarme. —Se encogió de hombros.

—¿Refregarte el qué?

—Iba con ella de la mano…

—¡¿Qué?!

—Me quedé con una cara de tonta increíble, pero no de pena ni de rabia, sino en plan: *¿tienes dignidad, chaval? ¿Te crees más hombre por hacerme esto cuando no te he hecho nada?*

»Me miró y alzó su cuello al aire mientras tiraba de ella y del carrito. Cuando reaccioné, me di cuenta de que me había quitado a un psicópata de encima. Temblando me he quedado toda la mañana. ¿Cómo puede tener tan poca decencia?

—Es lo mejor que te ha pasado, alguien así no te merecía. Qué palo con Jairo, pensaba que era buena persona.

—Me engañó hasta a mí. Y el muy cabrón llorando mientras me abrazaba cuando se marchaba para la navegación y diciéndome que era el amor de su vida. Menos mal que lo era… En fin.

No entendía cómo las personas podían ser tan insensatas y tener tan poco corazón. Para mí, el amor no consistía en enamorarse un día de alguien y al siguiente de otra persona, olvidando sin más todo lo que se había prometido o dicho. Al menos así lo entendía yo, desde mi manera de sentir y de vivir los sentimientos. Pero bueno, en la viña del Señor había de todo, y él estaba claramente en el rebaño de los hipócritas.

Después de comer se marchó, porque tenía que hacer unas cosas, y quedamos en hablar para ir a la playa a pasar el día en breve.

Para la merienda me preparé un café para tomarlo con calma, disfrutando del bizcocho de Mario. Con el primer bocado tuve la sensación de estar comiendo un brownie de lo más esponjoso y, además, con trozos de nueces. Tenía un sabor perfecto y fino, nada sobrecargado. Estaba tan rico que terminé devorándolo entero.

Llamaron a la puerta y, de nuevo, era un repartidor con una caja. Esta vez ni comenté nada; firmé la recogida y le di las gracias.

La puse sobre la mesa del comedor y la abrí para ver qué contenía. Dentro venía una caja muy bonita de unos grandes almacenes de firmas exclusivas. Al abrirla, apareció un precioso jarrón asimétrico, de cristal grueso formando curvas, pero a la vez muy fino, moderno y elegante. Lo coloqué sobre la mesa del comedor, pensando en llenarlo de flores en cuanto fuese a comprarlas.

Fue entonces cuando me di cuenta de que, al fondo, había una tarjeta del establecimiento con una nota.

«No te imaginas el amor que siento por ti.»

Esto me estaba cagando. Aquella nota iba mucho más allá de un simple halago; era una clara declaración de amor de alguien que no decía quién era. Mario estaba descartado, porque había que ser muy ingenua para pensar que palabras de tanto peso podían venir de alguien que me conocía desde hacía tres días y con el que apenas había hablado. Además, esa nota resultaba mucho más personal que la anterior, que se limitaba a hablar de mí desde la admiración, sin dejar caer nada más.

Llamé a los grandes almacenes que lo habían enviado y pedí que me dijeran quién lo mandaba, pero, claro, por la ley de protección de datos no podían hacerlo. Sí podían enviarme algo sin mi autorización, como les dije, aunque el pobre chaval no tenía culpa de las normas que les imponían ni de las leyes que existían.

Volvieron a llamar a la puerta y noté cómo me entraba ansiedad. Al abrir, solté el aire y me llevé la mano al corazón, aliviada, al comprobar que era Mario.

—¿Estás bien, Nuria?

—No, tengo un poco de ansiedad —le confesé—, pero no te preocupes, que se me pasará. ¿Quieres pasar y tomar un café?

—A eso venía —sonrió entrando al ver que me aparté—. Bueno, realmente venía a ver si tenías diez minutos y te invitaba yo a merendar, y así hablábamos un poco, que somos vecinos y siempre coincidimos con prisa.

—Acabo de merendar tu bizcocho, que, por cierto, estaba delicioso. Te prometo que no lo digo por cumplir, pero te salió buenísimo y esponjoso, como me gusta —le dije mientras cogía las tazas para echar dos cafés.

—¿Y se puede saber por qué te ha dado esa ansiedad? Te he visto muy pálida.

—Es que me está pasando algo muy raro… —le conté lo del baúl y lo de esa tarde, además de enseñarle las dos notas.

—Tengo un contacto gordo en los grandes almacenes. Déjame hacer una llamada.

—No te meteré en ningún lío, ¿verdad?

Esbozó una risilla, echando ligeramente la cabeza hacia un lado.

—Tranquila, me tienen mucho respeto.

—Vale.

Le puse el café mientras él ya marcaba a su contacto. No tardó en cogerle la llamada y le explicó lo que le estaba pasando a una buena amiga. Me pidió mi nombre completo y se lo dio mientras yo entendía que estaba consultando la base de datos.

—Apunta —me dijo.

Me dijo el nombre, Osvaldo Lorca Muñoz. Le dio las gracias, quedaron en verse pronto y colgó.

—Ese es el nombre de quien te envió el paquete.

—No lo he escuchado en la vida.

Nos pusimos a buscar por internet, pero no aparecía nada en redes, Google ni en ningún otro sitio.

—Hablaré con algunos contactos para que me den información.

—¿Por qué tienes tantas influencias? Bueno, no es mi incumbencia, pero me asombra que en nada consigas un nombre y tengas contactos capaces de darte información.

—Soy abogado y llevo a muchos clientes de poder. —Me hizo un guiño.

—¿Eres abogado? —Me reí.

—Eso dicen… —Sonrió mirándome.

Mario sabía que yo trabajaba en el supermercado porque, cuando le conté lo que me estaba pasando, le comenté que hasta pensé en mis empleados, ya que yo era encargada.

—¿Qué te parece si olvidemos las penas y salimos esta noche a cenar al chiringuito de la cala?

—Pues muy bien —dije sonriendo y sorprendida.

—Genial, ahora llamo y reservo mesa.

—A esta hora ya creo que estará todo cogido.

—No será problema. —Me hizo otro guiño—. Me voy, que tengo que ordenar unas cosas antes de ducharme. ¿A las nueve?

—Perfecto —sonreí.

Se marchó y me quedé como loca con la cita que me acababa de plantear. No podía ser más simpático. Lo que sí no me esperaba era que fuese abogado.

Escribí «Mario Salvatierra abogado» en el buscador y no apareció nada que tuviera sentido. Algún resultado suelto, perfiles sin relación, pero nada que encajase con todo lo que él me había contado.

Resoplé.

Recordé entonces que me había comentado que, en abogacía, prefería que lo llamasen por su segundo nombre.

Borré el nombre y escribí «Marcos Salvatierra abogado».

En menos de un segundo, su cara apareció en la pantalla acompañada de titulares que imponían respeto. Me quedé alucinando con la cantidad de casos importantes que había llevado, muchos relacionados con políticos y asuntos que habían sido muy sonados en el país.

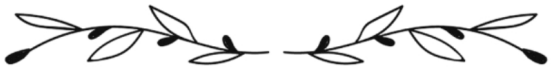
Lo que me chocaba era que, siendo un hombre que se notaba que debía estar forrado, se hubiese venido a un edificio así, que sí, muy nuevo, con calidades y vistas impresionantes, pero normalmente personas de su estatus vivían en casoplones o áticos espectaculares. Pero bueno, cada uno vivía y hacía con su dinero lo que le daba la gana.

El caso es que tenía una cita y estaba de los nervios. Llamé a Mirna para contárselo y se quedó a cuadros con todo: lo de la información y la cita.

Me deseó que me lo pasase genial y que disfrutase en todo momento. En el fondo se alegraba de corazón, porque era una chica muy sana, humilde y nada envidiosa.

Fui a ver la ropa y a dejar preparado mi *outfit*. Tenía que vestirme mona…

Capítulo 5



Estaba lista cuando Mario llamó a mi puerta. Me había puesto un vestido por encima de la rodilla, de tirante ancho, recto por encima del pecho, con un cinturón de la misma tela de lino y botones de madera que contrastaban con el color tierra del vestido, que había combinado con unas sandalias del mismo color que eran de caña, anudadas con tiras de piel.

—Qué guapa y elegante, vecina.

—Tú también vas muy guapo y estiloso.

Se había puesto un vaquero claro con unas deportivas blancas, a juego con la camisa, que llevaba por fuera y arremangada a los codos. Tenía una percha natural que hacía que, se pusiera lo que se pusiera, siempre estuviera de punta en blanco.

Bajamos en el ascensor hasta el garaje y nos montamos en su coche, un flamante Mercedes SUV de color gris perla. Por dentro parecía la cabina de un avión, de la cantidad de tecnología y detalles que tenía.

—¿No te llegó para uno más decente? —pregunté bromeando, con ironía, arrancándole una risilla.

—Me quedé corto —contestó con la misma ironía.

—Lo que es curioso es que, presuponiendo tu nivel de vida, te hayas comprado un piso aquí pudiendo seguramente haberte comprado otra cosa.

—Bueno, eso tiene su historia… —Sonreía mientras conducía—. Me he separado hace unos meses.

—Vaya.

—Este piso lo compré como inversión para alquilarlo, pero, dada la situación que se me presentó con el divorcio, decidí meterme aquí y ya comprarme algo desde la tranquilidad.

—Lo entiendo.

Comenzó a explicarme que tenían varias casas alquiladas y que todo se lo habían repartido. Mario se quedó un chalé de lujo en la playa, que tenía alquilado a una elevada renta, y este piso; ella se quedó lo demás. Tenían en común una niña de siete años llamada Luna. Se le notaba la rabia al comentarme que estaba muy influenciada por la madre y que tenía una actitud que no le gustaba nada.

Llegamos a la zona del restaurante de la playa, que era como un chiringuito de lujo, y metió el coche en un parquin cercano. Estaba todo abarrotado de gente paseando y en los restaurantes; las noches de ese principio de verano eran realmente para estar en la calle.

Nos acompañaron a nuestra mesa, que estaba totalmente al aire libre, sobre una tarima de madera en la arena. Me encantaba la decoración de la mesa, con flores naturales y una gran vela.

Mario me preguntó si íbamos a vino blanco y, al decirle que sí, pidió una botella, ya que yo no tenía ni idea de ello. Lo probó y, tras asentir, el camarero nos rellenó las copas y tomó nota de dos langostas a la brasa, una ensalada de salmón y aguacate con frutos secos y dos tostas de atún de almadraba. Lo dejé elegir, porque yo era de buen comer y me gustaba probar de todo.

—Qué bonitas son las noches de verano —dije mirando hacia el mar.

—Sí, son espectaculares, pero a mí también me encanta el invierno y las tardes de sofá con la mantita, viendo una serie.

—Sí, eso también es de otro nivel.

—Yo soy mucho de vivir las estaciones de manera diferente, aunque realmente será así para todo el mundo, pero cada una me aporta algo distinto.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Y dime, ¿eres feliz en tu trabajo?

—Sí, claro. La verdad es que la cadena me paga bien y, aunque no me haré rica, sí puedo mantenerme sola y ahorrar bastante, porque no soy nada derrochadora. Ahora el piso se llevó todos mis ahorros; recién comienzo a remontar con la paga extra de este mes y lo poquito que me sobró de los muebles. —Me reí.

Le estuve comentando lo de mi infancia y cómo no pude continuar para hacer una carrera o algo parecido, porque me tuve que buscar la vida desde muy joven.

—Eres toda una luchadora, como decía la nota.

—Sí. —Me reí.

—Y no conoces ese nombre y, sin embargo, parece que sí que te conoce bien.

—Es lo que más me preocupa.

—Debe de ser algún admirador secreto.

—Y tan secreto, como que no lo conozco. —Nos reímos.

Desde esa tarde conocíamos un poco más de nuestras vidas y nos sentíamos más cómodos. Se notaba que entre nosotros había ya una ligera confianza, porque bromeábamos muchísimo. Mario tenía mucho carisma, y eso que me decía que la que lo tenía era yo, pero él atraía por su manera de ser, aparte del físico y la guapura, que eran más que evidentes.

—La langosta es verdad que a la brasa está riquísima, pero la ensalada y la tosta no tienen nada que envidiarle; está todo de rechupete.

—Sí, además me gusta pedir que me traigan todo a la vez cuando es comida ligera, para ir disfrutando de cada cosa poco a poco.

—Es verdad, no estás obligado a comértelo individualmente, que cuando te llega el tercero ya estás que no puedes más y no lo disfrutas de la misma manera. Así vas probando un poco de todo y se disfruta más.

—Así es. Es como el tema de las personas más mayores, que llevan toda su vida desayunando su café con pan con aceite o mantequilla y no salen de ahí. Para ellos es impensable desayunar algún huevo a la plancha con aguacate, beicon o queso. Se lo pones y se niegan a perderse su tostada, y menos por estas cosas modernas, como ellos dicen.

—En mi trabajo tengo una compañera cuyos padres son tan tradicionales que la chica, con veintitrés años, tiene que estar en casa los fines de semana a las dos de la madrugada; según ellos, hasta que deje de vivir bajo su mismo techo.

—Se piensan que por eso la protegen más. Está claro que, si vive con los padres, debe tener normas, pero no de ese tipo, porque deberían confiar en ella. Pero es lo que te digo, que hay personas que se quedan en la rutina de lo que siempre hicieron y no avanzan o simplemente no quieren hacerlo.

—Y no tienen por qué ser malas personas por eso, porque mi compañera, a pesar de que le joden los horarios que le imponen por la noche, habla muy bien y con cariño de sus padres. Tiene asumido cómo son. Lo que sí la dejan salir hasta más tarde es en días como Navidad, Fin de Año, Semana Santa, ferias y cosas así.

—Lo típico que se empieza a hacer con un joven de dieciocho años. —Se reía—. Yo tengo asumido que, a este paso, me termina poniendo mi hija la hora a mí —bromeó, causándome una carcajada gigante.

Estábamos hablando de diversos temas que iban fluyendo cuando le entró una llamada.

—¿Sí?

Algo le dijeron que explotó como una bomba.

—¡No, no voy a ir, no me llames más, que eres una pesada! ¡Que te acuestes o te vayas a paseo, pero no me llames más! —Colgó.

—Siento que te hayan dado el momento… —dije con tristeza, viendo cómo se había puesto.

—¿A mí? Si no la conozco. Debe haberse equivocado, pero como me chilló que cuándo cojones iba a ir, pues la relajé un poco.

Me dio tal ataque de risa que no podía frenar la carcajada junto a las lágrimas que me salían. No podía ser más grande. Él se reía igual; lo mejor fue que una pareja de la mesa de al lado terminó a carcajadas, contagiada, mientras nos miraban. Se la habíamos pegado…

—Qué bueno ha sido eso, qué bueno —dije cuando pude calmarme un poco—. Esto no se me va a olvidar en la vida.

—Se lo ha buscado ella solita. Que no chille y así no recibirá de su propia medicina. El respeto se gana con respeto.

—No pensaba que se había equivocado… —Me reí.

—Lo gracioso es que, si le chillas, es por algo, es a alguien que conoces y que tienes grabado en tu móvil, no que tengas que teclearlo y falles.

—Hostias, es verdad. Qué raro que llame a alguien que no tiene de contacto. No había caído en eso con el ataque de risa. Y encima le pedía explicaciones como si fuera su mujer o novia. Qué extraño.

—Investigaré el número.

—¿En serio?

—Claro que no. —Se rio de lado y yo me eché a reír. No podía con él.

Era tan divertido que me había pasado toda la cena a carcajadas. Era una persona con una energía tan positiva que la transmitía, y se tomaba la vida con una filosofía que me encantaba, al menos hasta ese momento.

Como postre nos pedimos un tiramisú de café y caramelo para compartir, ya que era grande.

—¿Qué te parece si nos vamos a una terracita de copas?

—Tienes que conducir.

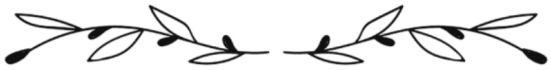
—No, tranquila, regresamos en taxi y mañana vengo a por él. Tengo el bono de aparcamiento general en los párquines de la ciudad.

—Bueno, por mí perfecto. No tengo nada mejor que hacer.

Sentía felicidad al saber que le apetecía seguir la noche conmigo.

La cuenta la pagó él y no me dio opción ni a hablar.

Capítulo 6



Nos dirigimos a una terraza que era heladería y de copas, un lugar con mesas altas, luces cálidas y ese murmullo constante de verano que invita a quedarse. Tuvimos que esperar unos quince minutos a que nos dieran mesa, ya que estaba todo ocupado y había una pareja por delante. La verdad es que la espera se me hizo corta; el ambiente era agradable y la noche acompañaba.

Nos pedimos unos cócteles de la casa que me recomendó Mario. Nos los trajeron bien presentados, con hielo picado y rodajas de fruta, acompañados de un platito con frutos secos. El primer sorbo ya dejaba claro que sabía lo que hacía al elegir.

Me comentó que tenía un despacho en el que trabajaba para él un equipo de abogados. Yo ya había bicheado en las redes y sabía que no es que tuviera «un despacho» sin más, sino que era uno de los más importantes a nivel nacional. Aun así, él lo contaba con una naturalidad que dejaba claro que no era, en ese sentido, nada presuntuoso.

Le gustaba comer en buenos restaurantes, salir a cenar, pero también hacerlo en casa y preparar la comida, ya que la cocina le apasionaba, al igual que el deporte, las series, viajar y disfrutar de una fiesta, pero desde la tranquilidad. Disfrutaba más de una cena y unas copas en una terraza que metiéndose en un lugar con la música a toda voz. Tenía treinta y ocho años.

—Mi vida es frenética en lo laboral, relajada en lo personal y alterada cuando me habla mi ex. —Se le escapó una risilla.

—No os lleváis bien, por lo que deduzco.

—Me tiene mucha inquina cuando la que provocó el divorcio fue ella. Me fue infiel con otro hombre, lo descubrí y, encima, quería que no la dejase y le diese una oportunidad cuando llevaba viéndose con el otro cuatro meses.

»No asume que no voy a volver con ella y todo son amenazas y advertencias cuando sabe que la puedo fulminar en un juzgado. Pero todo tiene un límite; cualquier día me veré en la obligación de hacerlo, muy a mi pesar, porque me frena mucho el respeto de saber que es la madre de mi hija.

—Debe ser difícil tu situación, pero claro, ¿para qué se te ocurre casarte si eso hoy en día no se lleva? —le pregunté riendo.

—Yo creo en el amor y de forma firme. Quiero envejecer junto a alguien sin que nos importen las arrugas y mirándonos con todo el respeto y cariño del mundo.

—Hombres como tú no quedan.

—Pues aprovecha que estoy en oferta.

Solté una carcajada y, de nuevo, las miradas se centraron en mi dirección, pero es que Mario tenía unos golpes que no te esperabas.

—Hoy me vas a hacer famoso —me decía riendo.

—Como si ya no lo fueras. —Casi desvelaba que le había estado investigando.

—Yo no soy famoso.

—Que sí, Mario, que sí. —Estaba muerta de la risa intentando dar un trago a la copa, pero del ataque que tenía era incapaz de cogerla.

Lo mejor era la sonrisilla fija con la que me miraba Mario; se notaba que también se lo pasaba pipa. Estábamos cómodos y eso era evidente.

—¿Me has bicheado por internet?

—Joder, Mario. —Casi escupo el trago que había conseguido dar—. Que eres letrado, divorciado y ¿también adivino?

—Lo sabía. Las mujeres sois muy curiosas.

—No todas somos iguales.

—Evidentemente que no, pero en el aspecto de curiosas no se salva ni una.

—Hombre, alguna se salvará.

—Cuando la encuentres, me la presentas. Y ya me encargaré yo de someterla a un interrogatorio sin que se dé cuenta y demostrarte con sus palabras que también lo es. La curiosidad no mató a un gato, mató a millones de mujeres —decía con la sonrisilla suelta.

—Que a ti investigar también se te da bien.

—Puros favores. —Me hizo un guiño el muy descarado.

—Tienes un morro que te lo pisas, chaval —negué riendo—. Por cierto, el cóctel está delicioso y entra genial.

—Aquí hacen los mejores de la ciudad y entran mejor que las copas.

—Desde luego.

—¿Creías que te iba a llevar a algún lugar que no merezca la pena?

—No lo sé, tienes pinta de exclusivo, pero no te conozco del todo. —Aguanté la risilla.

—¿Lo ves? Todas las mujeres sois unas desconfiadas.

—¿A ti qué te pasa con las mujeres?

—Que estáis todas cortadas por el mismo patrón. —Me hizo un guiño.

—Pues anda que los hombres. Cuando haya uno diferente, me lo presentas. —Se lo devolví.

—Aquí Mario Salvatierra. Encantado. —Estiró su mano.

—Qué morro tienes. Lo ratifico —negué riendo.

—Hablando de morro, me has dicho que estás de vacaciones, ¿verdad?

—Sí, me quedan trece preciosos días por delante. —Puse los dedos en V.

—Podríamos planear algo. Yo esta semana no tengo reuniones ni presencia en los juzgados. Vamos, podría irme ya si quisiera.

—¿Irte a dónde?

—Irnos, irnos, y donde sea.

—Espera, que tú tienes un nivel que yo no poseo. Que yo, si es irme unos días, como mucho puedo apretarme el cinturón e irme de campin o a un hostal en algún lugar de España, pero no te veo yo muy de eso.

—Tú dime si quieres hacer una locura y yo me encargo.

—¿A qué llamas locura?

—A preparar la maleta y dejarte llevar.

—Quiero presupuesto.

—La proposición la hice yo. Si tú quieres, en otra me invitas al campin —dijo sujetando la copa cerca de su boca y riendo.

—Muy buena esta también.

—¿Confías en mí?

—No, pero no tengo más planes que ir algún día a la playa con mi amiga.

—Para eso tenéis todo el verano.

—¿Qué estás pensando, Martín?

—Mañana es sábado y ya puedo irme si quiero. Déjame mirar una cosa.

Se puso a hacer algo en el móvil durante unos largos minutos en los que estaba de lo más concentrado.

—Lo tengo. Salimos el domingo, ¿sí?

—Dime a dónde.

—¿Me dejas sorprenderte o te voy a tener que explicar todo?

—Las confianzas dan asco —dije con la risa suelta y el punto que tenía de lo que había bebido—. ¿Quién dijo miedo? ¡Dale! —Lo señalé con el dedo que estaba sujetando la copa.

Comenzó a rellenar nuestros datos con una sonrisa de oreja a oreja mientras escribía y, a la vez, me miraba de manera penetrante.

—Listo, todas las reservas en mi correo.

—¿Todas? ¿Qué, nos vamos a ir a dar la vuelta al mundo como Willy Fog? Que te recuerdo que tengo trece días, así que dime cuántos nos vamos.

—Diez, diez días, que es lo máximo que podrán vivir sin mí. En agosto trabajamos solo de guardia y al teléfono.

—Me acaban de entregar el piso y ya me voy diez días. —Me reía a carcajadas.

—El piso tienes todo el tiempo del mundo para disfrutarlo, pero las oportunidades no se pueden perder.

—Está claro, pero dime, ¿qué necesito llevar?

—Ropa y tus productos personales, como si fueras de viaje sin mí. —Se reía.

—¿Necesitaré alguna chaquetita por la noche? A ver si me vas a llevar al norte.

—Nunca está mal echar una, buena idea.

—Mejor dos, que lo estoy viendo venir. ¿Una pista? —Junté mis manos y puse cara de angelito.

—Nos vamos por Europa…

—¿En tu coche?

—No. —Se reía—. En avión, mujer. Ya tengo los vuelos.

—Hostias, que me va a dar un chungo. —Me llevé la mano a la frente.

—Confía en mí. Va a ser una experiencia que te va a encantar.

—¿A qué país vamos?

—No, eso ya no te lo digo. Pero sí te aconsejo que lleves ropa cómoda, alguna más arreglada, bañadores y una chaquetita fina por si acaso.

—Mañana a primera hora tengo que ir a comprar una maleta grande y otra pequeña, no tengo, no viajo. —Me reí.

—No hace falta, yo tengo un juego nuevo en color blanco que trae dos grandes, una mediana y dos pequeñas. Las tengo en el trastero.

—Yo ni me planteé comprar el trastero para no subir más el precio —sonreí—. ¿Y si me cargo tu maleta? Me da un chungo.

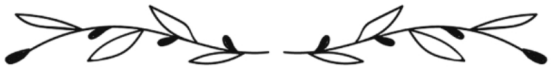
—No hay nada más que hablar. Coges una grande y una pequeña, que yo haré igual. Mañana por la mañana te las doy.

Ay, Dios, que me estaba metiendo en el lío de mi vida o no, pero yo una oportunidad así no me la perdía. Me sentía tan a gusto con él y era tan divertido…

Nos fuimos caminando hacia la casa mientras comíamos un helado que pedimos antes de irnos de la terraza. La noche estaba tan buena que nos daba igual pasear veinte minutos. Lo que nos reímos por el camino no tuvo desperdicio.

Nos despedimos en el rellano con un beso y un abrazo. No podía ser más caballero. Quedamos en hablar por la mañana.

Capítulo 7



Me levanté con la excitación de saber que me iba. Llamé a Mirna por videollamada y la puse al tanto de todo.

—Madre mía, hija, pero si al final el piso te va a poner el amor por delante.

—Bueno, no corras tanto, que lo mismo este tiene más peligro que un niño con una caja de dardos.

—¡Que disfrutes! Si luego lo tienes que mandar a la mierda, pues se manda. Eso sí, lleva ropa interior sexi y no me vayas con esos conjuntitos de algodón.

—Los que uso y los que llevaré. —Me reí.

—No tienes remedio, amiga, no tienes. —Se reía.

Terminé de hablar con ella y me iba a preparar el café cuando llamaron a la puerta.

—Buenos días, Mario. Pasa —le dije, viéndolo con las dos maletas.

—Buenos días, preciosa. Ya he ido a por mi coche y todo.

—Qué barbaridad, ¿te han tirado de la cama?

—Me tiro yo solo.

—¿Un café?

—Venga, eso te lo acepto.

—¿Unas tostadas?

—¿Quién dice que no a un desayuno?

—Vale. —Me reí de lado.

Me ayudó a preparar los cafés, las tostadas con queso crema y jamón de pavo y, encima, me dio un beso en la mejilla. No podía ser más carismático.

—La madre de mi hija me montó esta mañana una tremenda —me confesó cuando nos sentamos a desayunar.

—¿Por qué?

—Ahora la tiene ella hasta dentro de quince días, pero luego dice que sus padres se van de crucero y se la quieren llevar. Me modifica todo sin previo aviso. Al final voy a tener que tirar por las malas. Le he dicho que, bueno, total, pelear con ella es que entre en histeria.

—Siento por lo que estás pasando.

—No entiendo ese afán de dividir y joder. El karma que le espera no va a ser nada bueno.

—Intenta no pensar mucho.

—Lo mejor que me puede pasar es irme estos días fuera y evadirme de todo.

—Venga, que nos vamos a reír mucho.

—Contigo es fácil. Tienes un gran sentido del humor y todo te lo tomas genial.

—Bueno, tengo mi carácter también, no creas.

—Ya lo pondremos a prueba. —Me hizo un guiño y sonrió de lado.

Justo en ese momento llamaron a la puerta y era un repartidor con flores para mí. Recogí la entrega mientras Mario se reía.

—No veas con tu admirador secreto.

—Calla, que esto me tiene de lo más inquieta. —Cogí la nota.

«Para que lo pongas en el jarrón. Disfrútalo como te mereces. Sueña bonito y que nadie frene tus sueños».

—Pues como le dé por mandarte estos días cosas, se las van a devolver todas.

—Lo mismo así le da por parar un poco.

—Bueno, nosotros a disfrutar de los días que tenemos por delante y a darle menos vueltas a la cabeza, como tú me dices.

—Sí —sonreí.

Después de desayunar se marchó porque tenía que dejar cerradas algunas cosas pendientes y enviar varios correos con instrucciones a su equipo, además de preparar su propia maleta.

Me tenía completamente encantada. Lo veía tan especial, tan natural en todo lo que hacía, que disfrutaba de cada instante a su lado. ¿Cómo era posible que una persona, en tan poco tiempo, pudiera dar la sensación de llevar instalada en tu mundo desde siempre? Era como si no hubiese irrumpido en mi vida, sino que simplemente hubiese ocupado un lugar que ya estaba reservado para él.

Las maletas eran preciosas, de plástico duro y de la firma Samsonite. Me daba miedo que les pasara algo, pero no tenía alternativa, y él me había frenado cuando insinué que iría a comprar unas. En el fondo lo agradecía, porque yo no era de viajar mucho. Siempre miraba con lupa mi economía; dependía únicamente de mí misma y nunca se sabía qué podía torcerse. Para mí era fundamental mantener un buen remanente, una pequeña red de seguridad que me hiciera sentir tranquila.

Recogí la cocina con calma y subí las maletas a la cama. Las abrí despacio, como si aquel gesto confirmara que el viaje era real, y comencé a meter mis cosas poco a poco, intentando no dejarme nada en el tintero. Tenía todo el día por delante para prepararla sin prisas, disfrutando también de esa ilusión que me recorría por dentro.

Coloqué las flores en el jarrón; eran tan bonitas que me daba pena que se marchitasen, aunque sabía que se quedarían allí, solas, sin cuidados durante los días que estaría fuera. Aun así, quise verlas lucir en el salón, como si así la casa siguiera respirando vida en mi ausencia.

Tenía todo recogido y eran ya las dos de la tarde cuando me calenté los garbanzos con bacalao que había dejado hechos el día anterior. Me senté a comer frente al televisor, con las noticias de fondo y esa sensación extraña de calma previa a algo grande.

En ese momento, una notificación de mensaje vibró en mi móvil.

Desconocido: *Hola, Nuria, espero que no te asustes. Soy Osvaldo, la persona que te envió los regalos.*

Nuria: *Hola, Osvaldo. No recuerdo conocerte y no entiendo cómo tienes mis datos. ¿Quién eres?*

Desconocido: *Soy tu padre…*

En ese momento se me cayó el alma al suelo. Pensé que tenía que ser una broma de mal gusto, algo imposible, pero… ¿y si no lo era?

Nuria: *¿Y quién me garantiza que eso es cierto?*

Me mandó una captura de mi partida de nacimiento, distinta a la que yo tenía con mis nuevos apellidos, y además dos archivos judiciales de procesos que me leí con calma antes de contestar. Estaba temblando.

Según aquellos documentos, él había estado luchando por recuperarme desde poco después de que me dejaran en la casa de acogida. Yo siempre había entendido que fueron él y mi madre quienes me entregaron, pero lo que leía allí decía otra cosa: que lo hicieron sin su autorización ni su consentimiento.

Escribí a Mario para saber si podía venir un momento. No tardó ni un minuto en llegar. Le enseñé los mensajes y los archivos.

—A priori son reales. Lo de la partida de nacimiento es normal; antiguamente borraban los datos para que nadie encontrara nada, cosa que hoy en día no hacen ni siquiera en casos de adopción. Por lo que entiendo, tu madre te entregó por decisión propia y de mutuo acuerdo.

»Sin embargo, tu padre peleó por ti, pero ya sabes que antes muchas cosas quedaban en papel mojado. Se ve que luchó y que presentó muchos argumentos para recuperarte. Alguien firmó por él para entregarte, según consta en la denuncia, ya que no reconoce esa firma ni tiene nada que ver con él.

—Me va a dar un ataque de ansiedad. —Me puse la mano en el pecho.

—No te agobies. Respira profundo y le contestas tranquila, desde la calma. No fue escuchado por un juez, pero hasta que no demuestre lo contrario, se merece ser escuchado por su hija. Todos merecemos una oportunidad.

—Tienes razón y con estos argumentos hasta yo quiero saber qué pasó.

—Queda en verlo a la vuelta.

—Sí, eso haré. Gracias.

—Y come, anda, que veo que lo has dejado a medio empezar.

—¿Quieres un plato?

—No, yo ya comí, pero tiene muy buena pinta.

—Gracias por todo, Mario.

—Hablamos luego.

Me quedé pensativa mientras comía y Osvaldo respetó mi silencio y que le hubiera dejado en visto hasta leer los documentos. Justo en ese momento entró otro mensaje de él con varias fotos conmigo en sus brazos. Me reconocí por completo, porque las que ya tenía casi dos años coincidían con las que me hicieron en el centro con esa edad. Era mi padre, sin duda.

Nuria: *Soy yo, sí. Gracias por haber contactado conmigo y por los regalos. Imagino que te las habrás ingeniado para llegar a tener mis datos y teléfono. Estoy dispuesta y abierta a tener una conversación contigo, pero ahora mismo me pillas que salgo de viaje por diez días. ¿Qué te parece si hablamos a la vuelta*?

Osvaldo: *Claro, hija. He esperado muchos años; unos días más no son nada si al final voy a poder sentarme contigo y contarte, desde lo más profundo de mi historia y de mis sentimientos, todo lo que viví.*

»No ha pasado un solo día sin que te haya pensado mil veces desde que te perdí. Disfruta mucho de este viaje y no dudes jamás de que tu papá te quiere con todo su corazón y daría cuanto tiene por ti. Un abrazo inmenso, mi vida.

Se me hizo un nudo en la garganta y no pude contener las lágrimas.

Nuria: *Tranquilo, que nos veremos. Yo también deseo escuchar esa parte que no conocía ni imaginaba. Gracias por quererme. Un abrazo.*

¿Y si él había sido tan víctima como yo? Ahora me sentía mal por haber dejado de querer saber nada de mi pasado, porque sentí que nunca nadie vino a mi rescate, cuando la realidad era que ese hombre luchó en unos juzgados por recuperarme.

Llamé a Mirna y se lo conté. Se quedó a cuadros, como era normal.

—Tienes que hablar con ese señor, quizás tengas un gran padre y no lo sepas.

—Eso pienso en estos momentos.

—Pero ahora disfruta de tu viaje y piensa que, al regreso, te pasarán también cosas muy bonitas.

Sí, ahora tenía que disfrutar del viaje, eso estaba claro, pero también sabía que no iba a poder sacármelo de la cabeza en muchos momentos. Era algo demasiado fuerte, demasiado importante, una parte de mi vida que había permanecido en sombras y cuya historia estaba a punto de conocer.

Por la tarde vino Mario a merendar, trayendo unas tortas con miel, arándanos y frambuesas que había preparado él mismo. Le enseñé los últimos mensajes y sonrió.

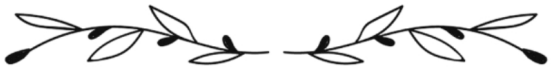
—Se ve que te quiere. —Me acarició la mano y se la llevó a la boca para besarla—. Tiene una hija que estoy seguro de que también está deseando estar con él.

—Tengo ganas de conocerlo y escuchar esa parte de la historia.

—Te vendrá muy bien.

Estuvo un rato conmigo y quedamos en vernos a primerísima hora de la mañana para salir hacia el aeropuerto.

Capítulo 8



A las seis de la mañana salía de la ducha y me vestía para estar preparada cuando Mario llegara a tomar el café e irnos.

Apenas veinte minutos después apareció con sus maletas y una pinta de turista pijo que no podía con él. Me eché a reír nada más verlo.

—No me digas que no tengo clase. —Sonreía, pasando y dejando a un lado del salón las maletas.

—Muchísima. Desde luego que con clase se nace y no se hace.

Nos tomamos los cafés rápidamente y salimos hacia el aeropuerto en un taxi que nos recogió en la puerta. Al llegar a la terminal, buscó la zona de facturación y llegamos hasta ella. Destino claro: Atenas.

—¿A Grecia, Mario?

—¿Tienes algo en contra de los griegos? —Me hizo un guiño.

Me eché a reír porque ni se me hubiera pasado por la cabeza. Pusimos las maletas, que iban sobradas de peso, y nos fuimos con las pequeñas hacia el avión, ya que ahí habíamos metido un poco de todo por si nos extraviaban la grande.

Cuando pasamos los controles y tuvimos localizada la zona de embarque, a expensas de la puerta, nos acomodamos en un bar para desayunar, puesto que íbamos con tiempo.

—Así que nos vamos a Atenas con los dioses griegos. —Me reí.

—Aquello es mucho más que historia, hay islas…

—¿Vamos a ir a alguna?

—Según cómo te portes.

—Hostias, qué tío. —Me reí a carcajadas—. Verás que vamos a Atenas y nos quedamos moviéndonos por la misma zona donde tengamos el alojamiento durante los diez días. Yo espero que al menos veamos el Partenón.

—Veo que tienes algo de idea de lo que hay en Atenas.

—No estudié carrera, pero hice bachillerato con excelentes notas y me gusta ver vídeos de los lugares y saber sobre sus costumbres e historia. Además, sé que el Partenón fue construido con mármol blanco, símbolo de la buena etapa de la Grecia clásica. ¿Cómo te quedas?

—Sentado. —Se reía—. Veo que elegí una buena guía.

—Y yo a un buen abogado por si me meto en un lío durante el viaje.

—Procura portarte bien si no quieres quedarte sin visitas.

—Y dale, con lo buena niña que yo soy —negué riendo.

Nos dirigimos a la puerta, ya que estaban comenzando a embarcar. Cuando entramos, me ofreció que me sentase en ventanilla y él se puso al lado. Tuvimos la suerte de que nadie ocupó el asiento del pasillo.

El vuelo despegó y me entró un cosquilleo muy grande por el estómago. Era la primera vez que volaba y la verdad es que me había impresionado cómo iba subiendo. Me daba la sensación de que íbamos a caer de golpe.

—Menos mal que se ha estabilizado.

—Si no es nada, mujer.

—No será para ti, que estás acostumbrado, pero el ratito malo lo he echado.

—Exagerada. —Apretó mi rodilla.

—Menos mal que me he traído mucha ropa blanca, que es lo que pega para las fotos en Grecia.

—Vaya, voy a ser un mal «pegado», aunque algo llevo —dijo provocándome una risa.

—Los tonos pastel también pegan.

—Menos mal. —Se sacudió la frente. Era todo un elemento.

—Eres un payaso. —Me reía sin poder dejar de negar.

Pasamos el vuelo entre risas, confidencias y mis propios nervios, porque Mario soltaba pistas aquí y allá, pero sin decirme exactamente por dónde nos moveríamos ni en qué lugar nos alojaríamos. Me tenía en vilo y, en el fondo, eso también formaba parte de la emoción.

Aterrizamos en Atenas y el calor nos golpeó nada más bajar del avión, denso y luminoso. Abordamos un taxi y Mario le dio la dirección con total seguridad. El conductor era hindú, pero hablaba varios idiomas con soltura; se le veía despierto y espabilado. No paraba de hablar, aunque resultaba simpático, y hasta nos iba señalando algunos puntos de interés por los que pasábamos. Entonces la vi. La Acrópolis. El Partenón elevándose majestuoso, como si hubiera estado esperándonos. Sonreí sin poder evitarlo y bajé un poco la ventanilla para sacar el móvil y hacerle una foto.

Llegamos al hotel, situado en la zona de Plaka, como me explicó Mario: céntrica, con encanto y de las mejor valoradas para alojarse. Nada más poner un pie allí entendí por qué.

La entrada era espectacular, elegante sin resultar fría, y la calle que la rodeaba tenía ese aire auténtico que yo imaginaba al pensar en Grecia. Nos recibieron con champán y una fresa recubierta de chocolate crujiente. Aquella atención al detalle impresionaba.

Formalizamos todo en la recepción y un empleado nos acompañó hasta la habitación, mientras el botones empujaba el carrito con nuestras maletas.

Yo miraba a Mario de reojo, conteniendo la risa; él sostenía esa media sonrisa suya que tanto me desarmaba. Sabía perfectamente que me estaba sorprendiendo, y lo estaba disfrutando tanto como yo.

La habitación era de ensueño. Nada más entrar, lo primero que te atrapaba eran las cristaleras inmensas que ocupaban toda la pared y se abrían a una terraza espectacular, donde una piscina rectangular infinita parecía fundirse con el horizonte, justo frente al Partenón. Aquella vista imponía tanto que costaba apartar la mirada.

Dejaron las maletas, nos explicaron brevemente el funcionamiento de la habitación y se marcharon tras recibir la propina que Mario les entregó con naturalidad.

—Mario, por Dios, ¿cuánto te has gastado en esta habitación?

—No mucho, tranquila.

—¿Tranquila? Pero si en estos sitios es donde duermen las *influencers*.

—Pues eso, ellas sin dar palo al agua vienen, y yo, que lo doy, te asustas —dijo provocándome una risilla mientras descorchaba una botella de vino que habían dejado en una cubitera con dos copas sobre la mesa.

—Estoy flipando. —Cogí la copa y brindé con él antes de salir a la terraza.

—Esto es una maravilla —dijo poniéndose a mi lado delante de la piscina y mirando hacia la Acrópolis—. Por cierto, ahora nos traerán la comida.

—Pero si aún no la has pedido.

—Dejé reservado el servicio por la web.

Nos sentamos en la terraza a disfrutar del vino y a fumarnos un cigarrillo. Aquello transmitía una paz difícil de explicar, y no había ninguna prisa por deshacer la maleta. El tiempo era nuestro y el momento merecía ser vivido sin interrupciones.

No tardaron en traernos la comida, que dispusieron con cuidado sobre la mesa grande y rectangular de la terraza. Nos sentamos juntos, uno al lado del otro, contemplando las vistas que se abrían ante nosotros, como si toda Atenas se hubiera desplegado solo para ese instante.

—Qué buena pinta tiene todo —dije cuando se marcharon.

—No me atreví a pedir comida del país porque prefería verlo en carta más tranquilo estos días contigo.

—Perfecto. De todas maneras, esto tiene una pinta espectacular.

Habían traído una bandeja con pasta carbonara para compartir, ya que era grande; una ensalada con salmón, palmitos, piña y frutos secos; además de unos entrantes crujientes de cola de langosta.

Las vistas eran tan impresionantes que podías contemplar esa parte de la ciudad extendiéndose hasta el horizonte, donde el Partenón se alzaba majestuoso, iluminando lo alto como una joya antigua. Daba ganas de quedarse mirando allí eternamente, sin apartar los ojos de esa imagen casi irreal.

Los crujientes estaban riquísimos, acompañados de una salsa agridulce de inspiración asiática con un ligero toque picante que los hacía aún más especiales. La ensalada también estaba espectacular y la pasta… ¡invitaba incluso a chuparse los dedos!

—Nos hemos cargado la botella de vino —dije viendo que sacaba otra del interior y la descorchaba.

—Veníamos secos. La altura a la que llega el avión produce sequedad en la garganta.

—Sí, claro —le respondí con la misma ironía.

—No me crees en nada.

—Ya voy conociendo tus tonitos y gestos, Mario.

—Me has pillado. Mujeres…

—¿Mujeres? —Le di un puñetazo en el hombro.

—Por tu culpa voy a tener que ir a urgencias a que me pongan un cabestrillo.

—Sí, claro, encima ríete de que te di con poca fuerza. —Me reía.

—Pues si me das con mucha, termino regresando a España en una caja de pino. —Me hizo un guiño.

Llamaron a la puerta y fue a abrir. En esa ocasión nos trajeron unos postres individuales, pero iguales, de helado con galletas mojadas en café. Estaba riquísimo.

—Madre mía, cómo me cuidas.

—Para que luego te quejes.

—Si yo no me quejo de nada. —Me reí aguantando la cuchara con el trozo que había cogido de helado.

—Ya te quejarás, es un don que tienen todas las mujeres.

—A ti te ha dejado muy traumado tu ex y las demás no tenemos culpa.

—Tengo muchos antecedentes de clientes…

—Lo que tú tienes es un morro que te lo pisas, chaval.

—Ya empiezas con los ataques, es que sois todas iguales —decía juntando sus dedos y moviendo sus manos.

—¿Empiezo yo a hablar de los hombres?

—Venga, te escucho.

—Todos con el fútbol, unos nenes de sus madres y, encima, ya no son como antiguamente, caballeros de los de verdad.

—No tengo madre. —Me hizo un guiño y me tuve que echar a reír, aunque no era momento de eso, pero me lo decía con esa sonrisilla de haberme metido un gol por completo.

—¿En serio no la tienes?

—No, falleció hace diez años, pero con esa sonrisa que nunca perdió, pese a estar muy malita y con varios cuadros médicos. Era una madre de esas que no podían ser más buenas. La única mujer que se salvaba.

—Ahí lo tienes, un nene de tu mamá. —Ladeé en plan chula—. Y no dudo de que fuese así, porque estoy segura de que lo era.

Me tocaba la barriga de lo llena que estaba con el remate del postre cuando a Mario se le ocurrió otra de las suyas.

—Tenemos tres opciones: irnos a la calle a pasear con esta hora de tanto calor, o meternos en la piscina y tomarnos ahí un cóctel que nos traigan recién hecho o ya lo que se me ocurre… —Miró hacia el interior, en dirección a la cama, y se le escapó una risilla de medio lado.

—Yo me tiro ahora mismo a la piscina con la ropa y todo —dije riendo a carcajadas.

—Qué cobarde eres.

—Y tú, que vas a matar como los toreros —dije, tocándome la barriga.

—Entonces, ¿pido dos cócteles latinos y nos ponemos los bañadores?

—Perfecto. Y, si puedo decidir, me gustaría algo con sabor a frambuesa o fresa.

—Un Daiquiri Strawberry con ron te pido.

—Sí, esos me encantan.

—Y que aún no me haya dado un beso… —dijo en voz baja, con la risilla suelta, adentrándose para llamar al servicio de habitaciones.

—Todavía no te lo has ganado —dije siguiéndolo para colocar la ropa de mi maleta y ya coger el bikini.

—Si con todo esto y la cena de hace dos días aún no me lo he ganado, creo que esperas que te lleve a las cataratas del Niágara o a las Maldivas.

—No estaría mal —me reí—, pero no espero nada y todo me parece desmesurado.

—Pues bien que lo estás disfrutando.

—Hombre, ya que estoy no voy a mirar para otro lado. —Le saqué la lengua en plan burla.

—Si no fuera porque me tienes loco…

—Uy, lo que ha dicho. —Me reí poniéndome de lo más colorada.

Dejé todo colocado y entré en el baño a ponerme el bikini. Me miré al espejo riendo, intentando que no se me escuchara, y aún seguía roja. Desde dentro oí cómo traían los cócteles.

Cuando salí, Mario ya estaba en la piscina con las dos copas, mirando hacia la Acrópolis. Empezó a silbar en plan piropo, mientras yo me tapaba, avergonzada perdida.

—Vaya cuerpazo que tienes, Nuria.

—Calla y no me digas nada más, que ya van dos seguidas —dije por lo de la última de las tres opciones.

—Yo no te saco de la piscina hasta dentro de diez días. Madre mía.

—¿Me quieres dejar de mirar? —Me pegué contra la pared de la piscina mirando a la Acrópolis y dando un trago—. Está riquísimo —dije emocionada.

—Prueba este. —Me acercó su copa y la pajita.

—Joder, qué rico, también sabe a coco.

—Sí, es ron con granizado de coco.

—Ahora en serio, ¿cuánto valen los cócteles aquí?

—Un riñón y parte del otro, pero ya diré que te despiecen al final de la estancia.

—¡Qué capullo! —Me reí.

Se acercaba a mí, buscándome, y conseguía ponerme roja como un tomate. Los dos mirábamos hacia las vistas imponentes que teníamos delante, y yo evitaba girar la cabeza hacia él, que estaba de lo más provocador. En las distancias cortas me podían los nervios y una vergüenza que no sabía muy bien cómo controlar.

—Eres una cobarde…

—¿Yo? ¿O todas las mujeres? —pregunté mirándolo con la risilla sostenida.

—Muy buena esa, pero en esta ocasión lo de la timidez no es generalizado.

—Esa me la llevo yo solita, muy bien. ¿Algo más, señor quisquilloso?

—¿Quisquilloso? Ahora sí que te la has buscado.

Se tiró encima de mí, me sumergió en el agua y me dio un beso en los labios antes de dejarme subir.

—Me has atacado —dije cogiendo aire y riendo.

—De eso nada. Yo te iba a dar una zambullida y tú te lanzaste a mis labios.

—Eso no ha sido así. —Me reía negando.

—Tu palabra contra la mía. —Se encogió de hombros.

—Tienes mucho morro —le repetí como otras veces.

—El mismo que te vas a comer en nada. —Usaba su guiño para debilitarme.

—¿Y si te digo que te vas a quedar con las ganas?

Casi no me dio tiempo a acabar la pregunta cuando tiró de mí y comenzó a besarme delicadamente, pero con intensidad. Eso de que se iba a quedar con las ganas iba a ser que no.

Me abrazó riendo después del beso, a la vez que me daba cariñosamente muchos besos en la mejilla.

—¿Contento?

—¿Y tú, lo estás?

—Yo he preguntado antes, deja de echar tanto morro. Que aquí no eres letrado.

—Bueno, letrado seré siempre, esté donde esté. Pero estoy muy satisfecho.

—Pues ala, para que veas que las mujeres también alegramos la vida. —Le di dos palmaditas en la espalda.

—Muchísimo. —Me dio un apretón en la nalga.

Estuvimos en la piscina un rato más hasta que me metí en la ducha y luego salí para que entrase él, ya que nos íbamos a ir a pasear por la zona del centro.

Me puse un vestido corto de tirante finísimo y un lazo en la cintura de la misma tela, que era muy fresquito. Lo complementé con unas sandalias planas anudadas con tiras al tobillo.

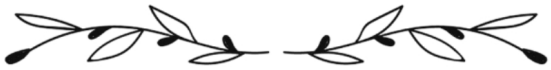
—Madre mía, eres un Cayetano —expresé al verlo con esas alpargatas celestes como la camisa y el pantalón corto de vestir blanco, del mismo color que el sombrero clásico que llevaba, muy elegante y acorde a él.

—Y tú la que va a ir a mi lado, bombón. —Se acercó y me dio un beso—. Ese vestido te hace unas curvas…

—Vámonos, que a ti se te van las cosas de la mano muy rápido.

—Pues vamos —dijo riendo y siguiéndome tras darme un pellizco en la nalga.

Capítulo 9



—¿Sabes que a este barrio lo llaman el de los dioses por lo cerca que está de la Acrópolis y por ser el más antiguo de la ciudad?

—No, no lo sabía —le respondí sonriendo, y él me hizo un guiño.

Llevaba su mano sobre mi hombro y caminábamos intercambiando opiniones y aprovechando para hacernos fotos juntos en plan selfies o por separado, que nos las hacíamos el uno al otro.

Tenía mucho encanto, con calles que parecían un laberinto y eran de adoquines. Estaba lleno de turismo, terrazas, tiendas de *souvenirs* y tabernas. Era muy colorido y tenía un encanto increíble.

Después de pasear muchísimo, hacernos fotos y hasta el «señorito» regalarme una preciosa pulsera de plata porque se le metió en las narices, nos sentamos en una terraza que tenía muy buena pinta y se veía elegante.

Mario me comentó que la bebida tradicional de allí era el ouzo, ideal para acompañar los aperitivos, y que ya la probaríamos en otro momento con más calma. Así que, en su lugar, pedimos una botella de vino blanco y una bandeja variada de pescado frito con marisco.

No os podéis imaginar la cara que se me quedó cuando trajeron la bandeja. No pude evitar echarme a reír antes de que el camarero terminara de apartarse de la mesa.

—¿En serio esto es para dos personas?

—Eso pone. —Se reía también.

—Pues lo que sobre, le decimos que nos lo ponga en una bolsa y nos lo llevamos.

—No me hagas darte con una gamba frita en el ojo.

—Joder, qué pena de comida. —Rebufé.

—Pues vamos a hacer hueco comiendo poco a poco y nos lo comemos todo.

—No lo veo, Mario, no lo veo. Yo voy a dejarme llevar por mi intuición, que me dice que el marisco es más caro, e intentar arrasar con él. Al menos, que no se pierda mucho dinero.

—Este pescado en concreto —señaló unas tajadas fritas— es mucho más caro que todo ese marisco junto.

—¿Cuánto ha costado esta bandeja? No me dio tiempo ni a mirar la carta.

—Un ojo. Ya luego te lo sacan a la salida.

—Siempre igual. —Rebufé riendo.

Fui a estirar la mano y coger la carta de la otra mesa, en la que aún no había nadie, pero Mario fue más rápido y la alejó.

—Joder, no puedo estar al tanto de nada. —Me reía.

—Eres demasiado curiosa. Disfruta de la cena, que lo del ojo era broma.

—Menos mal, qué alivio. —Me puse la mano en el pecho y respiré exageradamente.

—Luego el que tiene morro soy yo, pero tú tienes una guasa…

—Calla, que me tienes contenta.

—Quizás ahora no, pero luego…

De nuevo me sacó todos los colores y me entró esa risa nerviosa que no podía controlar. Era descarado, sí, pero lo hacía con una naturalidad tan suya que hasta eso le quedaba elegante. Tenía un peligro delicioso, de esos que sabes que te pueden meter en un lío… y aun así no quieres salir corriendo.

El Partenón iluminado era una auténtica maravilla. Un espectáculo al aire libre que parecía suspendido en el tiempo y que convertía aquella cena en algo casi irreal. Verlo allí, majestuoso, dominando la ciudad, tenía un valor incalculable. Me sentía afortunada, privilegiada incluso, por estar viviendo ese momento y por haber llegado hasta ese rincón del mundo de la mano de Mario.

—Hola, mi vida —dijo al descolgar la llamada.

Según lo que me había contado, no hablaba con su ex y ella le pasaba el teléfono a la niña directamente.

—No, cariño, no son así las cosas, pero quiero que disfrutes y lo pases bien. Cuando nos veamos, ya veremos qué hacer. —La niña le contestó algo—. No vamos a ir a Disney porque tú lo digas. Iremos cuando yo lo decida, y no me pidas las cosas en ese tono porque es una falta de respeto.

Se alejó el teléfono de la oreja y me miró.

—Ya me ha colgado —negó, volteando los ojos.

—Bueno, respira y disfruta.

—Me vas a tener que alegrar luego la noche. —Estiró su copa hacia la mía.

—Sí, claro, voy a pagar yo los platos rotos de tu hija. —Brindé riéndome.

—Eres la única que tengo a mano.

—Qué mal ha sonado eso. La has cagado. —Le piqué riendo.

—Mala, es la maldad que tenéis las mujeres para hacernos sentir mal. —Se reía.

—Uy, cómo le das la vuelta a la tortilla.

—Y tú te quejabas de cómo era la bandeja y mira, estamos a nada de acabarla.

—Es que está tan buena… —Puse cara de angelito.

—Y con el vino entra bien, ¿verdad?

—Sí, sí. —Me reí.

Mario era de esos hombres que, incluso cuando algo le dolía —como la situación que atravesaba con su hija—, encontraba la manera de aligerar el ambiente y arrancarte una sonrisa. Tenía esa capacidad de sostener la tristeza sin dejar que lo invadiera del todo. Ahora que conocía su faceta más cercana, más humana, me costaba imaginarlo serio, firme y distante en medio de un juicio. Me parecía imposible verlo frío cuando conmigo se mostraba tan cálido.

La cena fue divertida, ligera, de esas que fluyen sin darte cuenta del paso del tiempo. Me habló de algunos de sus casos, de los que le removían por dentro y de aquellos que defendía con más pasión. Se abría conmigo sin reservas, y eso me hacía sentir cómoda, valorada, dentro de su espacio. Esa confianza que iba creciendo entre nosotros tenía algo bonito y muy real.

Después de la terraza nos fuimos a un bar animadísimo, donde la gente pedía y se tomaba la copa de pie en la calle, mezclados unos con otros, riendo, hablando en distintos idiomas. Pedimos un par de cubatas y nos quedamos allí, de pie, integrados en el bullicio, como si formáramos parte de la ciudad desde siempre.

Mientras hablábamos, me acariciaba los hombros y la mejilla con gestos suaves, casi distraídos. Iba dejando caer besos aquí y allá, con naturalidad, como quien reclama terreno sin imponerse. Y yo me dejé llevar, porque me gustaba sentirme así, atraída, buscada. Me hacía sentir deseada, bonita, viva. Sabía mirarme, sabía acercarse, sabía cuándo sonreír. Y solo con la cantidad de risas que me provocaba ya era un hombre capaz de ganarte sin que te dieras cuenta.

Sonaba música internacional de todo tipo y la noche parecía susurrarte que te olvidaras del reloj y te dejaras llevar. Había algo eléctrico en el ambiente, una mezcla de luces, risas y voces que convertía cada minuto en algo especial. Mario era de esas compañías con las que deseas que el tiempo se detenga, que la conversación no se agote y que el momento se estire un poco más.

Nos quedamos un par de copas más, saboreándolas sin prisa, hasta que decidimos emprender el camino de vuelta al hotel. Caminábamos de la mano, con ese puntito alegre que te deja el alcohol justo en su medida, riendo por cualquier tontería y disfrutando del paseo como si Atenas fuese solo nuestra por unas horas.

—¿Tú estás seguro de que es por aquí?

—Por favor, no desafíes a mis instintos.

—Pues como no sean los sexuales, me da que vamos en la dirección contraria. Mira que callejeamos mucho hasta llegar al restaurante.

—¿Ves aquella puerta?

—Sí.

—Pues es la parte de atrás del hotel, por la que también hay acceso.

—Joder, con tu sentido de la orientación. Yo me pierdo hasta para llegar a mi casa.

—Señores, buenas noches. ¿A qué habitación van?

—Al ático 424.

—Aquí no tenemos áticos —le dijo, y se me escapó una risilla.

Le dije el nombre del hotel y nos explicó que estaba justo en la dirección contraria. Habíamos venido en sentido totalmente opuesto. Le dimos las gracias y nos miramos entre risas antes de emprender el camino correcto.

—A la mierda tu sentido de la orientación. Ya decía yo que no era por aquí.

—Te quería enseñar la preciosa entrada de ese hotel.

—Los cojones, que tú ibas para dentro como los toreros.

Fuimos preguntando por el camino hasta asegurarnos de que esta vez sí íbamos en dirección a la zona de Plaka. No me apetecía pasarme la noche entera dando vueltas por Atenas, por muy romántico que pudiera parecer después.

Y llegamos. Ahora sí que llegamos. El botones sonrió al vernos aparecer con esa mezcla de cansancio y risa tonta. Le conté lo que nos había pasado y se echó a reír; era ecuatoriano y tenía una simpatía contagiosa.

Al subir al ático, Mario abrió una cajita de bombones helados que había en la nevera y salimos a la terraza a comérnoslos mientras fumábamos un cigarrillo, recuperándonos de la caminata que nos habíamos dado.

—Esto es vida y no estar en el supermercado escuchando quejas de los clientes y de los que no son clientes.

—Ser encargada debe de ser un dolor de cabeza.

—Lo es, pero me compensa por la diferencia salarial. De lo contrario, ya habría vuelto a caja y a reposición. —Me reí.

—Si compensa, es mejor aguantar.

—Me ha dado la posibilidad de reunir la entrada del piso y poder comprarme mi primer coche.

—Eres responsable económicamente.

—No me queda otra. Siempre estuve sola en esa cuestión, así que era mirar por cada céntimo.

—Pero no te veo que vivas mal ni que te falte de nada. Solo que no eres una persona que derroche.

—Exacto. Mi comida no me falta, ni mis refrescos o caprichos, ni ropa decente, pero siempre con cabeza.

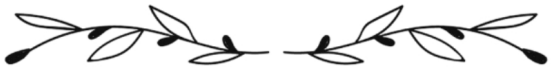
—Eres muy responsable en todos los sentidos, se te nota.

Después de charlar, nos lavamos los dientes, nos pusimos la ropa para dormir y nos metimos en la cama. Él llevaba un bóxer holgado y una camiseta blanca. Yo, un pantalón corto de pijama y un top blanco de tirantes.

Me abrazó y seguimos hablando en voz baja, entre besos suaves y caricias que no fueron más allá. Notaba que iba marcando el ritmo despacio, sin prisas, y lo agradecía.

Me quedé dormida entre sus brazos, con la sensación de haber encontrado, después de mucho tiempo, unos abrazos en los que quería quedarme. Unos brazos que deseaba de verdad.

Capítulo 10



Me desperté y lo primero que vi fue a Mario en la terraza, con el café humeando entre las manos y el móvil apoyado en la oreja. No llegaba a escuchar lo que decía, pero su gesto concentrado y la forma en que apoyaba el codo en la barandilla me hicieron sonreír antes incluso de desperezarme del todo.

Entré en el baño a lavarme la cara y a intentar domar el pelo, que parecía haber pasado la noche librando una batalla campal. Necesitaba devolverlo a la civilización antes de presentarme ante el mundo.

Cuando salí, Mario ya estaba preparando dos cafés al darse cuenta de que me había levantado. Alzó la vista, sonrió con esa calma suya y me lanzó un guiño que, a esas horas, sabía mejor que el propio café.

—Te vi en la terraza con el teléfono y no quise molestarte.

—No hay problema, cariño. —Me dio un beso en los labios—. He pedido que nos traigan un desayuno variado.

—Me encanta. Estas vistas son para disfrutarlas sin salir a toda prisa.

—Yo soy igual. Prefiero tomarme el desayuno con calma y luego me tiro a la calle a disfrutar.

—¿Y qué planes tenemos hoy?

—¿Ir al Partenón y sentirnos unos dioses?

—Genial. Tengo una camiseta preciosa de un solo tirante con un abalorio dorado que para las fotos allí es ideal y me la pondré con un pantalón cortito de lino que me regaló Mirna y todavía no lo había estrenado.

—Zapatos cómodos, que aquello todo son piedras.

—Mis sandalias atadas al tobillo son para la batalla. —Le hice una burla.

Nos sentamos a desayunar y le mandé unas fotitos del día anterior a Mirna. En ese momento me entró un mensaje de mi padre y se lo dije a Mario.

—Ábrelo y contéstale con naturalidad.

—Sí, pero da un pellizquito en el estómago —sonreí.

Osvaldo: *Buenos días, cariño. ¿Todo bien en el viaje? Perdona que te moleste.*

—Se ve que te habla con mucha educación.

—Sí.

—Mándale una foto. —Me hizo un guiño.

—Lo estaba pensando, pero me da cosa.

—¿Cosa de alegrarle al pobre hombre un poco el día?

—Ya… —sonreí.

Nuria: *Buenos días. Estoy en Grecia, concretamente, en este momento en Atenas. Ayer paseé un poco y hoy haremos alguna visita. Estas fotos que te adjunto son de ayer por la tarde. No me molesta que me escribas.*

Osvaldo: *Qué guapa estás, hija. Tienes una sonrisa preciosa. Disfruta mucho del viaje, que seguro que es maravilloso. Me quedo tranquilo sabiendo que estás bien. Si no te importa, de vez en cuando envíame una fotito; me da mucha alegría. Pásalo muy bien.*

Nuria: *Claro, estamos en contacto. Feliz día.*

—Es muy fácil hacer feliz a la gente. —Me acarició la mejilla y se levantó a abrir, ya que nos habían traído el desayuno.

Nos trajeron un desayuno completo de tostadas, zumos y algo de bollería. Eso no tenía precio. Ver el Partenón en todos sus momentos del día era una locura de esas que sabes que se te quedarán para siempre grabadas en la retina.

Mario se pasó el desayuno dándome trocitos de pan y bollo para hacer la gracia. Por mucho que le decía que parara, no me hacía caso y no dejaba de provocarme una risa tras otra. Pesado hasta decir basta, pero encima gracioso. Me tenía de lo más encantada.

Nos duchamos y salimos a la calle, donde un taxi nos llevó hasta el punto más cercano al que podían acceder los coches. Mario ya tenía las entradas adquiridas, así que el acceso fue rápido.

Desde arriba, las vistas eran espectaculares. Se respiraba historia en cada piedra, en cada columna, y esa sensación tan latente hacía que todo impresionara aún más. Nos hicimos un montón de fotos y hasta le pedimos a una parejita española que nos sacara algunas juntos; se volcaron con nosotros y nos hicieron muchísimas, con todo el cariño. Nosotros hicimos lo mismo con ellos y les inmortalizamos varias desde todas las perspectivas. Estuvimos un buen rato charlando y nos contaron que estaban de luna de miel.

Había sido una mañana de disfrute absoluto en la que me sentía plenamente satisfecha.

Cogimos un taxi hasta Monastiraki, una zona muy animada y repleta de puntos emblemáticos, donde se encuentran la famosa Biblioteca de Adriano, el Ágora Romana, el Templo de Hefestión y la Torre de los Vientos, entre otros lugares.

Nos acomodamos en una terraza para comer y aproveché para enviarle un par de fotos a Mirna y a mi padre. Me costaba mucho pronunciar esa palabra, *padre*, porque era algo que había estado tan enterrado dentro de mí que ahora nombrarlo así me resultaba extraño, casi ajeno.

Pedimos una *moussaka* para probarla, ya que es el plato estrella de Grecia. Consistía en una especie de lasaña sin pasta, hecha a base de capas de berenjenas fritas, patatas, carne de cordero muy especiada, tomate y una bechamel horneada y doradita por encima. No estaba nada mal; el primer bocado me dejó un sabor delicioso en la boca.

También pedimos una ensalada de entrante y lo acompañamos todo con refrescos, que era lo que el cuerpo pedía para soportar el calor.

—¿Quieres dejar de tirarme fotos comiendo?

—Estás preciosa, mira. —Me enseñó una.

—Pues sí que es bonita, pero pásamelas todas.

—¿No tenía que dejar de tirarte fotos? ¿Lo ves? No hay quien os entienda a las mujeres. ¿Te las paso o paro?

—Tú pásamelas y deja de compararme con las demás o te pincho el tenedor en la frente.

—Tengo un buen equipo de abogados.

—Por mí, como si tienes un buen equipo de defensa personal. —Me reí.

—Muy chula eres…

—Y tú, gilipollas, y no te lo refriego. —Me reí mientras él sacaba los labios y ponía cara de terror.

—Pues este gilipollas te saca muchas sonrisas. Así que eso no me vale.

—Claro que sí, guapo, que no te valga nada.

—Luego tendremos que hablar seriamente en la piscina.

—Con un daiquiri de fresa, por favor.

—Descarada y encima me gustas —negó.

—Algo bonito tendré, digo yo. —Me encogí de hombros mientras él sonreía de manera especial y con un brillo en los ojos.

Osvaldo: *Buenas tardes, hija. ¡Qué guapa estás! Ya veo que estás conociendo lugares muy bonitos. Gracias por acordarte de mí, hoy me has hecho inmensamente feliz. Cuídate mucho y sigue disfrutando.*

—¿Lo ves? Cuesta muy poco hacer feliz.

—Me da nostalgia —confesé.

—A mí, con un estriptis y un buen contacto sensual, me harías también inmensamente feliz.

—Claro que sí. ¿Algo más que desee el señor letrado?

—No voy a hacer el gesto porque sería un tanto feo.

—No lo hagas, que sé por dónde vas. —Me eché a reír.

Terminamos de comer y, esta vez, decidimos no pedir postre. Queríamos irnos algo ligeros y disfrutar de unos cócteles en la piscina, refugiándonos del calor sofocante de esas horas de la tarde.

Nada más llegar, nos pusimos los bañadores y esperamos a que nos trajeran los cócteles antes de meternos en el agua. Mario puso en su móvil una lista variada de reproducción y me gustó comprobar que tenía gustos muy amplios, que escuchaba de todo, igual que yo.

Se colocó detrás de mí en la piscina y comenzó a dejarme besos en el cuello, mordisqueando suavemente el lóbulo de mi oreja. Me estaba despertando esa parte más peligrosa y atrevida de mí, porque sabía exactamente cómo tocarme, cómo acercarse, cómo encenderme sin apenas esfuerzo.

—Para ya. —Me reí.

—No voy a parar, ¿y sabes por qué? Porque te deseo en todas tus formas.

Esa palabra, además de dibujarme una sonrisilla inevitable, me erizó la piel de arriba abajo y él lo notó al instante. Era demasiado evidente.

Me abrazó con firmeza y me alzó ligeramente sobre su cintura, acercándome más a él. La escena tenía algo casi irreal: el agua templada, el sol cayendo despacio y el Partenón al fondo, majestuoso, como testigo silencioso. Me dio hasta pena que no quedara inmortalizado en una foto, pero tampoco iba a romper el momento para poner la cámara en automático. Aquello no era para una galería; era para sentirlo, para grabarlo en la memoria y que nos perteneciera solo a nosotros.

—Déjame beber, que me está entrando un sofoco —dije apartándome con la risilla suelta y el corazón a mil.

—Si necesitas algo solo tienes que pedirlo.

Por la tarde salimos a pasear y a cenar. La noche estaba buenísima y el ambiente invitaba a estar en la calle.

—Mañana toca marcharse…

—¿Mañana? ¿A dónde?

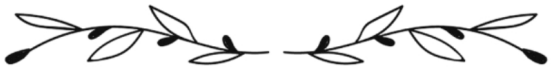
—Nos vamos a Santorini.

—¡Olé! ¡Olé! —Levanté las manos y luego me puse a aplaudir.

Me encantaba la idea, y aún más la de conocer esa isla tan fotografiada y deseada por medio mundo. Siempre la había visto en revistas y redes, con sus casas blancas y sus cúpulas azules recortándose contra el mar, y ahora iba a estar allí de verdad.

Había leído que estaba llena de gente por la cantidad de cruceros que hacían parada, que a veces apenas se podía caminar sin cruzarte con decenas de turistas. Pero, sinceramente, me daba igual. Pensaba disfrutarla como si fuésemos los únicos, buscar nuestros rincones, nuestras fotos y nuestros silencios. Porque, al final, de eso se trataba: de no quejarse por lo que no puedes controlar y de exprimir cada instante como si fuese irrepetible.

Capítulo 11



Despertamos abrazados, igual que nos habíamos quedado dormidos…

—Hoy no te libras. —Me dejó bocarriba y se colocó entre mis piernas.

—Llevo sin librarme de ti desde que te conocí —le dije, a risa suelta.

—Te lo has buscado más todavía —susurró antes de deslizarse contra mí con un movimiento lento y peligrosamente calculado. Sentí cómo su cuerpo encajaba en el mío y cómo el calor me subía sin remedio, despacio pero imparable, encendiéndome por dentro hasta dejarme sin aliento. Si aquello no era fuego, se le parecía demasiado.

Lo que me hizo en cuestión de segundos fue un auténtico espectáculo para mi cuerpo y para cada uno de mis sentidos. Me descubrí gimiendo sin pudor, arqueándome bajo el dominio experto de su boca, de su lengua, que sabía exactamente dónde y cómo rozar para llevarme al límite.

Me aferré a las sábanas con los dedos tensos, el aire escapándose en suspiros entrecortados, mientras el placer me recorría entera hasta doblarme sobre mí misma, vencida y temblando. Fue un orgasmo lento, profundo, de esos que no solo se sienten en el cuerpo, sino que te desarman por dentro.

—Tú solita te lo has buscado —dijo, dejándome coger aire mientras mis piernas temblaban y mi clítoris aún palpitaba.

—Ni me hables —le dije riendo.

Su cuerpo desnudo entrando en mí, firme y seguro, fue el despertar más intenso que recuerdo. Me miraba con esa mezcla de hambre y ternura que me desarmaba, marcando el ritmo con movimientos que me hacían perder el control y el aire a partes iguales. Se movía como un dios griego —y no era solo una metáfora fácil por el lugar en el que estábamos—, sino por la manera en que dominaba el momento, mi cuerpo y el suyo, como si todo formara parte de una coreografía perfectamente ensayada.

Cuando por fin conseguimos separarnos, todavía con la piel ardiendo, fuimos directos a la ducha, aunque antes llamó para pedir el desayuno a la habitación, como si aquello fuera lo más normal del mundo después del incendio que acabábamos de provocar. Bajo el agua, lejos de calmarnos, volvimos a buscarnos. Sus manos recorrían mi espalda, mis caderas, mi cintura, y yo respondía sin pensarlo, besándolo con la misma urgencia con la que él me había despertado. Terminamos riéndonos entre jadeos y vapor, pero también volviendo a hacerlo, incapaces de contenernos. Tenía un aguante que rozaba lo indecente… y a mí me encantaba comprobarlo.

Nos vestimos despacio, aún con esa electricidad bajo la piel, y dejamos las maletas listas mientras esperábamos el desayuno, que, como el día anterior, pedimos que nos lo prepararan en la terraza.

Nos sentamos primero a disfrutar del café con el cigarrillo, el mar frente a nosotros y la piscina en silencio, cuando entró un mensaje de mi padre.

Osvaldo: *Buenos días, hija. ¿Todo bien? Perdona que sea tan pesado, pero ahora que puedo hablar contigo, me gusta quedarme tranquilo.*

Sonreí al leerlo. En el fondo, que hubiese alguien de mi sangre que se preocupase por mí me parecía tierno y hasta necesario para mi alma. Le estaba cogiendo cariño. Y esta vez iba a tener un detalle en mis palabras con él, porque, hasta que no me demostrase lo contrario, con las pruebas que me había dado se merecía un gesto por mi parte.

Nuria: *Buenos días, papá. Estoy muy bien. Hoy nos vamos a la isla de Santorini. Te mando las vistas desde mi habitación en Atenas, con el desayuno delante. Y, por favor, deja de justificarte y de pedirme perdón por escribirme o por acordarte de mí. Me gusta que lo hagas.*

Le adjunté una foto de la mesa, con la piscina y el Partenón al fondo. Había quedado preciosa, con esa luz limpia de Atenas que parecía sacada de una postal.

Después, sin pensarlo demasiado, cambié su nombre en mi agenda.

Papá: *Qué buen desayuno y qué preciosas vistas, pero si algo me ha emocionado de verdad, hasta el punto de arrancarme unas lágrimas, ha sido leerte la palabra «papá». Me acabas de regalar diez años de vida. Te quiero, hija, con todo mi corazón, y me iría a vivir debajo de un puente si con eso pudiera darte todo lo que tengo.*

Le enseñé los mensajes a Mario y se emocionó, esbozando una sonrisa bonita.

—No me quiero ni imaginar lo que ese hombre habrá sentido al leer la palabra papá —me dijo con el corazón en la mano.

—Me gusta ponerme en el lugar del otro y no sé, lo veo tan ahí y con ganas de saber de mí que, en cierto modo, me siento un poco más querida.

—Déjate llevar, la vida está llena de oportunidades y vosotros os debéis una.

—Así es —sonreí emocionada.

Pensé que iríamos en ferry hasta la isla, pero no. Después de dejar el hotel, un taxista nos llevó al aeropuerto, donde cogimos un vuelo que apenas duró cuarenta y cinco minutos y, casi sin darnos cuenta, ya estábamos aterrizando.

Desde el aire, la isla parecía un capricho blanco suspendido sobre el azul más intenso que había visto jamás.

Nos montamos en otro taxi que nos dejó en la misma puerta del alojamiento. Yo iba con la boca entreabierta, mirando por la ventanilla como si fuese la primera vez que salía al mundo. A pesar de estar tan masificada como decían, tenía rincones preciosos, calles blancas que serpenteaban entre casas encaladas, balcones con buganvillas y vistas que cortaban la respiración. Y, aun con turistas por todas partes, encontrabas espacios en los que pasear sin aglomeraciones. Me sentía como una niña pequeña en un parque de atracciones.

El alojamiento era una auténtica fantasía. Parecía una cueva excavada en la roca, y la habitación seguía esa misma temática, envolvente y blanca, con formas redondeadas que daban la sensación de estar dentro de un refugio natural, pero con el mar abierto justo delante. Y la piscina infinita… parecía fundirse con el horizonte, como si el agua y el cielo se abrazaran en la distancia. Tenía terraza con una mesa y tres sillones, y las tumbonas justo frente a la piscina, invitando a no hacer nada más que dejar pasar el tiempo.

Sobre la cama había pétalos de rosa y un elefante hecho con toallas, perfectamente doblado. Era una cucada. Empecé a hacer fotos a todo: a la piscina, al cielo, a la cama, a los detalles más pequeños. Quería llevarme hasta el último recuerdo grabado, como si así pudiera asegurarme de que aquello no era un sueño.

—Dime que aquí no vamos a estar solo dos días, porfi. —Junté mis manos antes de coger la copa de champán que había servido.

—Déjate seducir por todo el viaje porque te prometo que cada uno de los lugares que pisemos no envidiará al anterior.

—Te dejo que me hagas otra guarrería —le dije, y tuvo que escupir el trago que le había dado a la copa—. Ya me has manchado el suelo rocoso, por Dios, que lo tenía acabadito de fregar.

—Tú solita te lo has buscado, pero vamos, que fregar has fregado poco este suelo. —Se reía—. Por cierto, ¿prefieres comer aquí o salir a la calle?

—Aquí, aquí, y ya por la noche paseamos, que habrá menos cruceristas.

—Mira cómo piensa cuando quiere.

—Siempre, otra cosa es que tú vayas de sobrado. —Le saqué la lengua.

—Pues toma. —Me dio la carta del servicio de habitaciones—. Te toca elegir la comida por los dos.

—Soy muy básica.

—Pues comeremos a lo básico. Sin problema.

Elegí una *pizza* margarita, que me encantaban las básicas y a él también, por lo que me había dicho; una ensalada completa y un plato para compartir también de chuletas de cordero con patatas.

Disfrutamos del champán sentados, observando el mar que se extendía ante nosotros como una lámina infinita de azul. A un lado se recortaba parte de la isla, blanca y luminosa bajo el sol. Aquello era una locura preciosa. Estaba viviendo algo tan bonito como indescriptible, algo que me dejaba sin palabras.

Nos trajeron la comida junto con una botella de vino blanco bien fría. El camarero, simpático y detallista, dobló las servilletas formando pequeñas flores que quedaron preciosas sobre la mesa. Me parecieron tan delicadas que no pude evitar hacerles una foto antes de darle las gracias. Eran esos pequeños gestos los que terminaban de redondear un momento que ya de por sí era perfecto.

—Esto es un sueño, pero veo injusto que estés pagando todo tú solo.

—Tú tranquila, que lo pago yo y los clientes que tengo en la cárcel. —Me hizo un guiño.

—Pero es tu dinero, ese que tú te ganas.

—¿Me vas a dar la comida con el dinero? Dejemos el materialismo aparte.

—¡Tonto! —Le tiré con un trozo de pan que esquivó riéndose—. Soy la tía menos materialista de este mundo, solo que me parece que puedo colaborar en algo. Este mes he cobrado la paga.

—Con eso no llega ni para esta comida.

—¡Gilipollas! —Le tiré otro trozo de pan, pero apunté bien y le di en la frente.

—Esto es agresión.

—¿Agresión? Tú sigue así y vas a saber lo que es una en toda regla. —Le señalé con las puntas del tenedor.

—Antes de que me lo claves, te he agarrado la mano, te he hecho el amor tres veces y te he puesto a dar giros sobre ti como nunca lo has hecho.

—Te he hecho el amor tres veces… —murmuré llevándome la mano a la frente y negando.

—Bueno, te he hecho el amor tres veces…

—Come y calla, que estás más guapo. —Me reí de lado.

—Deja de amenazar y así no tendré que contestar lo que no quieres oír.

—No he dicho que no quiera oírlo, porque a los payasos hay que escucharlos para podernos reír.

—¡Te lo has buscado! —dijo tirándome ahora él un trozo de pan que me dio en el pecho.

—Yo también sé soltar por mi boca barbaridades.

—Lo tuyo es desmesurado, roza hasta la agresión verbal.

—Estamos hablando coloquialmente. Bájate los humos como letrado, que aquí no somos nadie.

—Si te hablo como letrado, no me entiendes lo más mínimo. Lo estoy haciendo a modo coloquial.

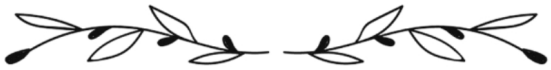
—Coloquial… —repetí, alargando la palabra con sorna, y terminé echándome a reír mientras negaba con la cabeza.

La *pizza* era fina y hecha al horno, nos la comíamos con ganas, disfrutando de cada bocado. Hasta ahora estábamos comiendo muy bien y sin pega en ninguno de los sitios. Aunque, ¿qué pega íbamos a tener cuando nos lo estaban poniendo todo por delante y estábamos viviendo unas señoras vacaciones?

Se notaba que a él le gustaba vivir bien y que no escatimaba en botellas de vino caras ni en platos que costaban un ojo de la cara. También comía kebab, *pizzas* o lo que se encartase, pero eso no quitaba que él era un señorito de esos a los que les gusta la calidad, la presentación y lo que está al alcance de pocos.

Comimos superbién y luego nos tumbamos en una de las hamacas, que eran grandes y comodísimas. Estaba encantada con ese lugar y, si el otro me gustó, este me fascinó.

Capítulo 12



Paseábamos admirando el paisaje volcánico, un escenario casi irreal, digno de ocupar todas las portadas y quedarse grabado en la memoria para siempre.

La isla se desplegaba ante nosotros con sus casas blancas y sus cúpulas azules, suspendidas sobre acantilados que caían hacia un mar intensamente azul, casi imposible de abarcar con la mirada. El suelo empedrado crujía bajo nuestros pasos, contrastando con la postal perfecta que teníamos delante.

Caminábamos sin prisa mientras nos ofrecían pequeñas degustaciones de vino y nos deteníamos a saborear algunos de ellos, dejando que el tiempo se diluyera entre sorbos, risas y esa luz dorada que lo envolvía todo.

—Mañana vamos a bajar en burro o en teleférico.

—Ni de coña me monto en burro.

—¿Y por qué no? Es lo más tradicional de la isla, bajar en burro.

—Me parece una locura y, además, pobres animales. Me niego en redondo…

—Pues nada, yo bajo en burro y tú en esa horterada de caja descendente que se puede estropear en cualquier momento y quedar suspendida en el aire.

—Bueno, ya lo arreglarán.

—Todo tiene arreglo hasta que deja de tenerlo.

—Lo que tú digas, pero que yo en burro no bajo.

Ver el sol esconderse mientras paseábamos era una de las cosas más bonitas que había contemplado en mi vida. El cielo se iba tiñendo de tonos anaranjados y rosados, y el mar parecía tragarse la luz poco a poco, como si quisiera guardarla solo para él. Caminábamos casi en silencio, dejándonos envolver por ese instante que no necesitaba palabras.

Nos acomodamos en el interior de un restaurante cuya terraza, encaramada a la colina, miraba directamente al mar, igual que nuestra habitación. El local, con ese aire de cueva blanca tan típico de la isla, nos regalaba una intimidad especial. Nos tocó una mesa en la esquina, justo pegada al murito, desde donde podíamos contemplar el horizonte sin que nadie interrumpiera nuestro pequeño mundo.

—Venga, te toca elegir…

—Me apetece mucho marisco.

—Pues dale, señor exquisito. —Me reí.

Pidió unas ostras, un par de langostas y una tabla de degustación de crujientes de marisco. Por supuesto, para acompañar, vino blanco, y del mejor.

—¿Acabas de pedir una botella de doscientos euros? —pregunté, porque esta vez sí que vi el precio.

—Sí, una normalita. Hoy no tengo ganas de derrochar mucho.

—¿¡Normalita!? Se me van a quitar las ganas de orinar durante un mes para no echar euros con el pipí.

—Ordinaria —murmuró con la risilla.

—Y tú un derrochador de mucho cuidado. Vamos, con doscientos euros como yo toda una semana a cuerpo de rey.

—Yo con doscientos euros no salgo ni a desayunar. —Sonrió de medio lado.

—Te la estás buscando, Mario Marcos Salvatierra, te la estás buscando.

Lo llamé por su nombre compuesto completo, aunque en el mundo de la abogacía era conocido simplemente como Marcos Salvatierra, porque a él le parecía más imponente. Y la verdad es que lo era. Era todo un personaje.

Las ostras estaban riquísimas y eran algo que me volvía loca y que, de vez en cuando, me compraba alguna pieza en la plaza, pero muy de vez en cuando, como quien se da un capricho casi clandestino y lo saborea el doble.

—¿Y cuántos días vamos a estar en esta isla?

—Los que el destino nos tenga preparados.

—Venga, dime, y quiero saber el siguiente sitio.

—Tendrás que buscarte las artimañas para sacármelo…

—Eso va con doble sentido, ¿verdad?

—Absolutamente. —Me hizo un guiño y le dio un sorbo a la copa.

Me reí porque no tenía remedio y porque gracia me hacía un montón. No sé si porque la tenía o porque me tenía bebiendo de su mano y a baba caída. Era más que obvio que la atracción que sentía por él era demasiado fuerte.

—Voy a ser buena persona, que lo soy, pero un poquito más y te voy a dar una pista.

—Venga, San Mario, dime.

—Mañana vas a tener uno de los amaneceres más bonitos y sorprendentes que te puedas imaginar. Y no lo digo por las vistas que gozamos, sino por todo lo que rodeará el momento.

—Vamos, como si me dices que mañana voy a ducharme nada más levantarme. Me quedo igual.

—Eso es porque no quieres echarle imaginación.

—No, no es por eso. Es porque te gusta que te rueguen por la información.

—Como buen abogado.

—Madre mía, qué subidito tiene el titulito ese —murmuré riendo y negando mientras cogía otra ostra para deleitarme.

Mario sonreía de lado al escucharme. La verdad es que el tío se lo pasaba en grande con mis comentarios y todo se lo tomaba con humor, otra cualidad que lo hacía aún más interesante.

La degustación de crujientes estaba también riquísima y se comía como pipas. La iba intercalando con la langosta, que estaba de diez. Con este hombre me iba a aficionar más al marisco de lo que ya lo estaba; lo que pasa es que, como persona de clase social media-baja, no me lo permitía tanto como me gustaría. De vez en cuando me llevaba del súper un cuarto de langostinos cocidos y era la mujer más feliz del mundo, como si aquello fuese un festín.

Con Mario o te morías de risa o te veías sumergida en cualquier conversación sobre política, culturas o incluso salseo de la alta sociedad. Tenía para todo. En esta ocasión me hablaba de la familia real española y lo hacía con un cariño, una admiración y un respeto absolutos, pero con ese toque suyo tan teatral que terminaba convirtiéndolo en un monólogo brillante con el que acababas riendo sin remedio.

Le había mandado un rato antes a mi padre un mensaje con la foto de la comida, la terraza y el mar. Ahora me acababa de llegar la notificación con su respuesta.

Papá: *Buenas noches, hija. Qué buena pinta tiene todo. Me gusta verte disfrutar y saber lo bonito que es ese lugar. Tú estás bien, ¿verdad?*

Nuria: *Buenas noches, papá. Estoy genial y con una compañía muy divertida y agradable. La isla es preciosa y el viaje está siendo muy enriquecedor y vibrante. Mañana te enseño más fotos. Descansa. Un abrazo.*

Papá: *Gracias, cariño. Un abrazo muy fuerte y no te olvides de que eres mi vida. Lo único que tengo de valor en la tierra.*

—Le estoy cogiendo cariño hasta yo —dijo Mario tras leer los mensajes que yo le había enseñado.

La cena nos la tomamos con calma, porque no era para menos, y el lugar te envolvía en un remanso de paz absoluto. Pedimos un par de postres para compartir: pasteles de moda con forma de fruta, con helado del mismo sabor en el interior, mientras que la capa exterior crujía y aportaba un toque de chocolate también del mismo sabor. Elegimos uno de mango y otro de manzana.

Decir que estaban buenos sería quedarse corto, porque aquello estaba a otro nivel de todo lo que yo había probado hasta entonces. No dejamos ni las migas.

La cuenta la pude ver: la cenita costó seiscientos euros. Un dolor de barriga que me acababa de entrar impresionante.

—A partir de ahora vamos a comer kebab, hamburguesas y *pizzas* —le dije cuando salimos—. No puedes estar tirando el dinero de esa manera.

—Sí puedo. Además, no es tirar; es disfrutar, saborear, vivir el momento desde la calidad y la excelencia. Es mucho más que una cena, es un orgasmo para el paladar y los sentidos. Claro que puedo, ya te digo yo que sí.

—Madre mía. —Volteé los ojos.

—Ven para acá, que yo por estar contigo derrocho hasta sensualidad —dijo abrazándome de lado y causándome una carcajada.

—Mañana buscamos un súper y compramos pan, embutido, patatitas y aceitunas, y comemos como todo ser humano en la cueva. Por cierto, me da miedo pensar lo que estás pagando por cada noche aquí.

—Ni lo recuerdo. Reservé porque me gustó y ni miré el precio.

—Lo que yo diga. Eres un derrochón vividor.

—Bueno, eso de vividor no es cierto, que yo me lo gano con el sudor de mi frente.

—Sí, un sudor increíble. Si fuera así, no lo gastarías de esta manera.

—Si no entiendes de gustos caros, no puedo discutir contigo.

—Dios, dame paciencia, porque como me des fuerzas, este rueda cuesta abajo y sin frenos.

—Otra amenaza para la demanda.

—Anota, anota, que de aquí a que nos vayamos tienes el caso de tu vida —le decía mientras caminábamos y no dejaba de darme besos en la mejilla.

—Todo anotado, amor.

Llegamos a la cabaña y me picó para bañarnos en la piscina desnudos. Y vaya si lo hicimos…

El contraste del agua fría con nuestros cuerpos ardientes creaba una mezcla que nos hacía enloquecer un poco más. Los movimientos, más ligeros y fluidos sobre el agua, y la sensación de que esta nos abrazaba, formando parte del instante, resultaban intensamente placenteros.

La luna se reflejaba en nuestras pieles húmedas como si también quisiera formar parte de nuestras vidas y de nuestros cuerpos.

El tacto, el leve roce del aire, el calor que desprendíamos, los besos y las caricias se fueron entremezclando hasta conducirnos, sin apenas darnos cuenta, al más alto de los placeres.

El coqueteo quedó atrás para dejar paso a una sensualidad más profunda, más consciente, que nos llevó a ese punto exacto en el que el deseo ya no pide permiso, sino que reclama su espacio sin titubeos.

En aquella piscina habíamos sellado otra de esas vivencias que sabes que se quedarán grabadas durante años. Me encantaba sumar momentos junto a Mario, porque él tenía la capacidad de convertir cualquier instante en algo más intenso, más vibrante, más nuestro.

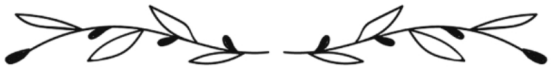
Nos envolvimos en la toalla y fuimos a la ducha entre risas y miradas cómplices. Después, nos cambiamos y nos metimos en la cama abrazados, todavía con la piel caliente y el recuerdo del agua recorriéndonos por dentro.

Mario era de esos hombres capaces de encenderte con una sola mirada o, al segundo siguiente, arrancarte una carcajada en mitad del clímax. De los que merecen la pena pese a sus locuras y su manera particular de entender la vida.

Quedarme dormida entre sus brazos era otra experiencia a la que no quería renunciar jamás. Sin embargo, sabía que, en cuanto regresáramos a España, cada uno volvería a su casa y Dios a la de todos, como solía decirse.

Aun así, en el fondo de mi pecho, deseaba que, una vez allí, todo siguiera fluyendo… y que lo nuestro no se quedara solo en el recuerdo de un viaje perfecto.

Capítulo 13



Me echó de la cama sin previo aviso y, con esa sonrisa suya de travesura inminente, me dijo que me metiera en el baño hasta que él me avisara y que ni se me ocurriera abrir antes de tiempo.

Sabía que estaba preparando una de las suyas, lo intuía en ese brillo de los ojos, pero aun así pensé que podría haberme dejado unos minutos más entre sus brazos. No me hubiera quejado lo más mínimo.

Estuve diez minutos encerrada, escuchando pasos, puertas que se abrían y se cerraban y algún murmullo al otro lado. Aproveché para maquillarme un poco, darme algo de color en las mejillas y ponerme el pelo mono, aunque me hubiera pedido que me pusiera el bañador antes de salir.

Cuando por fin abrí la puerta, salí despacio… y me encontré con todo el espectáculo. Me llevé las manos a la boca, completamente incrédula, mirando hacia la piscina, que estaba cubierta de pétalos de rosas rojas, blancas y rosadas, flotando como si alguien hubiera querido pintar el agua de romanticismo. En el centro, una cesta gigante con un supermegadesayuno desayuno flotante parecía sacado de una revista de viajes de lujo. Siempre había pensado que esas cosas solo pasaban en las Maldivas o en Bali, pero allí, en Santorini, jamás me lo hubiera imaginado.

—¿Qué has hecho, por Dios?

—Yo nada, los del hotel, que son magos —decía abrazándome de lado—. Eso sí, para disfrutar ese manjar tendrás que sumergirte.

—Yo, por vivir eso, me meto aunque esté congelada —dije feliz—. ¿Me tiras una foto con la bandeja?

—Claro, entra y luego la pongo en automático y nos tiramos los dos juntos algunas.

—Venga.

Entré en la piscina y, para mi sorpresa, el agua no estaba tan fría como imaginaba. Me acerqué a la bandeja flotante y la sujeté con cuidado, colocándome de espaldas al mar para que yo quedara en primer plano y, detrás, se apreciara toda aquella estampa de ensueño.

Mario me hizo un sinfín de fotos, buscando ángulos, riéndose de mis poses improvisadas, hasta que decidió poner el móvil en automático y se metió conmigo. Entonces nos hicimos algunas juntos, preciosas, incluso una en la que nos besábamos sin pensar en nada más que en ese instante.

No sabía por dónde empezar con aquel desayuno tan espectacular, pero como siempre, mi ritual fue el primero: café en una mano y cigarrillo en la otra. Esa combinación, en un momento así, era casi sagrada para mí.

Después me lancé a por un cruasán con mantequilla y mermelada que estaba jugoso, tierno, perfecto. Y la verdad es que todo tenía una pinta tan increíble que daban ganas de devorarlo sin pausa, pero preferimos saborearlo despacio, disfrutando de cada bocado como si el tiempo, por una vez, estuviera completamente de nuestro lado.

—El zumo está riquísimo. La naranja está en su punto.

—Sí, eso mismo estaba pensando. Por cierto, gracias por hacerme vivir este momento.

—Ahora da igual lo que me haya costado, ¿no? —me retó riendo.

—Calla, qué manera de joder las cosas —le dije a carcajadas.

Al final sacamos las cosas de la cesta y las pusimos en la mesa para seguir desayunando, ya que hacía frío tan temprano, tanto tiempo en el agua y aún nos quedaba mucho por probar. Nos servimos otro café.

—Mañana nos espera Mikonos… —soltó sin previo aviso.

—¡¡¡Me muero!!! ¿En serio? ¿También vamos a conocer Mikonos?

—No podemos perdernos lo mejor de este país. —Me hizo un guiño.

—Estoy flipando, te juro que estoy flipando. Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Y luego me quieres clavar un tenedor…

—Tú solito te lo buscas, majo, pero lo que es del César es del César y me estás dando unos momentos que en mi vida esperé vivir.

—Tan tierna a veces… —Me acarició la mano y notaba ese tono irónico.

—Pues sí. —Le hice una burla.

Después de desayunar nos arreglamos y salimos a la calle. Yo iba mirando cómo podíamos bajar con tranquilidad, y él, por sus santas narices, empeñado en que lo hiciéramos en burro.

Cada vez que veía a los pobres animales se me revolvía todo por dentro. Me daba una mezcla de pena y rabia. No podía evitar pensar en el peso, en el calor, en la cantidad de gente subiendo y bajando sobre ellos sin parar. Para mí aquello rozaba el maltrato, y no me entraba en la cabeza disfrutar de una experiencia a costa del cansancio de un animal. Yo, por ahí, no pasaba.

—Lo siento, pero no.

—Bueno, al menos súbete en uno rápido y te tiro una foto. Al señor le doy una propina.

—Eso sí, pero muy rápido, por favor.

Habló con el hombre y este no puso el más mínimo problema. Me subí solo un momento, apenas unos segundos, y justo entonces el burro reaccionó y me lanzó contra el suelo.

El hombre no dejaba de pedir disculpas, asegurando que aquello no era normal, que el animal era tranquilo. Mario, mientras me ayudaba a incorporarme, decía que me había olido el miedo. Yo apenas escuchaba; solo notaba el golpe y el calor subiéndome a la cara.

Tenía las piernas arañadas, con pequeños hilos de sangre que empezaban a asomar. Un camarero vino corriendo con una servilleta empapada en agua para que me limpiara las heridas. El numerito ya estaba montado y la vergüenza que sentía era mucho más intensa que el dolor.

—Es que eres muy pesado —dije apartándome—. Ya no bajo ni en teleférico; si quieres lo hacemos andando, pero vamos, que no sé qué se nos ha perdido ahí abajo —le decía enfadada.

—Venga, no te enfades, preciosa.

—Que no me toques, que ahora mismo estoy muy alterada y es mejor que me dejes respirar.

—Ni que te estuviera tapando la boca.

—Siempre igual, no estoy para bromas, me he metido una hostia por tu culpa.

—Por la del burro, que se puso nervioso con tus nervios.

—Bueno, déjame.

—¿Un vinito y arreglamos lo nuestro?

—Sí, de trescientos euros. —Rebufé negando.

—¿En qué quedamos, derrocho o no?

—En que te calles un poco, que me pican las piernas. Verás las fotos que me van a salir a partir de ahora.

—Con inteligencia artificial te las dejo mejor de lo que las tienes.

—Me estás tocando la moral…

Nos sentamos en una terraza donde daba a la sombrita y se estaba de maravilla en plena calle, y pedimos una cerveza. Yo tenía una cara de pocos amigos importante, pero es que llevaba desde el día anterior con la presión del dichoso burro, y ahora ahí estaban las consecuencias: las piernas hechas un desastre y, para colmo, la paranoia de pensar que quizá hubiera algún vídeo mío circulando por ahí y que a alguien se le ocurriera subirlo a la red.

El mal rollo estaba servido. Cada vez que Mario abría la boca o simplemente respiraba, me entraban ganas de agarrarlo por el cuello. Me había dado mucha rabia, demasiada.

Antes de que yo dijera nada, Mario le había comentado algo al camarero, y este apareció con una especie de mercromina para que me la echara en las piernas. Le di las gracias y me puse a aplicármela con cuidado, intentando que no me quedaran marcas, aunque lo que más escocía no eran los arañazos, sino el enfado que llevaba dentro.

—Solo era una foto, no debía pasar nada malo.

—Tú querías bajar y que lo hiciéramos en burro. Si esto me pasa cuesta abajo, a saber si ahora no me estaba evacuando un helicóptero.

—¿Y qué debo hacer para que me perdones?

—Callarte, volverte mudo al menos por un día.

—No, no me voy a callar porque tendré que hacer la comanda y todas esas cosas.

—Háblale a cualquiera menos a mí.

—Qué borde, hija… —Me miró de lado en plan provocación, pero con su tono de ironía.

No soportaba en esos momentos ni escucharle la voz. Me había dado tanta baza el día de ayer y esta mañana con el puto burro que ahora estaba que me comía por dentro y con ganas de gritar.

Nos trajeron una tapa de olivas y otra como de berenjenas asadas, cortesía de la casa. Las olivas estaban riquísimas porque llevaban una salsa un poco picantita.

—¿Quieres que comamos aquí o prefieres que nos movamos?

—Para moverme mucho estoy yo, que parezco un cristo.

—No está tan mal, mañana ya solo serán arañazos.

—No me vuelvas a decir dos veces que me monte en algo que no quiera.

—Prometido, ¿un besito?

—No, hoy no. Hoy estás castigado. Y más vale que comamos con cervezas y dejes de gastar burradas en vinos caros.

—Lo acepto.

—Pues comemos aquí, pero dentro de un rato, aún es pronto.

—Tus palabras son órdenes para mí.

—Pues a ver si es verdad, porque mi orden de no al burro te la pasaste por el forro de los cojones.

—Sí que estás enfadada… —Puso cara de tristeza.

—Joder, es que me da rabia verme las piernas así y además me escuecen.

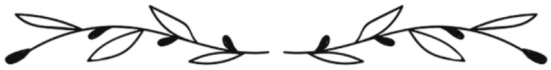
—Ahora compraré algo en la farmacia para curártelas con mucho amor.

Se pasó el resto del día de lo más callado, sin apenas bromas ni comentarios fuera de lugar. Se le notaba que estaba intentando compensar el desastre a su manera. Después de comer me dejó en el hotel y se fue a buscar desinfectante y mercromina para ir curándome las piernas, que daban pena verlas, llenas de arañazos y rojeces.

Yo era consciente de que, en el fondo, él no tenía culpa directa, pero había sido muy insistente con el tema y yo me lo veía venir. Además, no me gusta abusar de los animales ni provocarles un sufrimiento innecesario; eso me pone muy mal cuerpo y me revuelve por dentro más de lo que puedo explicar.

Por la noche nos quedamos cenando en la habitación. Pedimos un par de *pizzas* y unos refrescos por decisión mía. Aquello de gastar sin medida en cada comida me parecía desmesurado. Por muy bien que estuviera económicamente, no teníamos que andar siempre comiendo como reyes. A veces, lo sencillo también sabe a gloria, sobre todo cuando lo que necesitas no es lujo, sino calma.

Capítulo 14



Me desperté sintiendo sus besos en mis piernas a la vez que las curaba con lo que compró en la farmacia el día anterior.

—Princesa, sus piernas tienen mejor aspecto.

—Príncipe, ordéname una cafetera de espresso si no quieres ser hombre muerto.

—Ya vienen dos y el desayuno. —En ese momento sonó el timbre y me metí en el baño para que no me vieran con estas pintas.

Se marchó rápido y salí a sentarme en la mesa de la terraza, donde nos habían puesto unos huevos a la plancha, tostadas con tarrinas de mantequilla, mermelada y miel, yogur con cereales, fruta, zumos y los cafés.

—¿Mejor? —Me cogió la mano y se la llevó a su boca para besarla.

—Sí, pero no seas más pesadito cuando yo diga a algo no.

—Prometido. —Se besó los dedos, causándome una risita.

—Te hice reír y con eso ya me conformo.

—¿Y qué tal si te dijera que hoy te voy a alegrar la vida?

—No lo dudo, llevas alegrándomela desde que te conocí. Siento haber estado tan borde contigo ayer, pero me dio mucha rabia.

—Te entiendo y no tienes nada que sentir. Prometo que ya no seré más terco y entenderé tus negativas a la primera.

—Vale.

—¿Uno rapidito y luego seguimos desayunando?

—¡No!

—Perfecto. —Servía los cafés—. Lo he entendido a la primera. —Frunció los labios.

Y me tenía que reír, porque tenía cada cosa que solo a él se le podía ocurrir. Simplemente era él, era Mario.

Desayunamos con calma y, después, nos llevaron al puerto, desde donde salía el ferry rumbo a Mikonos. Iba abarrotado de gente, pero nosotros teníamos preferencia y acceso a la sala VIP con terraza, lo que fue un auténtico alivio frente al caos de pasajeros que habían invadido el barco.

El trayecto duró dos horas, durante las cuales tomamos cafés y algún zumo, aprovechando el servicio prémium gratuito de bebidas mientras disfrutábamos de la navegación al aire libre. Incluso un empleado se ofreció a hacernos varias fotos preciosas, tanto en el interior como en la terraza, con el mar de fondo.

Al llegar a Mikonos, nos montamos en un taxi al que Mario le indicó la dirección del alojamiento.

La isla era totalmente distinta, más llana, con playas espectaculares y casas de paredes encaladas, techos azules y esos vistosos molinos de viento que parecen sacados de una postal.

Nos alojábamos en pleno centro, entre sus calles encantadoras, pero esta vez —para mi sorpresa— nos quedaríamos los últimos seis días en una casa allí, y la idea me pareció maravillosa.

La casa que había alquilado era preciosa: pequeña, pero fresquita, con un salón comodísimo, una cocina encantadora y una habitación de matrimonio acogedora, además del baño. Me emocionó especialmente este alojamiento porque era completamente diferente a los anteriores; tenía algo más íntimo, más real.

Colocamos nuestras cosas y salimos a buscar un súper para abastecernos para esos días. Compramos refrescos, agua, pasta, verduras, carne, pan, productos para desayunar, huevos, cápsulas de café y un sinfín de detalles más.

La compra ascendió a trescientos euros, pero es que no faltaban vinos ni varias exquisiteces que él iba añadiendo al carrito sin pensárselo demasiado.

Un chico con un carrito nos llevó todo hasta la puerta de casa, y Mario le dejó una buena propina. Además, nos pidió que guardáramos su número de teléfono por si necesitábamos cualquier cosa de la tienda, para que ni siquiera tuviéramos que desplazarnos; él mismo nos lo traería.

Mientras él organizaba la compra y la colocaba, yo me puse a empanar unos filetes de cerdo que acompañaríamos con la pasta que iba a hacer también a la carbonara.

—Listo, todo requetebién colocado.

—Así me gusta.

—¿Un vinito?

—Vale —sonreí.

—Si supieras que cuando sonríes me siento el hombre más afortunado del mundo.

En ese momento sonó el teléfono y era mi padre, que un rato atrás le había enseñado por mensaje las piernas y le conté, riendo, lo del día anterior. Nunca habíamos hablado por voz.

—Hola, papá.

—Hola, mi vida. —Su tono era entrañable y se me cayeron unas lagrimitas que, al darse cuenta, Mario me acarició la espalda—. ¿Estás bien de verdad?

—Sí, solo fue que me monté para la foto y, con tan mala suerte, se movió rápido y salí disparada al suelo.

—¿Por qué no vas a que te miren en un centro sanitario por si necesitas desinfectar más?

—Tranquilo, está todo controlado. Mario, el chico con el que vine al viaje, se encargó de ir a la farmacia y comprar desinfectante y una especie de mercromina como el Betadine. Hoy tengo mejor aspecto.

—Tened mucho cuidadito. Muchas veces nos pasan las cosas más tontas, pero te puede chafar el viaje.

—Sí, tendré mucho cuidado.

—Gracias por cogerme la llamada, hija. Escuchar tu voz es lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—Puedes llamarme cuando quieras, papá —dije emocionada y con un nudo en la garganta—. Me ha encantado escucharte.

—Te quiero, hija.

—Yo también, papá.

Su voz también estaba entrecortada, como la mía. Era mi padre, joder, y había luchado para recuperarme. La sangre me corría por las venas y mi corazón estaba cayendo rendido ante él.

Seguí cocinando y Mario me abrazó por detrás, respetando mi silencio y mi momento. Había sido un choque de realidad encontrarme con la voz del hombre que me estaba demostrando que, como padre, sí que le importaba.

Aquella casa tenía algo especial que te envolvía y te hacía sentir como si estuvieras en la tuya propia.

Pusimos la mesa que estaba delante del sofá y de unos sillones, que fue donde nos sentamos para estar más altos y cómodos. Dejamos el vino y nos sentamos a comer con refrescos.

—Qué bueno te ha salido —me decía disfrutando de la pasta y de los trozos que cortaba del filete empanado.

—Hecho con mucho amor.

—Se nota, se nota. ¿Estás mejor de las piernas? —En lo que llevaba de día me las había curado él tres veces.

—Muchísimo, tranquilo, ya casi ni pica.

—Pero esa caída… —Soltó una carcajada y cogí la barra de pan y le di en la cabeza.

—Eres el demonio en persona, Mario, más malo que todas las cosas —le decía riendo mientras él se escudaba con las manos para no ser golpeado más con el pan.

—Piensa que gracias a la caída tu papá te llamó y has tenido la oportunidad de vivir ese momento de escuchar su voz por primera vez.

—Ahora arréglalo… —negué riendo.

Mario no podía evitarlo: le salía esa alma de niño pillo que estaba deseando pinchar en todo momento. Era puro volcán, como aquellas islas: por un lado, tan responsable; por el otro, tan chavalín. Y lo cierto es que, en sus dos versiones, me encantaba, aunque —como el día anterior— hubiera instantes en los que consiguiera sacarme de quicio.

Recogió la mesa y no me dejó mover un dedo. Fregó todo con calma y volvió con dos helados de los que habíamos comprado. Nos los comimos sentados en el sofá, pegados el uno al otro, como si aquel gesto sencillo también formara parte de algo que estábamos construyendo sin darnos demasiada cuenta.

—Mañana vamos a pasar la mañana y la tarde en un club de playa. He reservado una hamaca balinesa.

—Jo, qué guay, me apetece un día de sol y playa.

—Además, dicen que su restaurante es de los mejores de la isla.

—¿Algo más?

—Es un lugar animado, con sus propias piscinas frente al mar, donde puedes tomar una copa mientras te bañas.

—Ya me has convencido. —Me reí echando mi cabeza hacia su lado.

Estuvimos tumbados juntos en el sofá hasta que empezó a caer la fresquita y decidimos salir a tomar algo antes de volver a casa para cenar. Teníamos previsto preparar una ensalada de salmón con fruta y frutos secos, además de la empanada de atún y tomate que habíamos comprado, así que la idea era disfrutar un rato fuera y luego recogernos tranquilos.

La isla era preciosa y tenía un rollo de lo más animado. Me recordaba a la Ibiza de verano, donde se reúne multitud de gente con ganas de fiesta y de alargar las noches hasta que el cuerpo aguante. Había un contraste muy marcado entre el día, luminoso y relajado, y la noche, vibrante y llena de música.

En una tiendecita le compré a Mirna un par de detallitos y a mi padre un abridor precioso con el letrero de Mikonos y un molino dibujado. Me hizo ilusión imaginar su cara al recibirlo.

Nos sentamos en una terraza frente al mar a tomar un vinito. El aire fresquito nos acariciaba la piel y las vistas eran de esas que no tienen precio, de las que se te quedan guardadas muy dentro sin que tengas que hacer ningún esfuerzo.

—¿Te ha gustado que nos quedemos ya aquí hasta el final?

—Sí, y en una casita con tanto encanto. Me siento muy cómoda en ella. Obviamente, los otros alojamientos fueron una pasada, pero para vivirlos y ya. Aquí como que me siento más cómoda y nos da más libertad para poder cocinar y hacer lo que queramos.

—Es muy acogedora, sí.

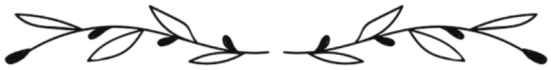
Estuvimos tomando el vino y luego regresamos paseando y tirándonos fotos por muchos de sus rincones. El atardecer que habíamos vivido desde la terracita había sido una absoluta belleza.

Llegamos a la casa y nos pusimos cómodos antes de preparar la ensalada y poner también la empanada.

Sentía que, cuando estábamos juntos, éramos exactamente como queríamos ser: sin escondernos, sin filtros, sin apariencias que sostener. Con lo bueno y lo menos bueno, con las risas y con los roces.

Me gustaba poder sentirme yo a su lado, sin medir cada palabra ni cada gesto. Y también tener esos momentos divertidos, incluso los de enfado como el del día anterior, porque hasta en eso había verdad.

Capítulo 15



Me desperté con los besos de Mario, que ya estaba de pie a mi lado, inclinándose sobre mí con esa mezcla de ternura y picardía que siempre conseguía arrancarme una sonrisa incluso antes de abrir los ojos.

—Amor, su desayuno la espera en el salón.

—Buenos días, ¿ya lo has hecho?

—Sí, hoy le di al mayordomo permiso —dijo, causándome una carcajada.

Tenía los cafés y un platito con tostadas y otro con las cosas que compramos para juntar.

—Básico, pero necesario.

—Sí, que llevamos unos días que los desayunos han sido brutalidades. Ya es hora de bajar el ritmo y cuidarnos un poco.

Tenía los cafés ya servidos, un platito con tostadas recién hechas y otro con todo lo que habíamos comprado para acompañarlas: mantequilla, mermeladas y algún capricho más dispuesto para juntar y disfrutar sin prisas.

Nuria: *Buenos días, papá. Mucho mejor, se han secado todas las heridas y en nada se caerá la costra. ¿Qué tal estás?*

Papá: *Feliz de que estés mejor. Las fotos de la casa son preciosas y se ve un lugar increíblemente bonito. Disfruta mucho, cariño, y si necesitas algo solo me tienes que escribir. Te quiero con todo mi corazón. Cuídate, hija.*

Nuria: *Estoy deseando darte un abrazo. Te quiero, papá.*

Papá: *Estoy llorando de felicidad por tus palabras. Yo también lo estoy deseando, pero ahora disfruta.*

—Cada vez que hablas con tu padre se te vuelve la cara dulce, tierna, como si de pronto te encogieras unos años y regresaras a un lugar más inocente.

—Me mueve muchísimo los sentimientos.

—Te va a venir bien encontrarte con tus orígenes.

—Más que respuestas, creo que me voy a encontrar con una gran persona que va a pasar a ser una parte importante de mi vida. Esa figura que nunca tuve y que nunca es tarde para recuperar.

—Hoy ponte el bikini y la ropa de playa más coqueta y elegante que tengas, que nos vamos a pegar un día que no se te va a olvidar en tu vida —dijo, sacándome una risilla.

—Pues tengo un bañador monísimo blanco con adornos dorados que es muy elegante. Y también tengo un vestido corto tipo ibicenco que es muy bonito y también es elegante. Iré a juego con mi *Cayetano* favorito.

—Si me entero de que tienes otro, lo entierro y no lo encuentran ni los mejores perros adiestrados para encontrar cuerpos.

—Letrado, posible asesino, ¿qué más tiene guardado?

—Asesino, no. Sicario por conveniencia —dijo, riendo.

—Pero no soy tu novia.

—Por supuesto que no. Eres mi prometida.

—¿Desde cuándo? Yo no recuerdo nada, así que no me líes.

—La pulsera era nuestro punto de compromiso.

—Ya me la podrías haber comprado de oro, que para gastar en botellas, bien, pero para pedir compromiso estás flojito.

—Es de oro blanco con diamantes.

—Es de plata con circonitas y te costó 250 euros porque vi el datáfono.

Buscó algo en el móvil y, cuando lo encontró…

—Mira, dos mil quinientos, y puedes comprobar el comercio, la hora y el día.

—Ay, Dios, ¿por qué te gastaste tanto?

—Poco para lo que se merece mi prometida.

—No, tu prometida no, que mucha pulsera, pero a mí no me has pedido formalmente nada y tendré que decir algo al respecto, vamos, digo yo.

—Bueno, vale, pensaré en algo.

—Joder, dos mil quinientos euros, ¿sabes cuánto dinero es eso?

—La consulta que le cobro a un narco, por ejemplo.

—Madre mía, que no puedo con él. —Me refregué la mano por la cara.

Después de desayunar nos preparamos para ir al club y yo cogí un bolso de caña que iba muy acorde con mis sandalias y el vestido. Al llegar entendí por qué era importante venir así vestidos y es que aquel lugar era «pijolandia».

Teníamos cama balinesa en primera línea de mar, con una mesa de madera delante para comer y una intimidad extraordinaria. Teníamos hasta un pulsador para llamar a los camareros y estábamos a pocos pasos del agua.

Dejamos las cosas sobre la cama y nos fuimos al agua a darnos un bañito, ya que nos apetecía un montón ese contacto con el mar.

Al entrar al agua me picaron un poco las heridas, pero nada que no pudiera aguantar.

—Ni se te ocurra gastarme una broma en el agua, que ya solo te falta que me ahogues.

—Que no, que ya voy a cuidar mucho de ti, amor. —Me abrazó.

—Más te vale. —Me reí, devolviéndole el abrazo.

El agua estaba de lo más buena y nos quedamos unos veinte minutos dentro, entre besos, nados y risas.

Regresamos a la cama y pedimos un par de cervezas con una ración de gambas blancas del país.

Miré el móvil y tenía un mensaje de mi amiga.

Mirna: *Ayer conocí al posible amor de mi vida. Se llama Sergio y es poli. ¡Con lo que siempre me han puesto los uniformes!*

Me reí con el mensaje y es que tenía mucha gracia diciendo las cosas.

Nuria: *Madre mía, vas a hacer tu sueño realidad. De un militar a un poli, ya solo te falta el comandante de vuelos.*

Mirna: *Todo se andará. El caso es dar con ellos. Dejando las bromas aparte, es un tipo simpatiquísimo y es de Oviedo, pero lleva muchos años en el sur. Es policía nacional y ayer lo conocí en el cumple de Olivia, ya que es el compi de su novio.*

»Estuvimos toda la noche hablando y ahora me escribió por la mañana y me propuso ir a cenar esta noche. Obviamente le dije que sí y mil veces sí.

Nuria: *Claro, sal y disfruta. Por cierto, ¿qué tal está Olivia de la recuperación de su pierna?*

Mirna: *Está genial. Ya acabó la rehabilitación y está empezando a correr.*

Nuria: *Me alegro muchísimo. Mira dónde estoy.*

Le adjunté una foto en la que se veían mis piernas en la cama, la mesa con la cerveza y las gambas y el mar.

Mirna: *Pues sí que te cuida bien el señor letrado. Por cierto, tus piernas tienen mejor aspecto. Mira que subirte a un pobre burro…*

Nuria: *Calla, que todavía no he acabado de perdonar a* Mario, *ja, ja, ja. Ya no me subo ni a una bici eléctrica.*

—¿Cómo que todavía no me has acabado de perdonar, si ya me has perdonado?

—Eres un cotilla.

—No, tienes el móvil delante y yo estoy a tu lado.

—¿Y por eso tienes que curiosear?

—No, no soy curioso, pero si lo tengo delante, es normal que se me vayan los ojos para la pantalla.

—Claro que sí, guapo. ¡Eres un cotilla! —Le di una colleja y comenzó a reírse—. Y te he perdonado, pero te tengo en una absoluta cuarentena porque no me fío en absoluto de ti.

—Si eres mi prometida, amor.

—No, no, ya te he dicho que a mí se me pide como Dios manda.

—Dos mil quinientos euros a la basura…

—No, en mi mano y cagada por no perderla.

—Si la pierdes, se perderán todos los lazos de unión que fuimos forjando estos días.

—Lo dicho, tienes otra colleja. —Se la di.

—¿Y esto qué pasa, que no es como la caída del burro?

—Esto es sutileza para el carajazo que me metí.

—¿Sabes que lo tengo grabado en vídeo?

—¡Qué dices!

—Te estaba grabando cuando te montaste y…

Soltó una carcajada.

—Quiero verlo, pásamelo. Y deja de reírte o comes arena.

—Vale, vale.

Me pasó el vídeo y me tuve que echar a reír a carcajadas. La verdad es que fue una caída tonta, pero graciosa. Lo que pasa es que, cuando le sucede a una, no se ve con tanta risa en ese momento, pero ahora me tenía que reír sí o sí.

Le mandé el vídeo a Mirna y a mi padre. Este último me escribió al instante.

Papá: *Hija, por Dios, me he reído porque ya sé que estás bien. Fue de esas que se dicen caída tonta y en las que el suelo no ayuda nada a las piernas. Por cierto, en el vídeo vi a mi mamá; te pareces muchísimo a la abuela.*

Me envió una foto y tanto Mario como yo nos quedamos flipando del parecido tan grande que había.

Nuria: *Pues sí que me encuentro muy parecida a ella. Por cierto, tenía cara de muy buena persona la abuela.*

Papá: *Lo es, sigue viva con 83 años y está como una rosa. Sueña con abrazarte y su pena es morirse sin poder hacerlo. Te quiere muchísimo.*

Nuria: *No lo sabía. Imagino que me tienes que poner al día de muchas cosas. También tengo muchas ganas de conocerla y darle ese abrazo.*

En ese momento me contestó con un audio que era de mi abuela, que estaba a su lado.

Papá: *«Hola, cariño, soy la abuela Carmen. Estaba deseando hablar contigo. En esta casa te queremos muchísimo y no te imaginas las ganas que tenemos de verte.*

Estoy viendo las fotitos que le mandas a papá y eres preciosa. Ten mucho cuidadito en el viaje y no te subas a cosas peligrosas, que te estamos esperando con los brazos abiertos.

Gracias por escuchar a tu papá, no sabes lo que ha sufrido todos estos largos años. Millones de bendiciones y no te olvides de que tienes una familia para la que eres su vida.»

—Venga, cariño. —Me abrazó de lado al verme llorar escuchando el audio.

—Y yo pensaba que nadie me quería en el mundo.

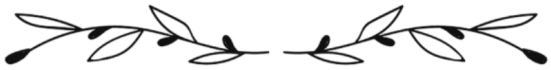
Cogí fuerzas, ya que tenía un nudo en la garganta, y me dispuse a contestarle con un audio también.

Nuria: *«Hola, abuela. No sabes la alegría que me ha dado escucharte y saber que estás con papá. Muy pronto nos veremos, estoy deseando también abrazaros y conoceros.*

»Todos hemos sufrido de algún modo, pero a veces en la vida pasan cosas bonitas y a nosotros nos va a pasar. Os quiero muchísimo. Gracias por hablarme con tanto cariño.

»No te preocupes, que me cuido porque estoy deseando estar con vosotros. Millones de abrazos llenos de mucho cariño y amor.»

Capítulo 16



Amanecía un nuevo día y nos habíamos levantado dispuestos a arrasar con el desayuno. Mientras yo lo preparaba, Mario fue a una panadería que hacía los panes en su propio horno al momento y que eran una exquisitez.

El día anterior lo disfrutamos entero en la playa, donde nos lo pasamos genial y estuvimos hasta después de cenar. No daban ganas de moverse de allí, ya que por la tarde el ambiente se animó con música en directo y lo acompañamos con unas copas.

—Ya está aquí lo más bonito de tu vida —dijo entrando por la puerta—. Mira qué bollos y qué pan crujiente de masa madre he traído.

—Pues sí que tiene buena pinta.

—No tanto como el desayuno. —Miró hacia la mesa, donde ya estaban los huevos, beicon, aguacate, mermeladas y mantequilla.

El pan venía tan perfecto y recién hecho que no hizo falta tostarlo. Nos sentamos a desayunar del tirón.

Ese día nos lo íbamos a tomar de relax en la casita y por el pueblo, ya que al día siguiente Mario había contratado una excursión completa con una agencia *online* muy famosa.

Queríamos aprovechar el día para pasear y comprar algunas cositas. Por supuesto, tenía que llevarle algo a mi abuela, además de comprar más cosas para mi padre, al que solo le había cogido un abridor. A Mirna le compré un par de detalles, pero le quería coger algo más.

Salimos a pasear y Mario era un auténtico espectáculo. Vestía tan bien, tan adecuado para cada ocasión, que la elegancia y la clase le salían solas, sin esfuerzo. Me encantaban los *outfits* que se montaba, siempre cuidados, siempre con ese punto suyo que lo hacía destacar sin parecer que lo intentaba demasiado.

Vi una preciosa camisa de lino en tono turquesa, con una caída ligera y elegante. Era perfecta para llevarla en plan vestido a la playa, arremangada a los codos, pero también servía para esas noches de verano en las que quieres ir arreglada sin perder frescura. No lo dudé y se la compré a Mirna, porque quería llevarle algo especial y que realmente fuese a usar; conociéndola, supe al instante que le iba a encantar.

A mi padre le cogí un precioso barquito de madera hecho a mano, pintado con colores vivos y muy característicos de la isla, a la que llamaban la pequeña Venecia. Tenía ese aire marinero que parecía guardar dentro el sonido del mar.

Con mi abuela, en cambio, me costaba más decidirme. No sabía bien qué podría gustarle ni qué encajaría con ella, con su edad o con su historia… pero tenía clarísimo que no me podía marchar sin elegir algo especial. Sentía la necesidad de llevarle un pedacito de este viaje, como si en ese detalle fuera también un trocito de mí.

—¿Y si le llevas esta toca de crochet? —Se la echó por encima de los hombros, causándome una carcajada.

—No es una toca, es un camino de mesa. —Me eché a reír más todavía.

—Lo mismo ni se da cuenta.

—O mejor se lo llevo para la mesa… aunque casi que no, porque si no es de su estilo o tienen los muebles modernos, será un trasto más ocupando sitio en la casa. Mejor voy a llevarle una cadena de oro con un colgantito. —Señalé hacia una joyería cercana.

—Venga, vamos.

Nada más asomarme al escaparate, vi una que me enamoró, ya que tenía colgando un molino que era algo emblemático de la isla. Costaba trescientos quince euros, pero por primera vez en mi vida me lancé sin pensarlo, porque algo me decía que se merecía mucho más que eso.

—¿Te ayudo a pagarlo? —me preguntó al oído mientras pasaba mi tarjeta.

—No tienes remedio, Mario. —Me reí negando.

El joyero me lo preparó muy bonito en la cajita de la joyería y una bolsita monísima también con su logo.

Pasamos por todas las calles, nos perdimos por rincones preciosos, nos echamos mil fotos que fui mandando a mi padre, a sabiendas de que las verían los dos. No dejaban de echarme piropos.

—¿Comemos en la calle y nos ahorramos tener que cocinar?

—Si comemos en la calle, por la noche cenamos en casa.

—¿Quieres dejar de mirar por mi economía?

—Es que te gusta gastar mucho.

—Estoy de vacaciones, me merezco mimarme.

—Pero los mimos te cuestan por dos.

—No, porque no es lo mismo compartir con una buena compañía una botella o un plato que tomarlo solo. Siempre gano. Hay ganancias que no son perceptibles a la economía.

—Madre mía, qué hombre. —Me pasé la mano por la cara.

Me dejó elegir a mí y, para abaratar costes, lo obligué a pedir cervezas, que eran bastante más baratas que las botellas de vino que solía elegir. De platos, pedimos un solomillo a la brasa con patatas y su guarnición correspondiente.

—Yo hubiera pedido la otra carne.

—La otra valía ciento diez el plato y esta cincuenta y cinco. Y mucho estás pagando ya por esto.

—Ni mi madre me controlaba tanto.

—A mí me da igual, yo lo que sé es que cada vez que pasas la tarjeta me da un dolor de barriga.

Me reí mucho porque, para picarme, comenzó a decir que esa carne era chicle y que no se la comían ni los perros, pero él bien que se la estaba tragando. Yo me reía con ironía y no le hacía ni caso.

—Tú imagínate que nos casamos…

—Pues sí que le voy a tener que echar imaginación.

—¿Quieres tomarme en serio?

—¿Tú sabes lo difícil que es eso?

—Pues lo intentas. Un respeto, por favor.

—Venga, vale…

—Imagina que nos casamos y nos quedamos en tu pisito a vivir.

—El tuyo lo alquilamos y vamos a medias.

—Luego dices que no eres materialista. —Se echó a reír—. No me dejas terminar.

—Venga…

—Nos casamos y yo quiero comer de calidad.

—¿Qué pasa, que en mi casa no se come de calidad o qué?

—Bueno, mis solomillos no bajan de setenta euros en la carnicería.

—Uno al mes, para que no te pique el gusanillo.

—Me lo voy a tener que pensar mucho, eso de comer a lo barato…

—Eso, piénsatelo, que las cosas a la ligera no salen bien. —Me reí.

—No me tomas en serio, amor.

—Es que tienes cada cosa. —Volteé los ojos.

—Dos huevos en la casa me hubieran sabido mejor.

—Pues no te preocupes, que esta noche te los hago.

—Gracias, amor.

Me reía porque esa carita suya, entre la ironía y la felicidad, era de lo más cómica. Cualquiera que no lo conociera podría pensar que hablaba en serio, pero nada más lejos de la realidad.

Tras abonar la cuenta, nos fuimos a una confitería que hacía aquellas frutas heladas que tanto nos habían gustado. Nos decantamos por un plátano, un coco y un mango. Las llevamos a la casa y las metimos en la nevera para sacarlas por la tarde y merendarlas con calma.

Nos pusimos los bañadores y fuimos a darnos un baño, pero no en zonas de club ni nada parecido, sino como cualquier turista que no paga por disfrutar del mar, solo por vivirlo.

Habíamos pensado en quedarnos en la casa, pero eso era tiempo perdido teniendo unas playas tan bonitas para aprovechar las horas punta de calor.

El agua era una locura, un auténtico plato sin olas, justo como a mí me gustaba. Habíamos dado con una playa que no estaba masificada y en la que podías tumbarte tranquilamente sobre la toalla y dejar que el sol hiciera el resto.

—A mí me dejas de cuentos, pero como se está en una hamaca o una cama balinesa, no se está en ningún sitio.

—Mario, por Dios, deja ya las tonterías, que de toda la vida se ha tomado el sol así.

—Pues yo debo de ser de otro planeta. Esto está duro y es incómodo.

—Lo que tú digas…

Me reía porque se quejaba por todo por lo que no hubiese que pagar; parecía como que era feliz fundiendo la tarjeta bancaria. Mario era muy peculiar, demasiado, pero no por eso dejaba de ser una gran persona y compañía que me tenía encantada.

Después de un par de baños y de tomar el sol, regresamos a la casa a merendar los helados de fruta que tanto nos habían gustado.

—Entonces, que yo me aclare, esta noche vamos a comer huevos.

—De la manera que lo has dicho… —Me eché a reír.

—Cada cual que los coma como mejor le guste.

—Efectivamente, hijo, pero estoy segura de que tú los quieres frititos.

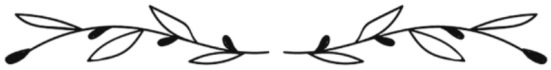
—Cómo me vas conociendo. —Se puso a aplaudir.

Después de merendar se fue al súper, a la carnicería, a por unos chorizos picantes para hacerlos por la noche con los huevos. Se había quedado con las ganas de comprarlos la vez anterior y se le notaba el antojo.

Volvió cargado de bolsas y le recriminé que aún teníamos cosas de los días anteriores y que, al final, no íbamos a consumir ni la mitad. Así que le advertí que, salvo el día siguiente, que era excursión, ya no se comía ni se cenaba más en la calle.

Empezó a hacer pucheros como si fuera un niño pequeño, pero es que, a veces, lo parecía de verdad.

Capítulo 17



Desayunábamos temprano para ir al punto de encuentro de la excursión que tenía programada. Eran apenas las ocho de la mañana, aunque íbamos con tiempo de sobra, así que disfrutamos del café con las tostadas que habíamos preparado.

Me había puesto un bañador, un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Sabía que algo de playa íbamos a tocar por la advertencia de llevar ropa de baño.

Llegamos al punto de encuentro y nos montaron en una embarcación típica griega llamada kaiki, donde nos informaron de que tenía barra libre de bebidas durante toda la excursión. Mario me hizo un guiño y a mí se me escapó una risilla.

Nos llevaron hasta la isla de Rhenia, donde nos dieron el tiempo libre suficiente para nadar en sus aguas cristalinas o tomar el sol.

Hicimos un rato de esnórquel y disfrutamos de unos baños que parecían sagrados. Era un lugar tan vibrante y lleno de energía que merecía cada minuto de aquella parada. Estuvimos toda la mañana en una cala impresionante en la que aprovechamos para tomar alguna copa que pedíamos en el barco.

A las dos comenzaron a servir parrilladas a bordo y se estaba poniendo el ambiente muy animado. La verdad es que estaba siendo una excursión de lo más entretenida.

—¿Y esta carne no es chicle?

—No, porque es una excursión VIP muy exclusiva. La carne mala está en los otros barcos, que valen una cuarta parte de este precio.

—Tú tienes más tonterías que un móvil chino.

—Soy selectivo. —Me echó la mano por el hombro y me dio un beso en la mejilla.

En ese momento, uno de los animadores nos pidió la atención a todos.

—Vamos a comenzar a navegar hacia la isla de Delos, pero si antes alguien quiere dejar aquí tirada a su pareja y deshacerse de ella, por el módico precio de cincuenta euros la bajamos ahora mismo del barco —dijo, provocando la risa general.

—Si me bajáis a esta, os doy mil euros —dijo Mario, produciendo una carcajada aún más grande.

—Vete a tomar por culo —le respondí a carcajadas.

Dos de seguridad vinieron hacia mí en plan broma y comencé a amenazarlos entre risas.

—Venga, le perdono la vida —dijo Mario, y los de seguridad se giraron.

—Eres bobo, siempre tienes que hacer que sea el centro de atención, no te valió con la caída del burro. —Me reí.

—Amor, que te he perdonado la vida.

—Anda y que te den por culo —dije cogiendo una brocheta de langosta que estaban repartiendo los camareros.

—Mejor te doy yo a ti, vida.

Le hice una peineta con el dedo y se le escapó una risilla ladeada. Este hombre era una especie en extinción.

Llegamos a Delos, donde nos dirigimos al museo y al yacimiento arqueológico, ya que la isla atesoraba un patrimonio histórico impresionante de la antigua Grecia.

Visitamos la terraza de los Leones de Delos y las ruinas de su teatro. Todo me trasladaba a un pasado que aún dejaba su huella en cada piedra, en cada columna vencida por el tiempo.

Nos hicimos mogollón de fotos y hablamos largo y tendido sobre aquel lugar, documentándonos con los folletos que nos habían entregado a bordo.

Fue una excursión preciosa, tan cultural como emocionante, que nos gustó tanto como el baño y el disfrute de playa que habíamos vivido en la isla anterior.

Regresamos al barco rumbo a Mikonos, donde llegamos sobre las siete de la tarde y nos trasladaron hasta el punto de encuentro. Paseamos hasta la casa y nos dimos una ducha antes de salir a tomar algo. Era demasiado temprano para quedarnos encerrados.

Nos acomodamos en una terraza en la que había un montón de jóvenes que no dejaban de mirar a Mario. Eran de esas chicas descaradas, con muy poco amor propio y una seguridad impostada que rozaba lo incómodo. Mario, que se daba cuenta perfectamente, no dejaba de hacerme guiños y carantoñas, marcando territorio sin exageraciones, solo lo justo para que yo sintiera que su centro de atención era yo y nadie más. Me pareció un gesto elegante y bonito por su parte.

Nos terminamos el vino y decidimos buscar otra terraza, lejos de aquellos ojos insistentes y cuchicheos incómodos. Nunca he entendido esa necesidad de llamar la atención de alguien que está acompañado. Yo, por muy guapo que fuera un tipo, si lo veía con pareja, ni me planteaba sostenerle la mirada. Pero en la viña del señor hay de todo.

En la segunda terraza se estaba tan bien que empezamos a pedir entrantes y, sin apenas darnos cuenta, decidimos quedarnos a cenar allí mismo.

En ese momento me llegó un mensaje de mi padre.

Papá: *Hija, qué bonitas todas las fotos de hoy. Veo que habéis tenido un día completito. La abuela quiere todas imprimidas para ponerlas en la casa. Está todo el día mirándolas y diciendo lo bonita que eres.*

Nuria: *Qué graciosa la abuela, me encanta. Lo hemos pasado genial y ahora estamos cenando en una terracita muy bonita en el centro del pueblo. Hemos pedido una cazuela de langostinos que tiene muy buena pinta. Ahora os mando una foto.*

—Cuando lleguemos a España, me abandonarás por tu familia.

—Claro que sí, y dejaré de saludarte. Voy a hacer como que no te conozco.

—Qué maldad.

—No sabes cuánta. —Me reí negando.

La cazuela de marisco tenía una pinta espectacular, de esas que solo con mirarla ya saboreas el caldo. Le mandé fotos a mi padre y a Mirna, que estaba encantada con su nuevo poli y no hacía más que contarme que no dejaba de escribirle y de proponerle planes. Ojalá esta vez el amor le sonriera de verdad, porque se lo merecía con creces.

La cena con Mario no era ni medio normal. Cogía los langostinos y los convertía en avioncitos improvisados que aterrizaban directamente en mi boca, como si aquello fuera lo más serio del mundo. Me tenía nerviosa y muerta de vergüenza, porque a él le daba exactamente igual que nos miraran, pero a mí no. Y cuanto más me quejaba, más disfrutaba él con el espectáculo.

—O paras o te juro que te hago una de las mías y luego no me vengas con reproches.

—Dale sin miedo, si soy todo un amor que te ha caído del cielo.

—Madre mía, cómo te las buscas.

Llamó al camarero y le pidió unas anillas fritas de calamar. La verdad es que a mí también me apetecían mucho. Estábamos pidiendo poco a poco para disfrutar de cada plato hasta quedar saciados.

—Y entonces, ¿qué te está pareciendo este viaje del que cada vez queda menos?

—Del uno al diez, un mil.

—Entonces no debes tener apenas quejas.

—Pocas, solo la de que eres un derrochón y un payasito que me querías dejar en la isla tirada.

—¿Y lo que hice reír a esos pobres turistas?

—De pobres nada, que según tú habían pagado un buen dinero para tener servicios prémium.

—Pobres por decir algo, pero lo que les hice reír no estaba pagado.

—Sí, ya… —negué riendo porque su mente no daba para más en ese sentido.

Nos tomamos la cena y la sobremesa con calma, tanto que nos dieron las doce de la noche tomando copas y riendo a carcajadas, porque con Mario y sus conspiraciones no podía ser de otra manera.

Le pidió otra al camarero y lo miré carraspeando.

—La última y nos vamos.

—Eso llevas diciendo desde las tres últimas. A ver si encontramos el camino de vuelta.

—Exagerada. Soy capaz de llegar a la casa con los ojos cerrados.

—Y yo, pero claro, nos comeríamos todas las esquinas.

—Ah, no, yo me he quedado bien harto. —Se tocó la barriguita.

—Paso de ti, no te tomas nada en serio.

—Te trabas al hablar.

—Normal, con todo lo que me he bebido… y encima viene otra. Esta es la última, sí o sí, ¿me has entendido?

—No, pero me encantas.

—Lo dicho, paso de ti. —Me reí negando.

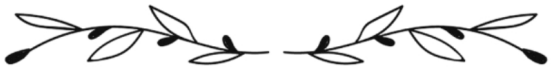
Mario tenía un aguante impresionante y se tomaba todo con una calma y una filosofía dignas de admirar, pero yo sabía que, cuando me levantara, el mundo me iba a dar vueltas sin pedir permiso. Aun así, tampoco era una cobarde, y la última copa no se iba a quedar abandonada sobre la mesa.

Cuando llegó el momento de levantarnos, aquello fue un espectáculo. Lo que nos reímos no estaba pagado. A los dos se nos iba el cuerpo hacia los lados como si el suelo estuviera inclinado. Nos agarramos el uno al otro y empezamos a reírnos a carcajadas mientras intentábamos caminar rectos hacia la casa, pero las esquinas nos las comíamos con los hombros sin piedad.

Fue buenísimo, porque estuvimos callejeando un buen rato sin encontrarla, convencidos de que sabíamos perfectamente dónde estábamos. Hasta que vimos a un señor con su perrito, al que reconocimos como vecino de la casa de al lado, y decidimos seguirlo discretamente, como si aquello fuera una misión secreta. Eso sí, los tumbos no cesaban, más de una vez tropezamos y estuvimos a punto de acabar en el suelo. ¡Lo que nos hubiera faltado!

Al fin llegamos a la casa y nos dejamos caer vestidos sobre la cama, bocarriba, mirando al techo mientras las risas seguían escapándose sin control y las tonterías que decíamos eran cada vez más absurdas. Y, aun así, no habría cambiado ese momento por nada del mundo.

Capítulo 18



Con todo el dolor de nuestro corazón regresamos a Atenas por la mañana para coger un vuelo a España. Se daban por concluidas unas vacaciones en las que habíamos disfrutado como enanos y no nos habíamos privado de nada.

Cuando subimos al avión que nos llevaría a casa, sentí un cosquilleo muy grande en el estómago, ya que no solo finalizaba el que sentía que se iba a convertir en el viaje de mi vida, sino que estaba a nada de conocer a una parte de mi historia y poder abrazarlos, cosa que sí sentía que deseaba con todo mi corazón. Así que tenía una especie de sabor agridulce por lo que se acababa y por lo que estaba por venir.

—Esta noche me vas a echar de menos —decía, entrelazando sus dedos con los míos y apretándome la mano con esa seguridad tan suya.

—¿Tú crees? Mira que lo mismo duermo a patas abiertas y más cómoda que en toda mi vida.

—Mentira —respondió, sonriendo de lado—, porque echarás de menos mis brazos y querrás volver a ellos.

—Lo mismo eres tú el que aparece por mi piso llorando en mitad de la noche.

—Pero con langostas y una botella cara de vino, para que me abras la puerta sin rechistar.

—Tienes un morro… —Me eché a reír.

Miraba por la ventanilla y hacía un recorrido por todo lo que habíamos vivido durante aquel viaje, que había sido intenso, pero que también había pasado demasiado rápido, a pesar de que los dos últimos días disfrutamos mucho de cocinar en la casa y dar paseos que nos enriquecieron el alma. Pero lo bueno pasa deprisa; al menos, siempre nos queda esa sensación.

Luego nos pusimos a ver fotos en los móviles, que nos devolvían a los momentos con una realidad más clara que los propios pensamientos. Mario también tenía ese sabor tristón de que todo hubiese acabado ya, pero, como decía, amenazaba con no apartarse de mi vida y preparar mil escapadas que nos renovasen el alma. Parecía que iba en serio con aquella relación que no sabía ni cómo catalogar, pero algo éramos.

Aterrizamos y, tras esperar veinte desesperantes minutos por las maletas, por fin aparecieron y nos dirigimos con ellas hacia la salida de la terminal para abordar un taxi que nos llevara a nuestras casas.

Al llegar a los pisos nos despedimos por un rato, ya que iba a pedir *pizzas* e íbamos a cenar en el mío. Se iba a duchar y a deshacer las maletas, al igual que iba a hacer yo.

Llamé a mi padre como sorpresa, en vez de enviarle un mensaje.

—Hija, buenas tardes-noches, ¿ya habéis aterrizado?

—Ya estoy en casita, papá.

—Qué bien, cuánto me alegro de que la vuelta haya sido sin percances.

—Hija, ¿quieres venir a comer mañana? —me preguntó mi abuela, que estaba escuchando la llamada.

—Claro, abuela, pásame la ubicación y mañana voy encantada. Os he traído unos regalitos.

—Nuestro regalo eres tú, cariño —me dijo mi padre—. Te puedo recoger si quieres mañana.

—No te preocupes, tengo coche.

—Está bien, ahora te paso la ubicación y mañana puedes venir desde la hora que desees.

—Gracias, allí estaré.

—Te queremos, hija. Deseando que llegue mañana.

—Y yo también os quiero. Mañana nos abrazamos.

—Con todas las ansias del mundo. Hasta mañana, mi vida.

—Hasta mañana, papá. Abraza a la abuela.

—Te amo, hija —dijo ella, que me escuchaba.

Me sentía tan bien cuando hablaba con ellos que era una sensación que no podía explicar. El caso es que los sentimientos mandaban y los míos estaban de lo más revoltosos, sensibles y con ganas de abrazar a todos aquellos que me quisieran.

Mario llamó a la puerta y abrí riéndome porque sabía que aparecería con algún golpe de los suyos. Y no me equivoqué. Abrí la puerta y me lo vi parado, exponiéndome una botella de vino blanco.

—Cuatrocientos euros que nos vamos a beber con las *pizzas* que ya vienen de camino.

—Vergüenza debería darte, con la de criaturas que hay muriéndose de hambre.

—Y será mi culpa, pero vamos, que yo dono a tres ONG todos los meses para que no se quede ningún niño sin desayuno.

—Más te vale, porque telita de contenta que me tienes con el vino. Le estoy cogiendo hasta asco. Por mí te la puedes ahorrar para una mejor ocasión, porque yo las *pizzas* las voy a acompañar con una lata fresquita de refresco.

—Cada momento a tu lado es una ocasión, amor.

—Dicho en ese tono, parece más una ocasión de ironía.

—¿Qué quieres, que te lo diga de rodillas y a modo de súplica?

—Quiero que dejes de sacar botellas que cuestan un pastón. Con algunas de mi súper, de cinco euros, me he sentido una reina. ¿Qué necesidad tienes de beber vino a precio de oro?

—Vida, uno es elegante como los bogavantes.

—Ve a abrir, que te la estás buscando.

Cogió las *pizzas* y las puso sobre la mesa auxiliar del sofá. Las cortó y trajo dos refrescos, dejando la botella a un lado.

—Te voy a decir una cosa: que a mí me gustas mucho y todo lo que quieras, pero las ostentosidades conmigo no van.

—¿Y si te regalo un bolso Chanel?

—Ni se te ocurra, porque jamás lo verás colgado de mi hombro. A mí una marca cara lo que me produce es vacío mental. Quien tiene clase y elegancia, la tiene con cualquier bolso, aunque sea de los básicos.

—Eres muy rara, amor.

—No soy rara, simplemente no va conmigo exhibir lo material a través de pagar cosas que no tienen sentido.

—El vino es un bien cultural.

—Un buen rioja lo puedes tener a precio normal, no eso que se va a lo desmesurado.

—Yo entiendo de vinos.

—Pero no de la vida, y eso es un problema.

—Me pintas como si fuera tonto o no tuviera conocimiento de mis propios hechos.

—Más o menos así. —Me reí.

—Aquí estoy contigo comiendo *pizzas* y refresco. Sé adaptarme a cualquier medio.

—Pero yo no. Así que vamos a dejar los lujos aparte, que la vida no es tan cara como la pintas.

—No me comprendes. —Puso cara de pucherito.

—Ni te comprenderé si sigues por esa vía.

—¿Ni en una ocasión muy, muy especial?

—Bueno, eso ya es otra cosa, pero normalmente no puedes tirar el dinero de esa manera. Ni mucho menos sentirte mejor por pagar esas barbaridades.

—No me lo repitas más.

—Pues dejemos el tema.

—Eres tú… —Se reía comiéndome a besos.

Era un caso, pero la cuestión es que gracia no le faltaba y siempre sacaba la mejor de mis sonrisas.

—¿Por qué no vivimos juntos?

—Mario, deja de correr. —Me reí, aguantando el trozo de *pizza* en mi boca.

—Es que ya te echo de menos.

—Bueno, pues me tienes muy cerquita. Nos acabamos de conocer, hemos vivido algo intenso y bonito, pero las prisas no son buenas. Hay que saborear todos los momentos.

—Ni gastar ni tenerla conmigo. ¡Qué mierda de vida! —Se cruzó de brazos como un niño pequeño y rompí a reír a carcajadas.

Se pasó toda la cena buscándome la lengua con una cosa u otra. Todo lo que se le pasaba por la mente para pincharme lo soltaba sin pensarlo. El caso es que yo estaba curada de espantos y ya no le hacía ni caso.

—Entonces tu padre y tu abuela no me invitaron a comer a mí mañana. —Salió entonces por ese lado.

—No, mañana es cosa de familia.

—¿Y no lo soy acaso ya, después de lo bien que me he portado contigo?

—Mañana es algo más personal e íntimo —dije con desesperación y dándolo por imposible.

—Ya me caen mal.

—Pues dos problemas tienes.

—No, solo uno. Los dos vienen en el mismo pack.

—Pues hala, que se te resuelva rápido.

—Los voy a coger entre cejas.

—Entre cejas se dice, sí… —le respondí con ironía—. Que no sé dónde estudiaste Derecho, porque te veo más doblado que un expediente mal archivado.

—La profe… ahora resulta que es profe.

—Pero hablo mucho mejor que tú.

—De eso nada, porque intento ponerme a tu nivel. Tú al mío es imposible, porque no tienes lenguaje jurídico.

—Madre mía, qué paciencia la mía.

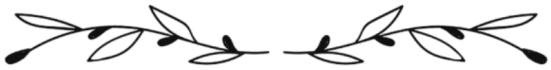
Me reía, sí, pero había momentos en los que me desesperaba y me sacaba de quicio. Aun así, eso también formaba parte de su carisma, de esa manera tan suya de ser que, sin darme cuenta, me mantenía flotando en una nube cuando estaba a su lado. Y eso era innegable.

Se marchó a las doce de la noche entre pucheros fingidos y palabras cargadas de dramatismo para herir mi sensibilidad y conseguir que durmiésemos juntos, pero yo quería ir paso a paso y saborear mi momento, ese por el que tanto había luchado: tener mi propio hogar y aprender a disfrutarlo, algo que apenas había hecho hasta ese momento.

Había dejado un par de lavadoras tendidas y con eso ya tenía la ropa lista, porque en Mikonos puse una lavadora con mi ropa interior, bikinis y algunas camisetas.

Hogar, dulce hogar… donde mañana, sin duda, sería todavía más bonito.

Capítulo 19



Me levantaba llena de emoción, nervios y un sinfín de sentimientos encontrados por el momento que estaba por vivir en un rato.

Preparé mi primer café del día y salí a la terraza del salón a tomarlo mientras me recreaba en las impresionantes vistas que tenía desde mi casa.

¿A qué se dedicaría mi padre? ¿En qué condiciones vivirían? Todo me ponía de lo más inquieta y triste. Esperaba que la vida no los hubiera maltratado también en ese sentido.

Mil preguntas que esperaba resolver hoy y quitarme ciertas espinitas que tenía ahí clavadas en mi corazón.

Dejé la ropa organizada y guardada, me duché y me arreglé para salir hacia la dirección que me habían mandado como ubicación.

Iba en mi coche, atenta al GPS, mientras me adentraba en una urbanización cada vez más lujosa. Las calles eran amplias, silenciosas, perfectamente cuidadas, y las casas parecían sacadas de una revista de arquitectura. Hasta que, de pronto, la voz del navegador anunció que había llegado a mi destino.

Me quedé unos segundos inmóvil al volante.

Frente a mí se alzaba una casa imponente, de líneas modernas, grandes ventanales y una fachada que combinaba piedra clara y cristal. Elegante, sobria, espectacular. No encajaba en absoluto con la imagen humilde y casi precaria que yo había construido en mi cabeza durante años.

Le envié un mensaje a mi padre diciéndole que, se suponía, estaba en la puerta, y en ese mismo instante se abrió la cancela automática. Me respondió que pasara con el coche. Mientras avanzaba despacio por el camino de entrada, no podía dejar de pensar que quizá trabajaba allí, que tal vez cuidaba la casa de alguien. Cualquier explicación me parecía más lógica que aquella realidad.

Aparqué junto a otros dos coches de lujo y tragué saliva.

Entonces los vi salir juntos.

Mi padre y mi abuela caminaban hacia mí con una naturalidad que contrastaba con el terremoto que yo tenía por dentro. Me quedé en *shock*. Ni en Falcon Crest se veía tanta clase y estilo como el que desprendían ellos. Mi padre era todo un señor, atractivo, impecable, con una presencia que imponía; y mi abuela, a su edad, estaba fantástica, elegante y luminosa.

Primero me abrazó él, repitiéndome que me quería una y otra vez, como si necesitara recuperar en segundos todos los años perdidos. Después me abrazó mi abuela, con una ternura que me desarmó por completo. Fue un momento extraño por el impacto que llevaba encima, pero a la vez profundamente emotivo.

Al entrar en la casa confirmé que nada tenía que ver con los miedos que me habían acompañado durante tanto tiempo. Todo lo contrario. No era ostentosa de forma exagerada, pero sí impresionante. Moderna, minimalista, de diseño, con espacios abiertos y una luz que lo inundaba todo.

Y, sin embargo, en medio de tanta perfección, ellos se mostraban cercanos, atentos, cariñosos. Dentro de lo que tenían, se veían humildes y llenos de ternura. Aquella combinación tan inesperada me dejó todavía más descolocada.

Me enseñaron cada rincón con ilusión, como si quisieran compartir conmigo no solo la casa, sino la vida que habían construido. Al final salimos al jardín trasero, donde un porche amplio recorría todo el lateral de la vivienda, ancho y acogedor, de esos que invitan a quedarse horas. Nos acomodamos en unos sillones alrededor de una mesa cuadrada; un poco más allá había otra grande, rectangular, de madera maciza, preparada para reuniones familiares.

Y yo seguía intentando asimilar que todo aquello también formaba parte de mi historia.

Apareció una señora a la que me la presentaron como Marcela, la interna que trabajaba para ellos y que era dominicana. Se veía muy buena persona.

Nos trajo una botella de agua fría de cristal, de una marca cara, al igual que una botella de vino y una tabla con jamón, quesos, uvas, pasas, picos y algunos frutos secos. La elegancia era más que evidente.

En ese rato le había estado contando el viaje y se reían mucho con las anécdotas. Me escuchaban con una sonrisa de oreja a oreja.

Comenzó a contarme cómo mi madre me quitó de en medio con otro hombre al que había conocido, que era feriante, y cómo me entregaron haciéndose él pasar por mi padre. Me habló de la lucha tan grande que empezó entonces, una batalla que lo llevó a interponer más de treinta denuncias, todas perfectamente archivadas en una carpetita que aún conservaba como si fuera un tesoro doloroso de aquellos años.

Me perdió la pista porque, desde el principio, me cambiaron los apellidos y entré en un programa de protección al menor. A partir de ahí todo se volvió un laberinto legal del que le resultó casi imposible salir.

Lo habían pasado tan mal… y casi sin dinero, porque en aquellos momentos él trabajaba en la construcción como obrero. Su vida dio un giro radical cuando recibieron la herencia del padre de mi abuela, de quien nunca supieron nada y que resultó haberla nombrado única heredera de un imperio económico que les costó incluso asimilar. Aquella noticia les cambió la vida por completo.

Y, como decía mi abuela, quitando la casa —que era algo que siempre había soñado— y el hecho de poder comer y vivir sin apuros, no necesitaban más riquezas. Pero la realidad era que lo tenían todo y que, por lo visto, eran económicamente millonarios. Yo seguía en *shock*. Mi abuela tampoco supo nunca nada de su padre y, cuando por fin tuvo noticias, fue para recoger una fortuna que ni en sus mejores sueños habría imaginado.

Me enseñaron documentos, resoluciones, copias de denuncias… Me explicaron todo con una claridad y una transparencia que no dejaban espacio a la duda. Y me dieron tantas muestras de que habían luchado por mí que solo podía sentirme abrumada y, al mismo tiempo, afortunada por el amor que reflejaban en sus miradas.

Fueron elegantes incluso al hablar de mi madre después del daño tan grande que les había hecho —bueno, que nos había hecho, porque a mí me separó de mi padre—. En ningún momento la insultaron ni se refirieron a ella con desprecio o reproche. Solo hablaron de hechos, de decisiones y de consecuencias. Y esa contención, esa altura, me dijo mucho más que cualquier palabra dura.

—¿Y cómo conseguiste dar conmigo? —pregunté, intrigada.

—Hija, eso es otra historia —dijo sonriendo—. Y bien, ahora nos toca hablar de eso, pero me temo que te puedes enfadar mucho conmigo.

—Papá, así hayas sobornado al presidente del Gobierno, me da igual, no te voy a juzgar; yo, en tu lugar, me hubiera aliado con el diablo.

—Hace unos veintidós años murió mi mejor amigo, Fernando; su mujer lo había hecho unos años antes. Dejaba a mi cargo a dos hijos, Mario y Marcos… —Hizo una pausa.

Esos nombres, pero juntos…

—Papá, Mario, el que venía conmigo, no tiene nada que ver, ¿verdad?

—Sí, los terminé de sacar yo hacia delante. Su hermano Marcos es un prestigioso abogado…

—Para, para. ¿Mario y Marcos no son la misma persona?

—No, cariño. Mario es el que más dolores de cabeza me ha dado, pero lo queremos con locura, y él es el que me ayudó a encontrarte, haciendo casi de detective privado. Son gemelos.

—Me va a dar algo… —Me moví la camiseta para darme aire en la cara.

—Compré el piso de al lado del tuyo para que nadie te molestase y para que fuese para ti, por si querías ampliar el tuyo o, en su caso, alquilar el otro, pero se metió allí Mario para hacer contacto contigo y ver qué te podía hacer falta y…

—Papá, a ver, no es el abogado, vale, ¿pero por qué tiene tanto dinero?

—Le di una tarjeta en abierto para que te llevara de viaje y te hiciera vivir algo bonito. Sabía que nunca habías viajado y siempre habías trabajado.

—¿Que las botellas de vino caras y esas comidas eran de tu dinero? —Estaba flipando.

—Sí, me salió el niño de gustos caros.

—Yo lo mato…

—Le dije que no escatimara en lo que quisieras.

—Yo lo único que quería es que no gastase tanto y se lo estuve reprochando todo el tiempo.

—Le dije que te comprase una pulserita o un detalle de recuerdo.

—¡Dos mil quinientos euros! —Le enseñé la muñeca y él sonrió.

—Bueno, nada que no te merezcas.

—No es eso, es que ese tío tiene una jeta increíble. Y que yo me entere, ¿de qué trabaja?

—Lo tengo contratado de servicios varios y me ayuda con muchos temas; lo tengo como hombre de confianza. Él no quería estudiar ni mucho menos tener un trabajo normal y, como me hacía muchos apaños bien, lo tengo trabajando para mí. Su hermano es mucho más responsable y me lo puso todo muy fácil.

—A Mario lo mato y no va a haber palabras que lo salven. ¡Es un puto mentiroso!

—Hija, se le fue de las manos. Él es muy presuntuoso.

—Es un chulo que vive a costa de los demás y no me vale que se le justifique porque no la tiene. Abogado, me decía; con razón descubrí al hermano gemelo, y él me dijo que se llama Mario Marcos. Qué poca vergüenza, cómo se ha reído de mí todo el tiempo.

—No se ha reído de ti; se le fue de las manos y a él le gusta comer y beber bien.

—Papá, yo no quiero nada. Quiero seguir con mi vida, trabajando, en mi pisito; por favor, no hagas que nadie me cuide a costa de una tarjeta que lo único que me produce es dolor de barriga.

—Tranquila, pero ese piso es tuyo y me vas a permitir quitarte la hipoteca. Entiendo que quieras seguir trabajando y todo lo que quieras, pero debo compensar todo lo que me ahorré en vida, hija. En el piso está él, pero en cuanto quieras, sale y regresa aquí.

—Papá, si eso te hace sentir bien, de acuerdo, pero no quiero más nada. He luchado mucho por mi vida y estoy muy orgullosa de mi trabajo y de poder haber comprado por mis medios mi propio piso.

—Solo eso, cariño.

—Vale.

—Pero que, si quisieras, tendrías mucho más todos los meses y no te haría falta trabajar.

—Y es cuando me tiro por la terraza.

—No, cariño, por la terraza no —dijo mi abuela—. Y, si me dejas opinar, Mario es un poco complicado porque le gusta la buena vida, pero es buen chico. No le dejes de hablar.

—Sí, le voy a dejar de hablar y le voy a poner alguna condición para volverlo siquiera a mirar a la cara, y por ahí no paso.

—Hoy estaba nervioso porque decía que había encontrado en ti al amor de su vida. Nunca lo escuchamos hablar así.

—Claro, porque sabe que soy la heredera; anda que no es listo ese.

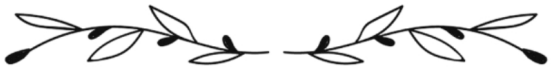
—No, cariño, que a él también lo tenemos como un nieto o hijo.

—Paso de él, te juro que siento veneno en mi interior y mucha frustración.

Hablé mucho con ellos y me sentía muy cómoda. Luego pasamos a la comida que había preparado Marcela en la otra mesa del porche, que era más grande. Los platos tenían una presentación increíble; ya sabía de dónde venían esos gustos de Mario.

Pasé todo el día con ellos y me marché a las nueve de la noche con el corazón dividido: la felicidad de haber recuperado a mi padre y a mi abuela y la frustración de haber descubierto que Mario era un jeta mentiroso que me engañó como a una gilipollas. Morro era poco lo que tenía.

Capítulo 20



Eran las nueve menos cuarto de la mañana cuando sonó la puerta de mi piso. La noche anterior Mario me escribió dos mensajes que no le contesté y no tenía intención de hacerlo.

—¿Me invitas a un café? —Juntó sus manitas.

—Pasa, que te voy a dar el café y lo que te mereces, señor mentiroso.

—Tengo derecho a defenderme.

—En todo caso te podrá defender tu hermano, el que tiene dignidad. Tú solo tienes una cara dura que no puedes con ella y a mí me has fallado, que lo sepas. Y da gracias que no te voy a echar por ahora de mi piso, pero ese es mi piso.

—Lo sé, amor.

—¡Que no me llames amor!

—Te regalé la pulsera.

—Encima, poca vergüenza. Esto lo pagó mi padre.

—Pero me dijo que yo usara como si fuera mío el saldo de la tarjeta.

—Cállate. De verdad que en estos momentos todo de ti me enferma. Podías haber sido más prudente, menos derrochón y así no te tendrías que justificar. No necesito ni a un abogado ni a un médico ni a un rico, solo necesitaba a alguien de verdad, pero tú vives en los mundos de yupi y eres un descarado. —Le di su café.

—Soy la mano derecha de tu padre.

—Pues, para ser algo en mi vida, vas a tener que ser algo más que eso.

—¿Me vas a dejar?

—Por supuesto. Hasta que no apruebes unas oposiciones de militar, policía, bombero o de algo, a mí no me busques.

—¿Me vas a poner a estudiar con treinta y cinco años?

—¿No tenías treinta y ocho?

—Bueno, me quise hacer el mayor, que ahora gustan los *daddy sugar*.

—¡Eres imbécil! Quiero un hombre en mi vida, no uno que no maduró aún y que tiene más morro que vergüenza. Vas apañado, Mario.

—Pero, si estudio, voy a tardar mucho en estar contigo. ¿Nos podemos ver como amigos?

—No soy amiga de las personas que amo y, por desgracia, estoy enamorada de ti aunque hayas construido esta historia sobre una mentira. Decide qué quieres ser, qué quieres hacer con tu vida, y cuando lo tengas claro, entonces hablamos.

—¿Y tú qué vas a hacer con la tuya?

—Seguir en mi trabajo. ¿O te crees que por ser hija de un millonario voy a sentarme a esperar que me lo den todo hecho? Yo no soy así. El dinero, para mí, sirve para vivir con dignidad y cubrir mis necesidades, no para exhibirlo ni para presumir de algo que ni siquiera he ganado con mis manos.

—Yo te amo y eso no depende de un trabajo como quieres para sostener este amor.

—Háblame como una persona y deja de intentar endulzarme el oído, porque no lo vas a conseguir. Yo quiero un hombre a mi lado, no un niñato que no sabe qué hacer con su vida; bueno, sí lo sabe: que le pongan todo por delante. Te lo he dicho muy claro: o te pones las pilas y te conviertes en un hombre en condiciones o a mí no me vas a tener más.

—Es muy injusto, vida.

—Si fuera tu vida, no me habrías engañado como a una tonta. Una cosa es que me hayas llevado hasta mi padre y otra muy distinta que te hayas inventado una vida que no existe. ¿No te das cuenta de que eso te hace pequeño? No confío en ti, ni mucho menos en lo que sale por tu boca.

—Quiero estar contigo.

—Pues espabila. Vete a tu casa, bueno, a la que estás ocupando de prestado, busca cómo preparar unas oposiciones y ponte las pilas. Si me quieres, lo harás; si no, seguirás con esa vida vacía sin atender ni siquiera a los consejos que te dio mi padre. Agradecido deberías de estar.

—Y lo estoy, pero yo prefiero ser su mano derecha.

—Con la mano derecha te daba yo una hostia que te devolvía a la realidad. Y ahora que ya te has tomado el café y te he dejado claro lo que quiero, puedes volver a tu piso y decidir si te pones las pilas o sigues rascándote los cojones. Tú sabrás qué quieres para tu vida.

—Es muy injusto.

—Tan injusto como lo has sido tú conmigo. Así que bebe de tu propia medicina.

Lo eché de mi casa y se marchó con esa tristeza suya que otras veces me ablandaba, pero en ese momento me daba exactamente igual; demasiado correcta había sido para lo que se merecía. Se me había caído un mito entero y no estaba dispuesta a sostenerlo ni un minuto más.

Mi padre me hizo una donación por el importe de la hipoteca y un poco más. La cancelé desde la aplicación y luego me recogió para ir a la notaría y dejarlo todo legalmente cerrado. Allí nos vimos y también puso el piso a mi nombre.

—Gracias, papá, pero no era necesario.

—Mi paz mental, hija. Eso no es nada comparado con todo lo que te debí haber dado. Ahora, por lo menos, trabajas para ti y del piso, si lo deseas, puedes sacarle un rendimiento. Mario me escribió que deja el piso libre y que se viene a la casa. Toma la llave, la puedes cambiar.

Nos fuimos a comer con la abuela, a la que recogimos en la casa para llevarla a un restaurante frente a la playa. Pedimos una paella para tres y unos entrantes de fritura de pescado. Me hizo gracia porque se les debieron quedar grabadas mis palabras y todos comimos con refresco, aunque mi padre lo excusaba diciendo que luego tenía que conducir. Mi coche lo dejamos en mi edificio.

—Pobre Mario, está el chiquillo sin consuelo —dijo mi abuela.

—Bueno, él se lo buscó por llevar sus mentiras a un nivel tan descarado.

—Es así, hija.

—Papá, es así porque nadie lo puso en su sitio y le habéis puesto todo por delante. Se lo he dejado muy claro: o se hace un hombre trabajador y serio o conmigo que no cuente más. Yo he sido toda una trabajadora y me he tenido que privar de muchas cosas para poder salir adelante. No voy a permitir tener a un flojo en mi vida que vive de lo que le cae del aire.

—Te entendemos, hija, pero tampoco es para que no lo mires más a la cara.

—Si me lo encuentro en vuestra casa o en alguna reunión familiar, obviamente lo saludaré y hablaré porque tengo vergüenza y educación, pero, fuera de ahí, como no me demuestre que ha cambiado, no va a conseguir de mí ni una sonrisa.

»Tengo unos valores y eso no se cambia por muchos sentimientos que tenga hacia él. Ilusa de mí pensar que en el paso de peatones lo vi por casualidad —negué, volteando los ojos.

—Nos ayudó en todo a encontrarte.

—Eso no implica que le hayáis puesto un cuchillo en el cuello para que me mienta como Pinocho.

—Ya, te entendemos, pero nos da pena que os estuvierais llevando tan bien…

—Abuela, no os preocupéis, que si le importo, se dará las patadas en el culo para cambiar.

—Eso lo veo más difícil —dijo con una sonrisilla.

—Pues él se lo pierde.

Después de comer me dejaron en casa y apareció Mirna con una bandeja de dulces y un montón de abrazos que dejaban claro las ganas que tenía de verme.

—Mira los regalitos… —Se los di.

—Muero con la camisa, no puede ser más bonita y fantástica. Y este anillo es precioso, con la piedra del mismo color. Muero con todo, te quiero, amiga. —Me comía a besos.

Comencé a ponerla al día, ya que no sabía nada y se estaba quedando perpleja, cosa que no era para menos.

—¿Tu padre millonario y Mario, un mentiroso que pagaba con su tarjeta? —Se echó a reír.

—A mí no me hace ni pizca de gracia.

—Hija, visto desde fuera es como una comedia americana en la que cualquier cosa puede pasar.

—Lo tengo claro: o hace lo que le he dicho o no quiero saber nada más de él. No voy a tener una relación con un vago, descarado y mentiroso.

—Y gracioso.

—Antes me hacía gracia; ahora lo pienso y me produce náuseas, rabia, desesperación e impotencia.

—Muchas cosas feas.

—Así es, por eso te digo que lo lleva crudo conmigo.

—Estoy flipando, Nuria, te juro que me esperaba cualquier cosa en la vida menos esa conexión entre él y tu padre.

—En fin…

—¿Y qué tal si mañana salimos a comer y disfrutar de nuestro último día de vacaciones?

—Es verdad que tú te incorporas a la vez.

—Pero tú lo haces con dos pisos pagados y sin deudas —dijo riendo a carcajadas.

—Muy fuerte, sí.

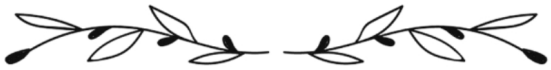
—¿Vas a alquilar el piso?

—No lo sé, ahora mismo no estoy para pensar mucho en eso. Lo haré desde la tranquilidad, pero está claro que no lo quiero unir a este por ahora. ¿Para qué tanto piso y, encima, gastarme en una obra? Lo mejor será que lo alquile y le saque una rentabilidad que me dará para ayudarme a reunir más.

—¿Y ahora para qué quieres reunir si eres la heredera de una fortuna?

—Pues para ser previsora, ¿te parece poco? Mi vida no va a cambiar por muy padre rico que tenga. Por desgracia, sé de dónde vengo y todo lo que he tenido que luchar para llegar a donde estoy hoy, que no es que esté en ningún lado de ejemplarizar, pero sí, al menos, me hice de mi pisito y logré mantenerme.

Capítulo 21



Había quedado para ir a comer con Mirna, pero eran apenas las ocho de la mañana, con lo cual me preparé el café, una tostada y me fui a la terraza del salón a tomar el desayuno respirando el aire puro.

Me llegó un mensaje que no me esperaba o sí; el caso es que me entró.

Mario: *Me he inscrito en una academia para un curso acelerado de seis meses para prepararme para el cuerpo de la Policía Nacional. Voy a ser tu poli favorito.*

Me eché a reír porque tenía gracia, a pesar de que aún sentía esa rabia por él, pero bueno, el golpe lo había tenido. Se podía preparar para lo que quisiera; el caso es que lo hiciera, que eso era lo que menos me creía.

Nuria: *Mucha suerte…*

Mario: *No se te ocurra buscarte a otro, espérame. En seis meses voy a tener esa plaza por y para ti.*

Nuria: *La vas a tener, en todo caso, por y para ti. Ya para mí trabajo yo.*

Mario: *Pero es una de las medidas cautelares que me has puesto para poder recuperarte.*

Nuria: *¿Quieres dejar de hablar como un letrado? Que eres un copia y pega de tu hermano.*

Mario: *Pero tú sabes que te amo mucho, ¿verdad?*

Nuria: *Sé algo en la vida, y entonces te creeré.*

Mario: *Lo seré, pero tú no te líes con nadie.*

Nuria: *¿Cuándo empiezas en la academia?*

Mario: *Mañana, a partir de las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Todos los días de lunes a viernes. Los findes los tengo libres para ti.*

Nuria: *Para mí no, para ti; así que espabila, que hasta que no seas un poli de verdad, de mí no esperes nada.*

Mario: *Voy a servir al ciudadano y a ti.*

Nuria: *Muy bien.*

Mario: *¿No estás orgullosa de mí?*

Nuria: *¿De qué? ¿De que le has sacado a mi padre el dinero para una academia a la que solo te has inscrito? Los movimientos se demuestran andando y, hasta que no seas alguien, no estaré orgullosa de ti. Y ahora, que tengas un buen día, que tengo muchas cosas que hacer.*

Le corté por lo sano porque no me apetecía seguir escuchando tonterías. Eso sí, después de todo me sacaba alguna risilla, no lo voy a negar, porque tenía un morro que se lo pisaba y encima se hacía el importante.

Me había tenido engañada todas las vacaciones y yo preocupada por su dinero y resulta que era de mi padre. Muy fuerte, es que todo era tan fuerte que no me podía creer que tantos detalles se me hubieran escapado de las manos.

Dolía porque reconozco que el día anterior me acosté llorando como una magdalena, pero sobre todo era de rabia. No es que sintiera que me hubiera traicionado en sentimientos, porque lo que vivimos no podía ser fingido, pero era el hecho de que toda su vida era una mentira. Y no condeno que no me dijese que era la persona que me llevó hasta mi padre, eso se lo agradecía, pero condenaba la mentira que me había echado sobre su vida y su persona. Y lo más gracioso es que había estado viviendo en mi piso… Era todo una puta locura.

Lo que más me hacía reír era pensar en esas botellas de vino que pagaba sin miramiento y con total descaro. Y yo preocupada por su economía, mandaba narices.

Lo echaba de menos, no iba a ser hipócrita, pero mis valores no me permitían estar al lado de alguien sin oficio ni beneficio. No podía depender toda la vida de mi padre y tenía que ponerse las pilas, cosa que dudaba, pero bueno, en su tejado estaba la pelota y de él dependía todo si de verdad yo le importaba.

Después de tomarme el desayuno con calma, puse una lavadora de ropa blanca que, aunque era poca, prefería quitarme de en medio antes de que cogiera más arrugas u olores en la cesta. Siempre he sido muy especial con la ropa; me gusta cuidarla, doblarla bien y tenerla impecable.

Recogí un poco la casa y no dejaba de darle vueltas a lo mismo: ya no tenía hipoteca y, además, tenía otro piso. No me gustaba que me regalasen la vida, pero entendía lo importante que era para mi padre hacer algo así por mí, compensar de alguna forma todo lo que nunca había podido darme.

Eso sí, el alivio económico era enorme. Solo tendría que asumir los seguros cuando llegasen, los gastos mensuales de luz, agua, teléfono, internet, la gasolina del coche y, por supuesto, mi comida. Todo lo demás se había vuelto mucho más liviano. Podría ahorrar más, respirar con más tranquilidad y darme algún capricho de vez en cuando, aunque mis caprichos nunca fueron firmas ni pagar cantidades desmesuradas por algo solo por aparentar.

Me duché, me arreglé con calma y salí a la calle, rumbo al punto donde había quedado con Mirna, que ya venía también de camino.

—Qué guapísima estás —le dije al verla con ese vestido tan coqueto de líneas en color rosa y blanco.

—Tú sí que estás guapa, jefa. ¿No tienes asquito de que mañana ya nos incorporamos?

—Pues no, es más, me apetece mucho. Ya sabes que a mí las rutinas me dan vida y ahora mismo las necesito para asimilar todo lo que ha pasado.

—Yo sigo más en *shock* con que tu padre sea millonario que con lo del gracioso de Mario.

—No es gracia, es irresponsabilidad.

—Pero hay gente irresponsable que no tiene gracia. Y él la tiene.

—Sí —me reí—, pero el jodido me ha dejado muy tocada. Imagina mi *shock* al saber todo y ver que la ingenua era yo, pero encima el tío cogió el rol del hermano, el descarado, y me decía que, en cuestión de abogacía, prefería que le llamasen por su segundo nombre, Marcos. Tonta que fui en no darme cuenta de nada.

—¿Te imaginas que opositara y aprobara, consiguiendo su plaza de policía?

—No lo sé, la verdad es que me demostraría mucho y tendría que agachar la cabeza y reconocer que luchó por amor, pero la realidad es que pienso que va a ir dos días y se va a aburrir. Él no tiene constancia; se aburre de todo lo que no sea la buena vida.

—Tu padre es un santo por aguantarlo.

—Mi padre es muy leal y a su amigo le prometió en su lecho de muerte que los cuidaría como si fuesen sus propios hijos.

—Pero uno le salió descarado.

—Y descarriado. —Volteé los ojos y nos reímos—. Por cierto, ¿qué tal con tu poli?

—Ya no lo voy a ver más, lo he aborrecido. Hubo cosas en él que me echaron hacia atrás. Es un chulito de playa.

—Madre mía, qué cambio.

—No estoy para tonterías yo tampoco. Ahora me voy a centrar en mí. Por cierto, mis padres me han animado a comprar una casa y dar la entrada. Van a hacer algunas promociones. No me pienso independizar, pero sí ya tener una propiedad, que va siendo hora.

—Qué buena noticia.

—Mi pensamiento es que cuando me la entreguen, alquilarla y que se vaya pagando el piso solo.

—Es una muy buena opción.

Nos sentamos a comer en una terracita frente al mar. Nos pedimos unas hamburguesas especiales de la casa que vendían en un menú de alta calidad; salía a unos veintidós euros con su refresco y patatas, pero no era procesado. Tenía muy buena fama por eso.

—Ahora, cuando comamos, podríamos irnos al centro comercial, que se está fresquito, y hacer algo de *shopping*.

—Pues mira, no estaría nada mal. Me gustaría hacerme con algunas camisetas básicas y un pantalón corto, que hace dos años que no estreno uno.

—Cómo se nota que ya no tienes hipoteca.

—No seas desgraciada, que yo me puedo comprar cinco camisetas y un pantalón y no me gasto más de cuarenta euros.

—Lo sé, pero me gusta picarte.

—A todos os gusta picarme —resoplé.

—Estoy intentando fumar menos.

—A ver si es verdad. Mira, yo me fumo tres o cuatro cigarros al día. Me dura un paquete casi una semana. Me niego a gastar más de veinte euros al mes en tabaco.

—Yo me gasto casi cincuenta euros a la semana.

—Calla, que me da un dolor de barriga con solo pensarlo. No te voy a decir nada porque vengo completita de riñas y de decirle al otro qué hacer con su vida, pero deberías tener más conciencia. No solo es malo para tu bolsillo, sino para tus pulmones y tu salud.

—Iré bajando el ritmo, te lo prometo.

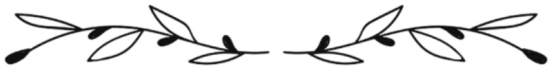
Después de llenarnos la barriga y haber disfrutado la hamburguesa, pedimos un taxi que nos recogió y llevó al centro comercial.

Había mogollón de rebajas y pillé unas camisetas monísimas por cuatro euros cada una; me llevé cinco sin pensarlo demasiado. También compré un par de pantalones cortos, un vestido largo de tirantes en color blanco, una faldita de tablitas que era una monada y otra vaquera finita, de lo más combinable para cualquier ocasión. Al final adquirí mucho más de lo que pensaba gastar, pero los precios estaban para aprovecharlos y las prendas eran, cada cual, más bonita que la anterior. Noventa euros en total, pero salí con un buen fondo nuevo de armario que me supo a gloria.

Pasamos toda la tarde de tienda en tienda, y alguna cosita más fue cayendo casi sin darme cuenta. Aquel era el día que me tocaba mimarme y así lo había declarado. Y, para rematarlo, aprovechamos para cenar en una terracita un par de montaditos con un refresco, comentando las compras y riéndonos como dos crías.

Nos despedimos hasta el día siguiente, cuando nos veríamos en el trabajo. Se había acabado lo bueno, sí, pero también lo era volver a la rutina. Me sentía muy afortunada de tener mi puesto fijo, mi sueldo y esa estabilidad que tanto me había costado construir.

Capítulo 22



Llegué al trabajo y parecía que me estaban esperando como unos desesperados. Cada cual me venía con un problema que iba solucionando sobre la marcha porque eran tonterías de las que se ahogaban con un vaso de agua.

—Hombre, jefa, menos mal que vienes a poner orden —me dijo Carlos, al que siempre tenía entre ceja y ceja.

—Es una triste pena que no sepáis ponerlo vosotros mismos, pero bueno, ya estoy aquí para solucionaros la vida. ¿Algo de qué quejarse?

—Yo me voy de vacaciones mañana, cosa que ya debí de haber…

—Mira, no vengas a decirme que tienes más derecho que nadie porque por ahí no. Has tenido tiempo suficiente para pedirlas, no haberlas dejado para el último momento.

—Ya veo que te han comido bien la oreja.

—Cuidadito con lo que dices —le advertí.

—Mañana os pierdo de vista —dijo con desprecio, marchándose.

Una alegría para la mayoría de la plantilla. A ver, que yo no digo que Carlos fuera malo ni mucho menos, pero era una persona difícil de convivir en lo laboral porque siempre tenía pegas o un pero para todo.

—Jefa, qué alegría de verte. —Me echó la mano por el hombro Paco.

—Hombre, ¿qué tal? —Me reí. De él nunca había quejas, era todo cariño y simpatía.

—Voy a ser padre.

—¿En serio? —Me frené en seco y lo miré.

—Está de cuatro meses. Antes nos daba miedo decirlo, pero parece que ya está fuera de peligro de esos primeros meses y que todo va viento en popa.

—¡Qué alegría! —Le di un abrazo—. Sé las ganas que tenías de ser papá y ya te llegó la hora.

—Es un niño, y le vamos a poner Izan.

—Un nombre muy bonito.

—Elegimos varios y luego los metimos en una bolsita y sacamos uno. Tocó ese.

—Qué monos.

—Estamos como dos niños pequeños.

—Me lo imagino. Dale un superabrazo a Mónica y dile que me alegro muchísimo.

—Se lo daré, le hará mucha ilusión.

A la hora de la salida me dirigí hacia casa de mi padre, con quien había quedado para comer. Cuando llegué, la mesa grande del porche ya estaba preparada, impecable, y allí estaba Marcos. Me lo presentaron formalmente y me dio un abrazo de bienvenida que tuvo algo cercano y natural. A simple vista se le veía simpático, de esos que sonríen con facilidad y hacen que el ambiente se relaje.

Y, cómo no, apareció Mario poco después, recién salido de la academia, con esa energía suya imposible de disimular.

—Me han dicho que me ven muy implicado y que, con constancia, seguro que consigo la plaza.

—Eso es porque no te conocen —dijo el hermano, causándome una carcajada.

—Si yo hubiera estudiado Derecho, ya sería juez, así que calla —le contestó Mario.

—¿Tú estudiar Derecho? Ni doblado, que ya nos conocemos. Y esa academia te dura hasta el viernes, o sea, hasta pasado mañana.

—Eres un envidioso, hermano —le dijo, haciéndole un guiño el muy descarado.

—Será eso…

—Tiempo muerto, chicos —dijo mi abuela—. Vamos a comer y a llevarnos bien, al menos en la mesa. Y yo confío en él; esta vez se va a sacar las oposiciones y entrará en lo que será su futuro.

—Y me casaré —dijo con una amplia sonrisa, causándonos una carcajada a todos.

—Di que sí, cariño, que tú puedes. —Volvió a defenderlo la abuela.

—Cariño, ¿puedo regresar al piso? Es que me pilla más cerca de la academia y allí me concentro más a estudiar.

—Claro que sí, pero no me llames cariño. Ni cambié la cerradura ni entré, así que todo tuyo; eso sí, el mismo día que dejes la academia, sales por la puerta.

—¿Yo sí puedo llamarte cariño? —me preguntó el hermano y Mario le tiró con un trozo de pan a la frente.

—Es que lo buscas. Luego dices —le recriminó la abuela—. Es que tu hermano cobra por lo que hace y por lo que no, también.

—Gracias, abuela —le dijo Mario.

Mi padre aguantaba la risilla, pero se estaba poniendo morado. Era joven, cincuenta y cinco años; estaba muy, pero que muy bien para su edad.

—Mira, amor, ya no bebo vino; ahora bebo agua para cuidar mi cuerpo y estar preparado para las pruebas físicas.

—Que no me llames amor, me llamo Nuria. Y me alegro de que hagas ese cambio en tu vida. Espero que te dure.

—No confías en mí, vida.

—Nuria, me llamo Nuria —dije en tono tranquilo y con una sonrisa irónica.

—No veas cómo has cambiado, con todo lo que me querías.

—Y te quiere, pero está asumiendo el momento —dijo mi abuela.

—Eso, tú dale falsas esperanzas —le dije.

Después de comer nos sirvieron el café y unos bombones helados.

—El sábado es tu cumple, hija —dijo mi padre.

—Sí —sonreí, feliz de saber que lo sabía.

—Me gustaría celebrarlo aquí, todos juntos, y puedes invitar a tu amiga —propuso mi padre con esa ilusión tranquila que se le notaba en la voz.

—Vale, me parece genial —respondí, sonriendo de verdad.

—Invita a tu mujer e hija —le soltó Marcos a Mario, con toda la intención, y a mí se me escapó una carcajada imposible de contener.

—El sábado tenemos un plan juntos, amor —añadió Mario, mirándome como si ya lo diera todo por hecho.

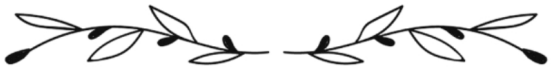
—Sí, pero te recuerdo que es un plan conjunto. No te vengas arriba —le contestó su hermano, pinchándolo sin piedad.

Más tarde, ya en el rellano, cuando todo el ruido quedó atrás y solo estábamos él y yo frente a frente, se acercó un poco más y bajó la voz.

—Te pienso cada minuto de mi vida, amor.

—Buenas noches, Mario —respondí, manteniendo el pulso firme, aunque por dentro se me moviesen mil cosas, y abrí la puerta para meterme en casa sin mirar atrás.

Capítulo 23



Era sábado por la mañana, día en que cumplía treinta y un años, pero con un matiz especial: ahora sí tenía familia.

Sonó el timbre de la puerta y era Mario con un ramo de flores y una caja de desayuno especial recién hecho.

—¡Feliz cumpleaños, amor! —gritó levantando la caja y el ramo.

—Pasa, anda. —Me reí negando.

Puso todo en la encimera de la cocina y abrió los brazos para darme un abrazo. Le correspondí por el detalle.

—Feliz cumple, preciosa. Estoy feliz porque hoy vamos a pasar el día juntos. Y ya sabes, llevo tres días en la academia y sin faltar, me estoy haciendo un hombre de bien.

—A ver si es verdad, gracias por el detalle.

—Abre la caja, mira qué de cosas.

Sí que había: churros con toppings de chocolate, caramelo y pistacho; cruasanes recubiertos de chocolate y frutos secos a trocitos; un par de botellas de cristal de zumo; un par de paquetes de galletas de chocolate y un corazón de chocolate.

Nos sentamos en la terraza a desayunar después de preparar un par de cafés.

—Entonces, por ahora, la academia no te está aburriendo.

—No, echamos cuatro horas de estudio y las dos últimas de preparación física. Me está encantando y estoy aprendiendo leyes.

—Tienes que echarle ganas e ir a por todas.

—Amor, por ti esto me lo saco. En enero apruebo esas oposiciones.

—Ojalá, sobre todo por ti. Te mereces ser más que un caradura.

—Caradura, pero con corazón. —Me señaló con el churro.

—Sí, pero telita —negué recordando cómo me la había metido doblada en todo.

—¿Qué te pareció mi hermano?

—Me cae muy bien, tenéis el mismo carácter de pinchar e ironía. Eso sí, con los dos juntos me doy cuenta de algunas diferencias, como que tú tienes la cara más fina y de cuerpo también lo eres.

—Estoy más *buenorro*, ¿a que sí?

—Para mi gusto, sí, pero él también tendrá sus admiradoras —sonreí.

—Es un mujeriego. —Se reía.

—Bueno, cada cual que haga con su vida lo que quiera. Se ve buen tipo y, si no le llegó el amor y no quiere prometerse con nadie, es su problema y no el de nadie.

—Si yo no digo nada, solo te comento. Y te voy a demostrar que seré tu poli favorito.

—Venga, a ver si es verdad.

—No me retes, que por ti soy capaz de prepararme hasta para los GEO.

—Ya te has venido arriba. —Volteé los ojos mientras masticaba los deliciosos churros que iba mojando en cada topping.

Nos pasamos el desayuno riendo porque con Mario no podía ser de otra manera. O lo cogías por el cuello o te tenías que reír, así que mejor lo segundo.

Se marchó y quedamos en vernos en un rato para irnos juntos a casa de mi padre junto con Mirna, que llegaría en un ratito. Me metí en la ducha riendo porque tenía los sentimientos tan encontrados que a veces me sentía pletórica y otras, en cambio, el mundo se caía a mis pies.

—Buenos días, cumpleañera. —Me abrazó Mirna al llegar—. Muchísimas felicidades.

—Buenos días, mi niña. —Le di un fuerte beso en la mejilla—. Muchas gracias.

—En el bolso tengo tu regalo, pero te lo daré allí.

—Muy bien, cariño. ¿Un café?

—Sí, por favor. —Aplaudió—. Pero me lo voy haciendo yo, mientras tú te terminas de arreglar. Me siento en la terracita para fumar un cigarro.

—Claro.

Cuando salí del baño, de maquillarme un poquito nada más —me gustaba darme rubor, una ligera sombra natural y brillo en los labios—, me encontré con que estaba también Mario con ella en la terraza tomando otro café. Me preparé uno y me uní a ellos.

—Me muero con este hombre —decía Mirna a carcajadas.

—Sí, es muy gracioso, mentiroso y derrochón.

—Lo tengo todo, soy una ganga —respondió el muy descarado, y más se reía mi amiga—. Y voy a ser policía nacional para que ella se case conmigo.

—¡Qué mono!

—Monísimo, lleva tres días en la academia, veremos cuánto dura.

—Confía en él, mujer.

—Me cae bien tu amiga —comentó Mario, viendo que lo defendía en cierto modo.

Nos fuimos en el coche de Mirna, que lo tenía en la calle. Al llegar a la casa, esta se quedó con la boca abierta.

—Cualquier descripción no tuvo semejanza con la realidad. ¡Pedazo de casa! No veas con tu padre.

—En realidad, la herencia es de mi abuela.

—Ya, pero el único hijo es tu padre y al final es quien lo gestiona todo —contestó Mario.

Estacionó el coche y mi padre salió a recibirnos con la abuela. A Mirna le dieron abrazos y la tomaron como una más para que se sintiera como en casa.

Pasamos a la parte de atrás y a mí se me quedó la cara desencajada. Todo el muro estaba lleno de globos, había un cartel de madera donde ponía «Felicidades, cariño» y el número de mi edad en globos gigantes en el césped. Habían preparado un escenario de película.

Marcos llegó en ese momento y le presenté a Mirna. Ambos se miraron de aquella manera y a mí se me escapó una sonrisilla. No quería pensar que…

Mi padre sacó unas botellas de vino y Mario se puso a silbar. Miré en el móvil el precio de las botellas y ascendía a noventa euros cada una. Al menos no eran tan desorbitadas, pero, aun así, seguían siendo caras; aunque ¿quién era yo para decirle nada a mi padre?

Había una mesa con regalos y allí puso el suyo Mirna. Estaba todo demasiado pensado y bonito.

Para picotear, dado que eran las doce de la mañana, hubo una tabla de jamón, otra de quesos, patatas chips, olivas, langostinos y frutos secos.

Marcos no dejaba de mirar a Mirna y a esta se le encendía el rubor; me estaba quedando flipada. Me encantaban esas miraditas ingenuas que se traían.

—Hija, estás comiendo muy poco —le dijo mi abuela a Mirna.

—No, estoy bien, he cogido quesito y jamón.

—Bueno, pero que no te dé vergüenza.

—No la tiene —dijo Mario, causándonos una carcajada a Mirna y a mí.

—Gracias, amigo —le respondió esta con ironía.

—¿Le damos ya los regalitos a la cumpleañera? —propuso Mario.

—Eso es luego, con la tarta —contestó su hermano.

—No tiene que ser con la tarta, se los podemos dar ya y emocionarla un poquito —dijo mi abuela.

—¡Vamos a dárselos! —propuso Mirna aplaudiendo.

—¡Qué nervios! —dije feliz porque, por primera vez, tenía un cumple así con familia.

—Venga, cariño, ponte al lado de la mesa de los regalos y ve abriendo —me dijo mi padre.

—El mío es el más bonito y sentimental —soltó Mario, haciéndonos reír.

Fui abriendo uno tras otro: las joyitas antiguas de mi padre cuando nació, la cadena con amatista de mi abuela, la cartera preciosa de Mirna, el bolso de piel de Marcos, el iPhone de mi padre, el cuadro pintado por Mario con «Te amo» en infinidad de idiomas, el estuche completo de maquillaje, el anillo de Pandora, el perfume de Coco Chanel, el reloj Lotus, la camiseta que Mirna me compró porque yo dudé.

Me sentía muy afortunada por la cantidad de regalos y, sobre todo, por el amor con el que iban envueltos.

Los chicos comenzaron a hacer la barbacoa mientras nosotras charlábamos con mi abuela, que tenía una gracia que no podía con ella. Hasta las desgracias las contaba con humor. Era una mujer que había sufrido mucho desde pequeña. Ahora tenía la vida de una reina, como ella decía, pero repetía que la fortuna no era comparable con tenerme en su vida. Me hablaba tan bonito que me emocionaba constantemente.

—¡Amor, yo me caso contigo! —gritó Mario cuando de fondo sonaba la canción de Karol G.

—Claro que sí, cuando seas policía —le respondí riendo.

—Tengo un calendario en el que voy tachando los días —contestó con esa carcajada suya.

Después de comer, Marcos preparó una olla de mojitos y terminamos todos en la piscina tomándolos, menos mi abuela y Marcela, que se quedaron en el porche.

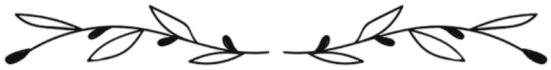
La tarta fue preciosa, elegante, en tonos blancos, ocres y chocolate, con una rosa grande color crema en medio.

Por la noche comimos *sushi* de todas las clases y estilos. A exagerado no ganaba nadie a mi padre, que debió de hacer el pedido del siglo.

Salimos de allí a las doce de la noche en el coche de Mirna, que llevaba horas sin beber alcohol. Había sido un día precioso, de esos que se graban en el corazón.

Mario me suplicó que durmiésemos juntos, pero me metí en casa negando y cerré la puerta. Se lo iba a tener que currar mucho porque yo necesitaba ver un cambio real en él.

Capítulo 24



Marcos y Mirna llevaban un par de semanas tonteando por mensajes y hasta habían quedado un par de veces para cenar. Ella estaba encantada y yo la veía con una especial ilusión. Si ellos eran felices, yo lo era más.

Estaba tomando un café y sumergida en mis pensamientos cuando llamó a la puerta Mario; no podía ser otro.

—Vida, que han colgado las notas de la prueba que hicimos el viernes y mira. —Me enseñaba el móvil—. Un nueve con nueve. Me han quitado una décima por poner un dibujito al lado de mi nombre.

—Pero ¿a quién se le ocurre? —Me eché a reír—. De todas maneras, esta nota es impresionante, me estás sorprendiendo mucho.

—¿Un besito? —Sacó los morros.

—Mejor te echo un café y nos lo tomamos en la terraza.

—¿Una tostadita para mi cuerpo?

—Venga, preparamos tostadas. —Me reí.

Nos acomodamos en la terraza, que era una alegría por las mañanas y que me encantaba disfrutar.

—¿Qué te parece que nos vayamos a pasar el día por ahí como amigos? Prometo beber refrescos y pedir platos baratos.

—Podríamos ir a la playa con un par de bocadillos como el resto de los humanos y tirarnos en la arena sobre nuestra toalla.

—¿Y una neverita con refresco y agua fresquita?

—Claro.

—¿Y una bolsita de patatas chips?

—Lo que quieras. —Me reí negando.

—¿Y no podemos alquilar una hamaca de esas de plástico?

—No, eso es para los turistas que no quieren gastar en las camas balinesas de los chiringuitos. Nosotros somos el pueblo y este va a su arena con sus sombrillas y sus alimentos.

—Pues muchos llevan sillas de plástico.

—Sí, pero no tenemos.

—Voy al chino, que está abierto hasta los domingos, y compro un par de ellas.

—¿Qué parte de «no vamos a gastar» no has entendido? Yo tengo una sombrilla, así que con eso date con un canto en los dientes.

—Pero comprar dos sillas y tenerlas ya no es malo, así me adapto a la vida del ciudadano de a pie.

—Madre mía. —Rebufé—. Haz lo que quieras.

—Compramos una rosa para ti y otra azul para mí.

—Dios mío, Mario, madura. —Me reí.

—Madurar es entender que dos sillitas de playa se van a convertir en el lujo de mi nueva vida.

—Efectivamente. Al final va a ser verdad que vas pensando.

—Y actuando, que he sacado casi un diez.

—Bravo. —Aplaudí mientras él sonreía emocionadamente, en plan irónico.

Mario fue a por el pan mientras yo me quedaba en la cocina preparando una tortilla de patatas bien jugosa y una salsa de alioli casera. También aproveché para freír unos pimientos y unas croquetas que me había dado la abuela el día anterior, orgullosísima, asegurando que Marcela hacía las más ricas del mundo. Eran de puchero.

Apareció con el pan, un bote de aceitunas para llevarnos, dos paquetes de patatas y un par de paquetes de frutos secos variados. Se volvió a marchar al chino mientras yo seguía preparando todo y regresó enseguida, ya que fue en el coche.

Venía con una nevera preciosa en tonos rosa y amarillo pastel que parecía muy *vintage*. La gracia fue que me enseñó las sillas que había dejado en el maletero del coche y eran del mismo color; hasta una sombrilla había comprado, a pesar de que le dije que tenía una.

—Vida, vendían el juego y ya que vamos, lo hacemos con un poquito de glamur.

—Más vale que apruebes esas oposiciones o te juro que las vas a pasar canutas.

—Que sí, que sí, que yo me estoy esforzando. Un casi diez. Qué poco sentido del humor el profe cuando fui amable poniéndole una carita con una sonrisa.

—Poca madurez, Mario, poca madurez… —Me reí.

—Estoy madurando, dame tiempo, poco a poco. —Sonreía.

—Venga, ya está todo listo. Voy a meter la comida en mi capazo de mimbre y tú ve metiendo las bebidas que has traído en la nevera y le tiras por encima la bolsa de hielo.

Lo organizamos todo. Él fue a ponerse el bañador, yo me cambié y bajamos en busca de su coche.

Para buscar sitio por la playa estuvimos dando vueltas media hora, ya que ni en los aparcamientos de pago había sitio.

Cuando conseguimos uno, Mario se puso a hiperventilar. Me reía con sus cosas; este no estaba acostumbrado a estas situaciones.

Bajamos a la playa y nos colocamos en primera fila, ya que estaba bajando la marea. La verdad es que el conjunto quedó de lo más gracioso y bonito.

—Somos la *jet set* de los pobres.

—Sí, eso parece —contesté con la risa suelta.

—Vida, es que el que tiene glamur lo tiene hasta siendo un ciudadano más de a pie.

—Claro que sí, hijo. —Volteé los ojos negando.

Era él en toda su esencia: una mezcla imperfecta y adictiva de inmadurez, sensualidad y humor, con ese carisma suyo que lo llenaba todo, para bien y para mal. Te conquistaba con lo luminoso y te desesperaba con lo que aún le faltaba por crecer, pero yo quería empujarlo —sin empujarlo del todo— a que entendiera por sí mismo lo importante que era pelear por nuestras vidas, por la suya y por la mía, con los pies en la tierra.

Abrimos un par de latas de cerveza y dejó un paquete de patatas sobre la nevera, como si aquel improvisado altar playero fuera el mejor plan del mundo.

—Pues sí que no va a ser tan mala vida esta. La sillita, cervecita, patatitas, el mar, tú y yo…

—Esto es una bendición que, por desgracia, mucha gente que vive en el interior no lo tiene tan al alcance.

—Pues sí que estoy cómodo. Además, la brisita del mar dando en la cara… esto es vida.

Nos dimos un baño. El agua estaba como un plato; parecía que el día estaba a mi gusto y estaba disfrutando de una playa que me apetecía mucho.

—Pero déjame abrazarte…

—Que te alejes de mí —le decía entre risas.

—Un abracito nada más, vida. Que te echo de menos.

—Venga, un abrazo.

Lo abracé entre risas y noté…

—Aléjate de mí, asqueroso.

—Vida, que te echa de menos y ha reaccionado al contacto.

—Aquí te quedas. —Salí del agua y me dirigí a nuestro sitio muerta de la risa.

—¡Vida, no me abandones! —gritaba mientras yo lo ignoraba.

Me senté en la silla y saqué mi bocadillo de tortilla con alioli. Me había entrado mucha hambre con el baño.

—Ni me has esperado.

—Ni que tuviera que comer por ti. Ahí tienes el tuyo.

—Qué buena pinta tienen las croquetas. A mí me apasiona cómo las hace Marcela.

—Sí, me lo dijo la abuela y la verdad es que son una delicia. Se comen como pipas.

—Esa mujer sabe cocinar todo tipo de comidas y les pone un amor que consigue que los platos no solo sean bonitos, sino que sepan todavía mejor. Es una joya.

—¿Ella no tiene familia aquí?

—Vino a España para mandar dinero a República Dominicana para el tratamiento de su madre, pero al final falleció. Como estaba bien con nuestra familia, decidió quedarse con nosotros. Decía que poquitas cosas le quedaban ya en la isla.

»Eso sí, tiene allí su casita familiar, herencia de su madre. La tiene alquilada a una familia de allí. Tu abuela hace mucho con ella y se pasan horas juntas en la cocina.

—Sí, eso me dijo, que le gustaba ayudar en la cocina.

—La abuela es la señora de los postres. Coge el móvil y receta viral que ve, receta que hace.

—Sí, sí, ya me dio varias porciones de postre que había hecho. El de café con fresas me encantó.

—Sí, yo también lo probé. Pero te recuerdo que te hice un bizcocho de chocolate y que te chupaste los dedos.

—Y no sé por qué razón me da ahora por pensar que no lo hiciste tú y te lo hizo la abuela. —Lo miré de lado.

—Bueno, verás, es que…

—¡No fallo! —Me eché a reír.

—Pero quedé bien, ¿a que sí?

—De lujo, de lujo.

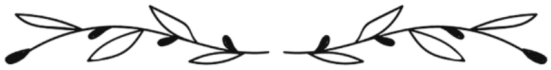
Pasamos un día de playa de lo más divertido y diferente para él, aunque lo vi muy cómodo, y nos regaló un atardecer precioso, de esos que parecen pintados a propósito para cerrar bien la jornada.

Durante el regreso hablamos de cenar y pedir algo de la calle. Nos pusimos de acuerdo en comida china por la aplicación y añadimos un par de rollitos, una ración de arroz tres delicias y un par de platos para compartir.

Nos fuimos a ducharnos y luego vino a mi piso para cenar, ya que había llegado el pedido.

Al día siguiente comenzábamos las rutinas, puesto que era lunes: él con su academia y yo con mi trabajo, en el que, por cierto, tocaba día fuerte de inventario. Odiaba y amaba a partes iguales ese día. Lo amaba porque se me pasaba rápido y lo odiaba por lo coñazo que era hacerlo.

Capítulo 25



Había entrado septiembre, un mes que movía todos los ciclos del año; era como si todo comenzara a rodar en cadena.

Mario seguía con sus clases en la academia y estaba sacando excelentes notas en las pruebas; me estaba sorprendiendo un montón. Nos veíamos muchísimo y hacíamos planes juntos, pero yo seguía firme en mi decisión de ver si era capaz de hacer algo por salir de esa zona de confort en la que había vivido.

Mirna y Marcos estaban superunidos y viviendo algo muy bonito. Mario me decía que jamás había visto a su hermano tan enganchado a alguien y yo veía a mi amiga con una sonrisa demasiado especial por lo que estaban viviendo.

Mi padre estaba muy pendiente de mí y me hacía muchos regalos. Yo le recriminaba que se gastase el dinero y me decía que, al fin y al cabo, su fortuna pasaría a mí.

En el caso de mi abuela, se pasaba el día mandándome comida para mí y para Mario. No me daba tiempo ni a hacer la compra porque siempre tenía algún táper suyo en la nevera; cuando no era uno, eran dos, y casi sin darme cuenta tenía el frigorífico lleno gracias a ella.

Aquel día había quedado para comer con Mirna al salir del trabajo, así que me llevé algo de ropa para no tener que volver a casa a cambiarme, ya que yo iba en uniforme.

—Jefa, buenos días —me dijo Lola, una de las cajeras.

—Buenos días, preciosa.

—Te quería comentar que el sábado tengo una boda y me toca currar de mañana. Elvira dice que no le importa cambiármelo.

—Pues listo, no hay problema por eso. Lo pongo en el cuadrante.

—Gracias, cariño.

—Gracias a ti. —Le hice un guiño.

Durante la mañana me dediqué a ir uno por uno por mis departamentos y revisar que todo estuviera como yo exigía. La verdad es que mantenían muy bien las estanterías y no podía tener la más mínima queja.

Mirna estaba muy contenta porque la habíamos puesto en perfumería y cosmética, que era su sueño. Me acerqué a charlar un poco con ella.

Aunque íbamos a comer juntas, me comentó que el finde se iba con Marcos a una casa rural que había alquilado. Estaba de lo más emocionada y contenta, y yo me alegraba con todo mi corazón.

Seguí mi ronda y, por último, me puse a revisar las quejas que dejaban en el buzón del correo electrónico.

Siempre lo mismo: se quejaban por lo que había, por lo que no había o porque no les había tocado el premio del mes. No había ni una con sentido, pero ese era el pan nuestro de cada día.

A la hora de la salida se vino en mi coche, ya que ese día había ido andando al súper. Vivía relativamente cerca.

Nos fuimos a una pizzería en la que tenían la promoción del dos por uno en medianas y familiares. Además, nos gustaba mucho porque hacían las *pizzas* en horno de piedra; salían finas y crujientes, justo como a nosotras nos encantaban.

—Así que estás enganchada a Marcos…

—Hasta la médula y las trancas. Me tiene viviendo un sueño. Me acuesto pensando en él, me levanto pensando en él, me paso el día pensando en él y cago pensando en él, ¿qué te parece?

—Me encanta verte así; además, juntos se os ve una pareja ideal.

—¿Y tú cuándo vas a perdonar al desconsolado?

—Cuando apruebe las oposiciones; es la única forma que tengo de asegurarme de que no tira la toalla. La verdad es que me está sorprendiendo mucho.

—Es muy gracioso y todo lo que hizo en el viaje, aunque era mentira, tuvo mucho arte y hay que reconocerlo.

—Un descarado que intentaba dar pena con una hija que no existía. —Me eché a reír a carcajadas.

—Es muy gracioso; es más, son muy graciosos, porque esas ironías las tienen los dos.

—Pero Marcos tiene los pies en la tierra.

—Sí, pero se le ocurre cada cosa… y se queda mucho conmigo, porque muchas veces me pienso que está hablando en serio y está bromeando.

—En eso sí que son iguales.

Las *pizzas* estaban riquísimas y no dejábamos de gemir como dos niñas pequeñas. Con ella tenía mucha conexión y era de esas personas con las que muchas veces sobraban las palabras para comprendernos.

Después de comer nos fuimos a bichear un poco las colecciones otoño/invierno. Ya hacía tiempo que no me daba un capricho y gastaba muy poco. Eso de no tener hipoteca era todo un puntazo.

Me enamoré de una blazer en color chocolate que era ideal para combinar de mil maneras. Valía treinta y nueve euros y no era nada cara, así que me di el capricho, como también me lo di al comprarme unas botas de piel que ya me hacían falta. Y cuando pensaba que no iba a gastar más, me enamoré de un bolso de piel que les iba a las botas como anillo al dedo y era de la misma tonalidad de marrón, tirando a chocolate.

—No lo pienses, date un capricho.

—Las botas me han salido ciento cincuenta y el bolso vale ciento cincuenta, sin sumar la blazer.

—Tú puedes; imagina que este mes pagaste hipoteca y encima te sobró.

—Venga, vale, es un bolso para muchos años.

Sonreí y le pedí a la chica que me lo preparase para llevar. Salí del centro comercial de lo más contenta con mis compras; además, me había llevado un par de pulseras doradas y marrones para elevar los *outfits*.

La dejé en su casa y me dirigí a la mía. Al salir del ascensor, en mi planta, me topé con Mario sonriendo en su puerta.

—¿Me tienes puesto un radar?

—Más o menos, vida. Hoy las pruebas físicas las completé con tiempo de sobra.

—Qué bueno.

—Y para celebrarlo he hecho dos sándwiches completos que solo hay que tostar.

—Qué bien, pues dame tiempo que voy soltando las cosas y cambiándome.

Se vino conmigo con el plato donde tenía los sándwiches. Se quedó en la cocina mientras yo colocaba mis compras y me cambiaba de ropa.

—¿Sabes que me han dicho que voy más adelantado que el resto? Ya me sé hasta el siguiente temario, que aún no hemos comenzado.

—Pues sí que te lo estás tomando en serio.

—Amor, por ti me voy a la guerra y me pongo en primera línea.

—Sí, ya… —Me reí negando a la vez que me recogía el pelo en una coleta.

—Estaba pensando que el fin de semana nos podríamos ir de escapada.

—Siempre pensando en gastar. —Me reí.

—Que no, tú escúchame atenta; he pensado en irnos a una cabañita de un campin.

—Porque lo de la tienda de campaña no lo has contemplado… —Aguanté la risilla.

—Sí, pero miré los precios y, por muy poco más, hay ofertas de cabañas ahora que ya se han ido los veraneantes. Así que mejor estar un poco más cómodos y no andar montando tiendas ni metidos en esos follones, ¿qué te parece?

—Que me lo pensaré.

—No, amor, no hay nada que pensar. Mirna se va con mi hermano, tú te quedas sola, ¿y qué mejor que disfrutemos de una escapadita aquí cerca, a la zona de los ríos de la sierra? El viernes es fiesta y no se trabaja.

—Lo sé.

—Venga, di que sí. —Juntaba sus manitas.

—Vale, pero nada de comer en el campin; nos llevamos toda la comida nosotros.

—Prometido, yo hago una compra el día antes cuando salga de trabajar.

—Hazla en mi supermercado y paso mi tarjeta; así vamos con descuentos.

—¿Pensabas que me iba a ir a la competencia, amor? Con la de visitas que te hago.

Es verdad que iba mucho a comprar al súper y me saludaba con la manita o me hacía un guiño desde lejos. Era muy gracioso.

El sándwich estaba buenísimo; llevaba huevo a la plancha, jamón de pavo, loncha de queso, lechuga y mayonesa.

—¿Lo ves, como hay comidas que hago bien?

—Sí, pero no serán los bizcochos de chocolate. —Me reí recordando el morro que tuvo.

—Pero tú lo disfrutaste y mis manos fueron las que te lo entregaron.

—Claro que sí, que nadie te quite tu mérito. —Volteé los ojos, causándole una risilla.

—Podríamos llevar al campin para hacer una paella de marisco y unos filetes al roquefort que te salen tan buenos.

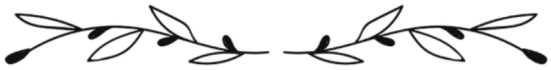
—Vale, coge todos los avíos del súper.

—También cogeré algo para picotear, ya que estamos en el campo…

—Tú coge lo que quieras, pero con cabeza.

—Vale, tú confía en mí, que estoy ganándome todo por méritos propios.

Capítulo 26



Llegó el día de irnos al campin donde había reservado Mario una estancia de viernes a domingo.

Teníamos la compra lista, ya que fue a mi súper el día anterior y lo ayudé en las elecciones, porque no me fiaba mucho de que se le fuese la olla y echase para un mes.

Todo estaba preparado y yo ya me encontraba tomando el primer café de la mañana, ese que a la mayoría de los mortales nos es necesario en nuestras vidas para empezar el día con fuerzas.

Mario, que me tenía un radar, llamó a la puerta y fue directo a hacerse el café.

—Vida, estoy flipando. ¿Pues no me ha llegado un mensaje de una tía que no conozco diciendo que me echaba de menos?

—¿No conoces o no recuerdas?

—Ni la tenía añadida al móvil ni reconozco esa cara.

—¿Le has contestado?

—Sí, le he dicho que lo nuestro es imposible porque estoy enamorado de otra persona.

—¿En serio?

—Sí, y me ha bloqueado —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Se daría cuenta de que se había equivocado.

—Me salen mujeres hasta debajo de las piedras, pero yo solo tengo ojos para ti.

—Qué morro tienes. —Me reía.

—¿Y ya tienes tu ropa lista?

—Sí, lo dejé ayer todo organizado. Y las bolsas de las compras las llevamos tal cual y allí las colocamos.

—Sí, sí. Qué ganas, vida, de estar todo el finde a tu ladito sin que me mandes al otro piso.

—Bueno, todavía te puedo mandar a dormir al aire libre, así que no te la juegues.

—Si soy un amor y no doy problemas últimamente. Además, tu padre me felicitó por lo bien que le resolví unos temas de unas inversiones inmobiliarias. Soy su trabajador favorito.

—Qué hostia te daba. —Me reí negando.

—No harías eso porque me quieres mucho. —Me hizo un guiño de esos que me encantaban y eran mi debilidad.

Sobre las once de la mañana bajamos todo al coche y pusimos rumbo a la sierra. El día estaba despejado y prometía. A mitad de camino nos detuvimos en un mirador desde el que se divisaban las montañas en capas infinitas. Nos hicimos unas fotos entre risas y aprovechamos para tomarnos un café de los que llevaba preparado en un termo para el trayecto. También metí en el maletero mi cafetera de cápsulas, que esa venía con nosotros sí o sí, porque hay cosas que no se negocian.

Al llegar al campin hicimos el registro y nos entregaron la llave de la cabaña junto con un mapa para localizarla con el coche, ya que teníamos nuestra plaza justo al lado. Eso sí, el vehículo solo podía moverse para entrar o salir del recinto; por dentro, como era lógico, tocaba desplazarse a pie y disfrutar del entorno con calma.

La sorpresa fue mayúscula cuando vi que los de la cabaña de al lado eran Marcos y Mirna. Me eché a reír a más no poder. Era la última siempre en enterarme de todo.

—Yo a vosotros os mato, sois unos cómplices.

—En términos jurídicos, sí —dijo Marcos dándome un abrazo.

—Jo, no sabéis la alegría que me dais al estar aquí. Esto se empieza a animar.

—¡Cervezas para todo el mundo! —gritó Mirna y corrió adentro de su cabaña y sacó unas latas bien fresquitas.

Entramos los cuatro a mi cabaña y Mirna me ayudó a colocar todo mientras los chicos ponían algo de picoteo.

—Hasta esta mañana, viniendo hacia aquí, no me dijo Marcos nada. Me puse supercontenta.

—Se lo han guardado bien. —Los miré, que sonreían escuchándonos.

—Somos un equipazo —dijo Mario mirando a su hermano.

—En algunas cosas, no te embales.

—Le gusta hacerse el interesante. —Se reía señalándolo.

Salimos al porche, donde había una mesa de madera alargada con unos bancos a ambos lados con cojines para hacerlo más cómodo.

Las vistas a la sierra eran espectaculares y podíamos escuchar el curso del río que estaba frente a nosotros a pocos pasos. Era una maravilla de lugar.

Mirna, como siempre, estaba supercariñosa conmigo y sin perder esa sonrisa de felicidad que siempre mostraba. Era adorable y una de las mejores personas que había conocido en mi vida.

Marcos trajo de su cabaña un juego de mesa de preguntas de cultura general. Mario y yo formábamos equipo, y ellos otro. A quien realmente temía era a Marcos, porque tenía pinta de sabérselas todas y, además, de disfrutar demostrándolo.

La primera pregunta fue para nosotros y trataba sobre la capital de Turquía. Yo estaba a punto de soltar Estambul, convencidísima, cuando Mario se adelantó diciendo Ankara. Fui a reprenderlo casi por inercia, pero Marcos confirmó que era correcto.

La sonrisilla triunfal de Mario fue digna de foto. Busqué en Google y descubrí que, efectivamente, Estambul dejó de ser la capital en 1923. Y yo toda la vida convencida de lo contrario…

Marcos era muy bueno, sí, pero Mirna y yo también acertábamos muchísimas. Lo que me dejaba alucinada era que Mario, pese a su aire pasota, estaba muy puesto en cultura general. De hecho, acabamos ganando la partida. Y él, inflado como un pavo real.

Mientras los chicos se metían en la cocina a preparar la paella, nosotras fuimos al súper del campin a por un pan de campo hecho en horno de leña que olía a kilómetros y prometía gloria bendita.

Aprovechamos para coger un par de cajitas de helado, ya que aún quedaba hueco en la nevera, que estaba prácticamente vacía y pedía a gritos algo dulce para después.

—Hombre, gastó mi chica en helados.

—Vete a tomar por culo, Mario. Que a mí no me falta detalle; lo único que me sobran son tonterías en las que derrochar.

—Con cuánto amor me hablas, vida.

—El que tú me provocas. —Le hice un guiño.

La paella les quedó con una pinta increíble. Los felicitamos y aplaudimos porque se lo habían currado y mucho. Además, como a mí me gustaba, con el socarrón al fondo.

Mario estaba de lo más orgulloso viendo cómo la disfrutábamos y repetíamos. No era para menos, de verdad que poquitas paellas me había comido como esa.

Después de comer nos fuimos a seguir el curso del río y tirarnos unas fotos en plena naturaleza. Metimos hasta los pies y anduvimos por él, a pesar de que estaba congelada, pero, según Mirna, no había mejor remedio para la circulación.

Anduvimos tanto que de lejos veíamos el campin en miniatura, así que decidimos regresar después de haber andado algunos kilómetros.

Nos preparamos unos cafelitos y disfrutamos del resto de la tarde sentados jugando a otros juegos. Se había traído Marcos todo un repertorio y eso a mí me encantaba.

Para la cena preparamos unos bocatas de solomillo al roquefort, a los que añadimos unas patatas de bolsa para acompañar. Estaban riquísimos, de esos que te manchas las manos y te da exactamente igual.

Fue entonces cuando a Mario, que tenía las ideas atravesadas, se le ocurrió jugar al de las preguntas a chupitos. Los otros se animaron rápido y yo también acepté, porque no iba a ser la amargada del grupo. Además, no era la primera vez que me cogía una buena a base de chupitos, así que iba mentalizada.

Esta vez jugábamos en individual, así que Mirna y yo nos santiguamos, provocando una carcajada general. Ellos estaban encantados con el reto al que nos íbamos a enfrentar los cuatro.

La gracia estuvo en que el primero en beber fue Marcos, que falló una pregunta de política y dijo mal el año en el que fue presidente del Gobierno Felipe González. Mario se ensañó llamándolo inculto entre risas, pero Marcos se lo tomaba con el mismo humor y las mismas carcajadas que nosotros.

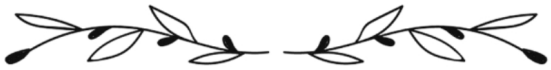
En esa primera ronda cayeron Marcos y Mirna, mientras que Mario y yo nos salvamos. Un alivio para mi cuerpo.

Pero después empezamos a caer todos como moscas y las risas se volvieron incontrolables, porque el alcohol ya estaba haciendo mella. A Mirna no le salían ni las palabras y había que hacerle repetir las respuestas mil veces. Yo lloraba de la risa, incapaz de recomponerme.

La gracia vino al intentar levantarse, porque no podía ni con su propio cuerpo y, entre los dos hermanos, cogiéndola cada uno por una axila, comenzaron a llevársela mientras le cantaban una saeta como si estuvieran en plena Semana Santa. Yo me quedé sentada en el porche, incapaz de parar de reír, grabando un vídeo de aquel espectáculo que no tenía desperdicio.

Mario regresó con la carcajada suelta y nos fuimos hacia la cabaña entre risas que nos obligaban a detenernos a cada paso y unos *zigzags* que parecían eternos. Veía la cama tan lejos que me entraba la risa solo de imaginar cómo iba a conseguir llegar hasta ella sin caer rendida por el camino.

Capítulo 27



La cabeza me daba vueltas y escuchaba a Mario en la cocina. Le hablaba, pero no me salía la voz tan alta como para que me escuchase.

Me levanté como pude y le pedí un zumo de naranja con una pastilla. El dolor de cabeza era grandísimo y sentía que no podía ni tirar de mi cuerpo, hecho que me llevó a tirarme en el sofá.

Mario me trajo el zumo, la pastilla, un café y hasta una tostada de mantequilla con mermelada de fresa. Le di las gracias. A ese parecía que el alcohol no le pasaba factura, porque estaba fresco como una rosa y con su sonrisa de cada día.

—Amor, anoche no te toqueteé.

—Si lo llegas a haber hecho, eres hombre muerto.

—Qué cruel eres conmigo —negó, sentándose a mi lado.

Marcos apareció diciendo que tenía una medio muerta en su cabaña. Se reía el muy descarado que, como el hermano, parecía una rosa.

—Cuídamela o te mato, cuñado.

—Le has dicho cuñado, eso es que me quieres.

—Le he dicho cuñado porque ella para mí es como una hermana.

—Qué borde, hija.

—Callaros, que voy a echar hasta la primera papilla.

—Yo me voy a ver si a la otra hay que hacerle la extremaunción o no —dijo Marcos, causándome una risilla. Era en muchos momentos igual que su hermano, tal para cual.

—Con mi hermano te ríes y conmigo no, encima de que te he preparado el desayuno con amor.

—Calla, celoso. —Solté el aire.

—Desagradecida de mal corazón.

—Dime algo más duro, lo mismo me pones cachonda.

—Pues hasta que no sea poli. —Levantó sus manitas.

—Mis manos son mejores. —Le hice una burla.

Terminé de desayunar y apareció Marcos con Mirna, que traía unas ojeras que no le había visto en mi vida.

—Hermanita, me estoy muriendo —dijo, tirándose a plomo en uno de los dos sillones que había a ambos lados del sofá de dos plazas.

—Esta noche mejor jugamos a comer chuches —propuse entre risas.

—Yo no me bebo ya nada que tenga alcohol hasta dentro de un mes.

—¿Has desayunado algo?

—Dos latas de Coca-Cola para intentar saciar el resquemor que tengo.

—¿Quieres otra? —le preguntó Mario.

—Sí, y unas patatas chips.

—Ya se está viniendo arriba —murmuró Marcos, negando.

—Sí, me está entrando mucha hambre.

—¿Y no prefieres una tostadita? —le pregunté.

—No, quiero patatas y refresco bien frío. —Se masajeaba la frente.

—Yo quiero que me den… —Cantó Mario.

—No, por Dios, que esa canción la tengo en la cabeza y no se me quita. Desde luego, la que han liado esas chicas, que nos tienen a todo el mundo pidiendo un besito —dijo, causándonos una risa.

Se nos fue pasando el dolor de cabeza después de un rato. Decidimos salir al porche porque no teníamos fuerzas ni para ir a dar un paseo. La habíamos pillado el día anterior monumental. No quería ver más chupitos en mucho tiempo.

Hablé un rato con mi abuela, que me llamó emocionada para contarme que estaba organizando una fiesta sorpresa por el cumpleaños de mi padre, que ya lo teníamos a la vuelta de la esquina. Quería que la ayudara a preparar algo diferente, algo que lo dejara completamente descolocado. Me hizo gracia imaginar su cara. Le dije que lo pensaría con calma y que, en cuanto se me ocurriera algo bonito y especial, se lo diría.

Colgué con el corazón calentito. Sentía que contaban conmigo, que me hacían partícipe de cada plan, de cada detalle. Me había sentido acogida, arropada y querida de una forma que no sabía ni que existía para mí. Todo aquello marcaba un antes y un después en mi vida, porque durante mucho tiempo creí que nadie me había querido de verdad y que, si desaparecía, tampoco importaría demasiado.

La comida la hicieron de nuevo los chicos, porque nosotras no teníamos ni fuerzas para mantenernos mucho rato en pie. Estábamos algo más recuperadas, sí, pero no lo suficiente como para meternos en la cocina.

Aprovecharon el marisco que había sobrado de la paella del día anterior —no lo habíamos echado todo— y prepararon una pasta que quedó espectacular. De verdad, para quitarse el sombrero. Ahí fue cuando empezamos a comer como auténticas campeonas. También frieron las croquetas que mi abuela le había dado a Marcos para que las trajese para todos. Hasta en eso había sido cómplice.

Mi abuela le había cogido un cariño especial a Mirna. Le escribía mensajes, le preguntaba cómo estaba, le mandaba recetas… y a ella se le iluminaba la cara cada vez que lo contaba. Saber que también tenía su pequeña porción de ese amor la hacía feliz, y a mí me llenaba verla así.

Dormimos una siesta de tres horas en las que las pasé abrazada a Mario, que no me soltaba. En el fondo era mi lugar más plácido, en el que me sentía completamente llena. Y me moría por besarlo, pero no iba a dejar que ese hecho lo relajase de lo que estaba consiguiendo y al final se tirase todo por la borda.

Dicen que el ser humano no tiene perdón y así era, al igual que nos gustaba tropezar con la misma piedra. Prueba de ello, Mirna y yo, que a las siete de la tarde estábamos con una cervecita en la mano y cantando la canción viral del besito.

—Hoy no se cocina cena, que hay fuet, olivas, patatas, pan crujiente y unos patés de lata y mejillones en escabeche, entre mil cosas más.

—Por mí, perfecto —le contesté a Marcos.

—Yo prefiero el picoteo, la verdad, así que por mí también perfecto —dijo Mirna.

—Y la botellita de vino de doscientos pavos… —No le dio tiempo a terminar a Mario la frase cuando le di una colleja de esas que suenan bien fuerte y te dejan el culo morado. Rascándose estaba.

—Vida, que iba a decir que la botellita de vino de doscientos pavos se la bebiesen los de cabeza vacía.

—Sí, ya… —negué, riendo.

—Hermano, anota, que de esto sois testigos en caso de tener que enjuiciarme con ella.

—Yo no he visto nada —dijo Mirna, moviendo su cara orgullosa.

—¡Ole mi amiga!

—Y yo voy representando y no como testigo.

—Hermano, ya te vale —le recriminó Mario.

—Yo quiero otra cerveza —le pidió Mirna a Marcos.

—Qué bien te veo ya, vida —le soltó con sorna.

Preparamos un picoteo temprano, pero es que se estaba tan bien en el porche, escuchando la naturaleza, que abría el apetito.

Marcos no dejaba de decirle a Mirna que, antes de que acabase el año, se la llevaba a vivir con él y ella le decía que se negaba a abandonar el hogar donde la tenían como una reina.

—Nosotros para febrero nos casamos, ¿a que sí, amor?

—Claro que sí, hijo. El mes del amor y las lluvias.

—Y nos vamos a ir a vivir al piso grande que me va a regalar tu papá.

—Como no podía ser de otra manera… —Me reí, al igual que Mirna, que estaba a carcajadas.

—Y me verás de uniforme y seré el único hombre que te ponga de tu vida.

—Tú haces por mil, no se me ocurriría ir a por más.

—¿Y ya estás mirando vestido de novia? —Me picó mi amiga.

—Sí, vi uno en el mercadillo por veinte euros que me puede hacer el apaño.

—Vida, no, a mí con eso no juegues, que una cosa es derrochar y otra parecer una mendiga.

—¿Qué de malo tiene reciclar?

—Yo no juego —dijo, cruzándose de brazos y riendo con indignación.

—Venga, hacemos una vaquita entre los tres y le compramos el vestido —propuso Marcos.

—Con el padre que tiene, esta va a llevar un Chanel por lo menos —soltó Mirna, causándonos una carcajada.

—Lo que tenga mi padre no va a cambiar mi forma de ser y pensar.

—Es más buena ella —dijo Mario con ironía, negando.

—No se trata de ser buena o no, se trata de tener cabeza o ser gilipollas.

—No naciste para ser rica, hermana —me dijo Mirna.

—Y lo peor de todo es que a mí me está empobreciendo. —Hizo un puchero, Mario.

—No te estoy empobreciendo, estúpido. Estoy enriqueciéndote la forma de pensar, si es que piensas…

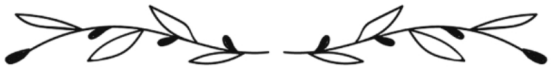
—Estoy opositando y con buenas notas. Te lo recuerdo.

—Sigue así, que conquistarás el mundo.

Echamos una noche bastante buena y nos acostamos sobre las doce. Mario no me dejaba ni respirar y me abrazaba como si me fuera a escapar. Me daba besos en la mejilla e intentaba hacerlo en los labios, pero yo los esquivaba.

Nos quedamos dormidos abrazados, al igual que nos levantamos. Momento en que desayunamos juntos los cuatro antes de regresar a la ciudad. El fin de semana aquí había terminado, pero el día seguía siendo muy largo.

Capítulo 28



Comenzaba un diciembre frío en el que la vida seguía y todo se iba formando poco a poco.

Mirna seguía en una relación preciosa con Marcos; yo tenía un padre y una abuela que solo estaban pendientes de mí y me daban todo ese amor que llevaban dentro, y un Mario que seguía luchando para presentarse el mes que viene a las pruebas de acceso a la Policía Nacional.

Me tomaba un café pensando en esas fiestas, que serían especiales y en familia. Mi padre ya lo tenía todo pensado y preparado, y eso que aún faltaban un par de semanas.

En la casa de allí me habían puesto una preciosa habitación para que tuviera mi propio lugar cuando me quedase, como sería en esas fiestas, que me quedaría allí los días clave.

Tomaba el café con tranquilidad antes de irme al trabajo. Siempre me levantaba con tiempo e intentaba no tener que salir con prisas, porque eso lo odiaba.

Estaba con mi batita en la terraza, apurando ese rato mío de la mañana, porque, aunque hacía frío, tampoco era el Polo Norte y me gustaba respirar el aire fresco antes de empezar el día. En el interior de la casa solo fumaba en la cocina un cigarrillo cuando, por cualquier razón climatológica —de lluvias—, fuera imposible salir allí. Me gustaba que mi casa oliese a perfumes de hogar.

Cuando terminé el café, entré, apagué el cigarrillo y me preparé para salir. Cogí el chaquetón gordo y me lo puse encima del uniforme. Aunque el trayecto lo hacía en coche, yo era de lo más friolera.

Salí hacia el supermercado y, al llegar, fiché a la vez que Mirna, que había entrado en el mismo turno.

—Tengo que hablar contigo, Nuria.

—¿Qué te pasa? —La aparté a un lado.

—Es Mario…

—¿Qué le pasa a Mario?

—Nos está engañando a todos y a ti también.

—No entiendo.

—Marcos lo vio salir un par de veces de un edificio. Al final pidió un favor para saber si estaba haciendo el curso de preparación de policía en la academia y…

—¿Y?

—Nunca estuvo inscrito.

—¿Y dónde cojones se ha metido cada mañana? Y encima me enseñaba encabezados de examen con su nombre y su nota. Está más enfermo de la cabeza de lo que yo me imaginaba. Nunca debí confiar en él ni pensar que había cambiado.

—No nos metas a nosotros, por favor.

—Tranquila, no daré nombres.

Sentía rabia, una rabia sorda que me quemaba por dentro, porque la realidad era que había confiado en él durante esos meses. De verdad creí que estaba esforzándose por sorprenderme, por construirse un futuro más allá de querer vivir a cuerpo de rey. Y eso era lo que más dolía: haber querido creer.

Me prometí a mí misma que, si él me fallaba, comenzaría mi camino sin mirar hacia atrás. Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

A la hora del desayuno llamé a mi padre y lo puse al tanto de todo; le dije que ya no quería saber nada más de él, más allá de la relación que mantenía con la familia. Me respondió que me comprendía y que no tenía palabras para defenderlo. Lo tranquilicé con las fiestas porque, en ese sentido, tenía claro que iba a tener que convivir con Mario durante mucho tiempo; era parte, de algún modo, de la familia.

No iba a llorar. No iba a montar una escena. Y, aunque me dolía muchísimo, tenía claro que mi vida debía tomar otro rumbo.

Tardé una hora y pico en redactar el mensaje. Lo borré, lo volví a escribir, lo medí palabra por palabra. Pero, cuando lo tuve claro, lo escribí de una vez y se lo mandé.

Nuria: *No existe ninguna inscripción en la academia; ni siquiera te conocen. ¿Qué pensabas decirme, que habías suspendido después de habértelo «currado»?*

»No quiero saber nada más de ti más allá de lo estrictamente familiar. Te pido que salgas del piso, porque puede que mi padre te permita vivir por la jeta, pero yo no.

»No contestes a este mensaje o te bloqueo. No intentes ningún acercamiento que no tenga que ver con algo de la familia.

»No te deseo nada malo; simplemente que sigas tu camino y te olvides de lo que un día fuiste para mí. Esta mujer ya no es la misma.

Vi que lo leyó, pero no tuve ninguna respuesta. No sé si porque le dije que no se le ocurriera contestar o lo bloqueaba, o simplemente porque no tenía justificación alguna. El caso es que yo ya había tomado una decisión y no había vuelta atrás.

Iba de regreso para mi casa cuando mi padre me llamó y me dijo que ya había salido Mario del piso y se había llevado todas sus cosas. Le di las gracias por avisarme.

Estaba con el corazón roto, no lo voy a negar, pero no entendía por qué seguía mintiendo y haciendo de su vida una pantomima.

Ahora gozaba del sábado y domingo libres, ya que el anterior sábado me tocó trabajar, así que podía disfrutar de ponerme el pijama, echarme una mantita y estar en mi sofá digiriendo todas las cosas que de nuevo se estropeaban en mi vida.

Calenté las lentejas que tenía hechas y freí las croquetas que me mandaba la abuela y que casi nunca faltaban en mi congelador porque no daba abasto a consumir tantas. Y mira que le decía que parase un tiempo, pero si las hacía de otro sabor, ella no podía resistirse y me preparaba una ración.

Me senté en el sofá a comer viendo las noticias y no se me quitaba de la cabeza lo idiota que me sentía y la frustración tan grande que me había llevado con el maldito Mario.

¿Por qué no lo intentó? ¿Por qué se inventaba las notas y las cosas? Imaginaba que él pensó que lo valoraríamos cuando suspendiera por el esfuerzo que había hecho durante esos meses y que nunca sabríamos que no había estado asistiendo a la academia de preparación. Fuera como fuese, era triste que alguien tirase tantas cosas por la borda por sus mentiras.

Mirna pasó por mi casa a la hora de la merienda y, después, se iría a casa de Marcos a pasar el fin de semana. Admiraba la forma tan bonita y serena en la que estaba llevando la relación.

—¿Cómo está mi niña? —preguntó abriendo los brazos.

—Asimilando que he vivido, otra vez, dentro de una mentira. Me las metió las dos veces dobladas y lo peor de todo es que soy consciente de que me las metería mil veces más y se quedaría tan ancho.

—Yo no voy a negar que le tengo mucho cariño y me da igual lo que haga con su vida, pero tú estás por encima de todos ellos. Eres mi hermana de corazón, y ver lo que te hizo me da mucha rabia y tristeza.

—No te metas en esta guerra, ni siquiera yo la voy a tener. Le hablaré con respeto cuando estemos en plan familiar y no le haré ningún feo, pero fuera de eso, que pase de mí como yo pasaré de él. La vida continúa y estoy segura de que, después de todo esto, me tiene preparado algo bonito.

—Yo también estoy segura. La vida es muy injusta; ya sabes lo que me pasó con Jairo y el palo que me llevé. Y ahora estoy viviendo algo mucho más bonito, que no sé cómo acabará, pero durante el camino estoy siendo muy feliz.

—A mí me encanta el tándem que hacéis. Ya lo sabes… —sonreí.

Se marchó a las siete, después de habernos tomado un par de cafés y haber charlado como nosotras sabíamos hacerlo: desde el respeto y el apoyo. Era esa persona que no quería que me faltase nunca en mi vida, porque me entendía como nadie.

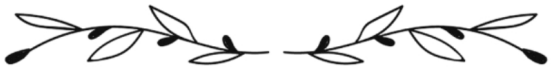
Me sentía una imbécil y eso era algo que tenía que gestionar porque no quería quedarme con esa sensación mucho tiempo, pero es que me lo había hecho sentir por completo. Su silencio y aceptación de abandonar el piso era el claro ejemplo de que le había pillado con el carrito de los helados en la mano.

Lloré mucho durante el fin de semana, demasiado. Mi padre vino a verme y estuvo conmigo un rato el domingo por la mañana. Me trajo churros recién hechos y una cacerola pequeña con costillas de ternera con patatas.

Él solo decía que el tiempo era sabio y que siempre me iba a apoyar como hija. Estaba claro que él quería mucho también a Mario porque la historia de mi padre y el suyo era mucho más que una alianza familiar sin sangre. Pero sentía su apoyo; solo que intentaba mantenerse al margen y mantener, a la vez, a todos unidos.

Yo lo tenía muy claro: ya no iba a esperar nada mientras dejaba la vida pasar…

Capítulo 29



Era veinticuatro de diciembre y preparaba mis cosas para irme a casa de mi padre a vivir esos dos días en familia. Lo cierto es que ya había ido varias veces durante esas semanas y, aunque coincidía con Mario incluso en la misma mesa, él no me dirigía la palabra. Aquello hacía daño a todos, se notaba en el ambiente, pero yo pedí que no se metieran y que lo dejaran afrontar sus problemas como quisiera.

Me quedaban días libres de verano que no había cogido para que mis compañeros pudieran irse en sus fechas, así que decidí tomarlos desde aquel día hasta el dos de enero; de ese modo podría vivir las fiestas con calma, sin prisas ni turnos de por medio.

Terminé de hacer la bolsa y salí del apartamento. Apenas eran las doce, pero la abuela siempre decía que aquella víspera de Navidad era casi más importante que el propio día, que había que empezar a celebrarla desde el mediodía, en familia y sin relojes.

Cuando llegué, en la cocina ya hervía el marisco y se preparaba una cantidad indecente de comida. El olor lo inundaba todo. Saludé a mi abuela y a Marcela antes de subir a mi habitación para dejar las cosas colocadas y tener mi rincón listo para esos días.

Aún no me había cruzado con Mario ni con su hermano; habían salido con mi padre a recoger unos encargos de comida que faltaban para rematar la celebración.

—Bueno, ya estoy aquí, ¿en qué puedo ayudar?

—Si vas empanando esos muslos de marisco, eso que adelantamos —me dijo la abuela.

—Claro.

Batí los huevos y eché en el otro plato el pan rallado con perejil. Comencé a rebozarlos y a ponerlos sobre una bandeja que metimos en el frigo para freírlos llegado el momento.

Mi padre llegó con los chicos. Marcos me dio un abrazo de lado y un beso en la mejilla, al igual que mi padre. Mario abrió una botella de lujo de vino que reconocí porque la pidió en Grecia. Sirvió copas para todos como diciendo que ahora hacía lo que le salía de los huevos. Me daba lástima esa actitud tan fea e infantil por su parte. Yo cogí una copa de vino, ya que no quería ser la que pusiera la nota en un día así, bueno, y en ninguno.

El asunto era conmigo, porque reír se reía a carcajadas con los demás; el tema era hacerme a mí invisible para él, porque el resto me tenía presente en cada momento.

Yo ya venía de varias veces encontrarme con esto, por lo que cada vez me afectaba menos. Dolía, sí, pero cada vez menos. Sus acciones me alejaban con más facilidad.

Todas las comidas se iban a hacer en el salón, que era gigante y tenía una mesa alargada de madera que era una gozada.

Para el mediodía disfrutamos de un pescado individual cada uno con sus patatas y verduras horneadas. Algo ligero para preparar el cuerpo para la noche, que era cuando de verdad se ponía todo lo mejor sobre la mesa. ¿Quién no se desvivía en Nochebuena?

Mirna estaba comiendo con sus padres, ya que ellos se iban al pueblo con la familia, como hacían cada año, así que ella se vendría a quedarse con nosotros por la tarde.

Sus padres incluso tenían guateque con los hermanos de ambos, porque los dos eran de allí y se habían conocido en ese mismo pueblo. Su familia era muy unida, de esas que no perdonan una Navidad juntos.

Mirna había ido muchos años, pero en otros dejó de hacerlo, ya que prefería salir de fiesta o quedarse con su anterior pareja. Por eso sus padres preparaban la comida de Navidad ahora al mediodía, como llevaban haciendo en los años en que ella no iba.

Mi abuela contaba muchas anécdotas de sus tiempos humildes, como ella los llamaba, y a mí me hacía mucha gracia escucharla. Me transportaba a una época en la que yo era una niña y no entendía nada, solo que estaba en un centro, abandonada por mi familia, sin comprender por qué.

Mario le buscaba mucho la lengua y nos hacía reír a todos, incluso a mí, que, aunque intentaba mantenerme en un segundo plano cuando se trataba de él, no podía evitar reírme con sus ocurrencias… esas mismas que, al mismo tiempo, me dolían por la forma de pensar que tenía.

Después de comer ayudé a recoger la cocina, a pesar de que Marcela no quería, pero no le hice caso y seguí a la abuela.

Había muchísima comida que se estaba preparando y todo con una pinta espectacular. Me llamó mucho la atención el pastel de marisco, que tenía un aspecto de lo más delicioso.

Cuando estaba todo recogido y ya estaba rematando Marcela, me retiré un rato a mi habitación. Me apetecía estar sola y tumbada. Disimulaba, pero la realidad es que lo estaba pasando muy mal porque cada vez desconocía más a Mario y, aunque yo tenía claro que no volvería a tener algo con él, me daba lástima que, sin yo tener la culpa, me castigara ignorándome y como si no fuese parte de la familia.

Llamaron a mi puerta cuando llevaba un rato adormilada y era Mirna. Vino dando saltitos hacia mí y se me tiró encima comiéndome a besos.

—Venga arriba, que vamos a empezar a tomar vinos hasta que caigamos redondas.

—Primero un café. —Me reí.

—¿Tenías ganas de que llegara?

—Claro, ya sabes que tu cuñado me lo está poniendo muy difícil.

—Ese es gilipollas y ahora le he vuelto la cara. Le voy a tratar de la misma manera que te trata a ti.

—No, por favor. No quiero guerras.

—Él la empezó y él tendrá que cambiar. Yo contigo al fin del mundo y lo que te haga a ti lo verá reflejado en mí.

—Venga, vamos.

Nos dirigimos a la cocina, donde estaban mi abuela, mi padre y Marcela. Los chicos estaban charlando en el salón tomando un vino.

Preparamos un par de cafés, ya que los demás no querían. Estaban a tope disfrutando de preparar comidas que veía que iban a sobrar para dos semanas. No faltaba detalle.

El caldo para el consomé que estaban cocinando olía que alimentaba. Nos comimos unas galletas cookies para calmar un poco el hambre. Es que la cocina abría el apetito con tantas *delicatessen*.

Mi padre se fue con los chicos y nos quedamos las mujeres en la cocina organizándolo todo un poco. Menos mal que tenían un frigorífico americano gigante y un congelador del mismo tamaño, porque aquello parecía el catering de una boda.

A las ocho empezamos a ducharnos y a ponernos el regalo que mi padre nos había hecho a todos: un pijama igual para esa noche y otro para el día siguiente. Me pareció graciosísimo ese detalle que haría que apareciésemos todos vestidos de la misma manera, como si fuésemos un anuncio navideño.

El del día siguiente era muy navideño; el de la cena, en cambio, era elegante y muy bonito. La parte de abajo era de tela caída, con un cordón en la cintura, de rayas diplomáticas en gamas rosas; luego comprobé que el de los chicos era en azul. Para la parte de arriba, una camiseta de algodón de pico y manga larga.

Mi abuela estaba divina, como siempre; a ella todo le sentaba bien. El conjunto de los *outfits* iguales se veía precioso, así que nos hicimos varias fotos entre risas y poses improvisadas.

En la mesa había tres botellas de vino dentro de sus cubiteras, y eran de esos caros, carísimos; a mi padre también le gustaba darse esos caprichos.

De primero pusimos el canapé con taquitos de jamón serrano y huevo duro. En el centro de la mesa, dos bandejas de marisco y, en otra, el pastel de marisco. También había dos bandejas con los fritos de muslos de marisco y *carpaccio* de atún de almadraba, además de tortas finísimas y crujientes de langosta. Esa noche cenábamos productos del mar y al día siguiente tocaría carne. Estaba todo más que pensado para disfrutar sin mezclar a lo loco y terminar sin saborear nada.

El consomé como entrante estuvo espectacular. No nos puso mucho para no llenarnos, pero sí el suficiente para disfrutar de unas buenas cucharadas.

—Por el comienzo de muchos años juntos —dijo mi padre levantando la copa y todos hicimos lo mismo. Vi de lado cómo Mario volteaba los ojos.

Yo no tenía maldad, esa era la realidad, porque aquí la hija era yo, pero él estaba de un subidito que parecía que se creía su hijo predilecto. Pero bueno, allá él y todas esas tonterías que tenía que me iban separando un mundo.

—No sé si está más rico el vino o los muslos fritos de marisco —decía comiéndoselos con muchas ganas—. Tenemos a la mejor cocinera del mundo. —Miró a Marcela y comenzamos a aplaudir. Ella se sonrojó por completo.

—Amor, a ti es que te pierde el marisco.

—Y tú, cariño, y tú —dijo provocándonos una risita.

—Es bonito cuando tu pareja confía en ti y vivís sin ser vigilados e investigados para sacarte fallos —soltó Mario en plan indirecta.

—Respeta la mesa y a mi hija o la vamos a tener —le dijo mi padre saltando por primera vez en tono muy serio.

—Era una broma —dijo Mario poniéndose rojo porque nunca lo vio contestar así.

—Bueno, disfrutemos de la cena —sentenció mi abuela mirándolo en plan reproche.

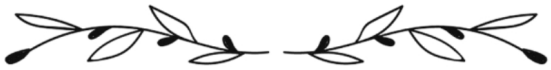
Vamos, que debía de haberse quedado a gusto con lo que había soltado el chaval, como si yo hubiera contratado un detective para descubrir que no iba a la academia. Tenía un morro demasiado grande.

Para los postres me encontré con la sorpresa de que habían comprado dos cajas de una docena cada una de helados de frutas como en Grecia. Al parecer, aquí había abierto una heladería-pastelería especializada en ellos.

Mira si era orgulloso Mario que no los probó, y eso que le gustaban. Pero a mí me dio igual y probé algunos de ellos, ya que los cortamos por la mitad.

Después estuvimos por el salón charlando unos con otros y tomando unas copas. La verdad es que había sido bonito el día, a pesar de que Mario estaba empecinado en dar por saco. No entrar en su juego era lo mejor.

Capítulo 30



Eran las nueve de la mañana y ya escuchaba a todos en el salón. Me duché y me puse el otro pijama. Cuando llegué, ya estaban todos poniendo la mesa para el desayuno.

Se me quedó la boca abierta al ver, al lado del árbol, decenas de regalos con cartelitos con nuestros nombres. Era una pasada.

Mi padre sonreía mirándome y mi abuela me abrazaba de lado, diciendo que habían sido muchos años soñando vivir ese momento conmigo.

—¡Hermana, que hay hasta para mí! —me dijo Mirna, aplaudiendo emocionada.

En la mesa había tostadas, cremas de paté y una bandeja de churros que acababan de traer.

Me cogí un café y salí al porche con él a hacer mi ritual antes de sentarme a desayunar, aunque aún estaban colocando cosas. Mirna se vino conmigo.

—Qué guay lo han preparado tu padre y tu abuela. He flipado al ver todos los regalos tan elegantes y bien envueltos. Parece de película.

—Sí, a ver hasta qué punto se les fue la cabeza. —Me reí.

Entramos y nos servimos otro café al sentarnos. Los churros estaban riquísimos y los mojaba en azúcar, aunque había cuencos con chocolate para hacerlo también.

Mi padre era muy gracioso, pese a llevar siempre la batuta para poner orden; tenía unos puntos grandísimos. En esa ocasión era mi abuela la que le buscaba la lengua diciendo que pensaba que se le podía haber olvidado comprar algunos regalos más, y él respondía que estaba a punto de hacer que le abrieran el centro comercial para comprar unos últimos detalles. Me encantaba cómo se llevaban.

—Yo, por ser el favorito, espero llevarme el regalo estrella —soltó Mario.

—Tú más vale que hoy te portes bien o no te vamos a dar ni un tarrito de colonia —le dijo mi abuela.

—La colonia es de pobres, yo uso perfume —dijo él sin cortarse un pelo, causando la risilla de ella, aunque con gesto de resignación.

—Pues yo me compro en el súper colonias de diez pavos para echarme antes de dormir —dijo Mirna, soltando la puya—. Soy terriblemente pobre.

—No te preocupes, que estoy seguro de que hoy salimos todos perfumados —le dijo Marcos, señalando la montaña de regalos.

—Bueno, lo mismo os lleváis un chasco —murmuró mi padre, aguantando la risilla.

—Cualquier cosa es todo un regalo, papá. —Le hice un guiño.

—Pelota… —soltó Mario, y mi padre y mi abuela lo miraron fulminantes—. Era broma —se justificó, apretando los dientes.

Marcos aguantaba la risa y Mirna me daba con la pierna por debajo de la mesa, como diciendo que lo habían fulminado del todo.

Estaba claro que a Mario le daba igual y que vendría con otra en cualquier momento, porque a él le iba el deporte de riesgo.

Después de desayunar, nos sentamos en los sofás y fuimos levantándonos uno por uno, cogiendo un regalo de los que llevaban nuestros nombres. En esa ocasión me hicieron levantarme la primera.

Me llamó la atención una bolsa que se veía de firma, así que la destapé y leí Yves Saint Laurent. Al sacarlo, era el típico bolso clásico de esa marca. Negro, con el logo en plateado y la cadena que podías colgar al hombro o llevar cruzada al pecho. Era una cucada que una vez miré por curiosidad y casi me dio algo al descubrir que rondaba los mil ochocientos euros.

Era una preciosidad, pero yo jamás me hubiera gastado ese dinero en algo así. Aun así, lo agradecí emocionada y lo recibí con todo el amor del mundo. Estaba claro que lo iba a usar.

Mirna eligió también una bolsa igual, diciendo a ver si a ella también le había caído la breva. Y le cayó. Exactamente el mismo que el mío. Comenzó a saltar de alegría y se fue a comer a besos a mi padre y a mi abuela.

—Una que es agradecida —murmuró Mario.

—Mi hija es más prudente con las firmas, así que haz el favor y, si vas a decir algo con inquina, te callas —le dijo mi padre.

—Tú sigue así, que hoy vas a cobrar hasta en la nuca —le dijo Marcos a su hermano.

—Tú te callas, que vas de sabelotodo.

—¡Calla ya! —Le dio una colleja mi abuela a Mario.

Seguimos el ritual de abrir regalos y a los chicos les cayeron perfumes, cazadoras, relojes, corbatas, ropa interior, pantalones y de todo lo imaginable.

En el caso de Mirna y yo… flipamos en colores. Nos pusieron exactamente igual que a los chicos. No nos faltó la cartera del bolso, un perfume de la misma marca, unas botas negras de piel estilo montar a caballo de tacón bajo y cuadrado, unas cremas buenísimas, un reloj Rolex para cada una y un montón de prendas de Zara, Mango y Massimo Dutti. Tampoco faltaron pijamas, ropa interior y zapatillas de estar por casa.

A mi padre y a mi abuela les cayeron muchos regalos por parte de todos. En mi caso, a ella le regalé unos preciosos pendientes de oro y una *pashmina* de cachemir de una firma que le gustaba y que tenía un tacto increíble. A él le regalé un par de camisas de una marca que usaba mucho y un par de jerséis de pico a juego.

Habíamos salido todos muy bien parados, incluida Marcela, que tuvo por lo menos seis buenos regalos y lloró emocionada dando las gracias.

Lo coloqué todo sobre la cama de la habitación y le hice una foto. Quería guardarla para el recuerdo. Lo del reloj Rolex me había dejado a cuadros; para nada me esperaba una pieza de semejante firma. Curioseé en Google y valía la friolera de diecinueve mil euros. ¿Cómo iba a llevar eso en mi muñeca?

Estaba colocando todo en las bolsas después de hacer las fotos cuando mi abuela llamó suavemente a la puerta. Esperó a que le dijera que pasara, entró despacio y la cerró tras de sí, como si aquel momento necesitara un silencio distinto.

—Cariño, no me gusta hacer diferencias cuando hay gente delante, pero estos dos regalitos son de papá y míos para ti —me dijo en voz baja, dejando claro que Mirna ya iba más que servida, pero que conmigo querían tener un detalle especial.

Me entregó dos cajitas. En una había una preciosa media caña de oro, labrada con unos dibujos finísimos y delicados que parecían hechos a mano con paciencia infinita. En la otra, un juego completo también de oro: pendientes, cadena, pulsera y anillo con piedras de rubí que brillaban con una elegancia serena. Aquello, sin duda, debía de haber costado una fortuna.

—Abuela, es precioso, pero joder, os habéis gastado mucho dinero.

—No, cariño, poco para todo lo que te daríamos, pero no te dejas.

—Soy feliz con teneros en mi vida, sin riquezas, sin nada, solo con vuestro cariño.

—Bueno, pues disfrútalos, aunque te cueste.

—Lo haré, abuela. —Le di un abrazo.

Salí hacia fuera y Mirna estaba con el pijama y su bolso colgado al hombro. No pude evitar reírme.

—No puedo quitármelo, hermana, esto es toda una fantasía. Imagina ir al trabajo con esta pieza y el uniforme —dijo, causándome una carcajada.

—No lo veo, eso déjalo para otras ocasiones.

—Para todas, no voy a querer usar otra cosa. Y mira el reloj, ¿qué me dices?

—Que tampoco lo veo para el trabajo.

—Qué poco animada eres. —Me miró con asco, aunque obviamente bromeaba.

—Amor, tú los regalos caros al suegro —le decía Marcos, señalando a mi padre, que sonreía feliz al vernos disfrutar.

Estaba claro que tenía la espina de lo que pasaba entre Mario y yo, que cada vez estaba más tenso. Éramos como dos extraños compartiendo el mismo espacio.

Para la comida, preparamos la mesa entre todos y pusimos las bandejas de chuletas de cordero, carne de *Wagyu*, costillas de ternera y una bandeja de patatas fritas. Había tostas pequeñas de entrante con variedad de patés: de pato, al Pedro Ximénez, de setas confitadas…

En ese caso comíamos con vino tinto, obviamente uno de esos reserva que no bajaban de los cuatrocientos euros. Me daba hasta dolor de barriga pensarlo.

El caso es que tenía que respetar en qué decidían gastar su dinero mi padre y mi abuela. Hasta ahí podíamos llegar. Yo estaba claro que no era así y disfrutaba lo mismo con una botella de diez euros, pero lo dicho: ver, oír, callar, respetar y agradecer.

La carne, cuando era de calidad, se notaba, y yo la disfrutaba en cada bocado. Acompañada de las patatas fritas crujientes, era una locura.

Marcela había hecho varios tipos de salsa para acompañarla, pero estaba tan rica por sí sola que casi nadie las probó. Mirna y yo las catamos para no hacer el feo. Una estaba riquísima, tipo mexicana, con un toque picantito.

—Viva Marcela y los faraones de la casa, que nos han dado otra comida espectacular —dijo Mirna, aplaudiendo con efusividad.

—Pues sí, de verdad que tan impresionante fue la cena como ahora ha sido la comida.

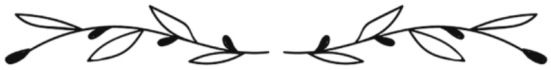
—Esta noche vamos a comer sobras —dijo mi abuela, provocando una risilla en todos.

—Yo me como lo que usted me diga —le dijo el descarado de Mario, echándole la mano por el hombro.

—Tú deja el orgullo a un lado, que me tienes contenta —le reprendió en tono de broma, mirándolo de lado.

Él, como no, se puso a silbar y a fingir que no iba con él. Estaba de lo más descarado.

Capítulo 31



Fin de año también lo pasamos todos juntos y, además, para la cena vinieron los padres de Mirna, que cayeron muy bien en mi familia, como no podía ser de otra manera.

Me quedé de nuevo el día anterior y el día de Año Nuevo junto a todos, incluida mi amiga, que decía que ella era una costilla más de nosotros.

El caso es que la cosa con Mario cada vez era más tensa y sabía que estaba incomodando a mi padre y a mi abuela. Me daba rabia que la tomara conmigo de esa manera y no se hiciera responsable de sus cosas.

El día de Reyes comí con ellos, pero no me quedé allí. Ese día comimos Mario, mi abuela, mi padre y yo. Marcos recogió sus regalitos y se fue a casa de los padres de Mirna.

Ese día no fue tan a lo grande como en Navidad; en esa ocasión me regalaron un abrigo negro precioso por encima de las rodillas y un sobre con dinero para que comprara la habitación que me faltaba por amueblar. Pese a mi negativa, no me dejaron renunciar a los tres mil euros, que era una barbaridad.

Mario estaba muy charlatán a la hora de la comida; no por eso se dirigía a mí en ningún momento, pero yo hablaba de igual manera con todos, fingiendo que nada me afectaba, cuando la realidad era que sentía que estábamos haciendo sentir incómodos a todos.

Marcela, de nuevo, nos agasajaba con esas manos que tenía para la cocina. En esa ocasión estábamos comiendo una pasta a la marinera que era de las mejores que había probado y, para picotear, crujientes de langosta que tanto nos gustaban y tanto éxito habían tenido.

Y de nuevo retomé la rutina y un año en el que esperaba crecer como persona, sin que nada me pesara tanto como lo hacía esa mala relación con Mario, que aún se me clavaba por dentro más de lo que quería admitir.

Era un sábado de finales de enero que se estaba encargando de congelar a todo el país. Hacía un frío inhumano, de esos que se te meten en los huesos y no te sueltan en todo el día.

Mi padre nos había propuesto ir a un lugar a desayunar y comer donde iba a celebrarse un evento en el que quería que estuviésemos todos. Nos pidió que fuésemos muy arreglados.

Yo ni pregunté porque, a decir verdad, estaba en esa transición de querer tirar hacia delante, pero sentir que no podía del todo con mi vida.

Mi padre me recogió junto a mi abuela y a Marcela, a la que no habían dejado atrás. Llegamos a un lugar donde había un montón de gente arreglada como si fueran a una boda o a una comunión, todos impecables, como si algo importante estuviera a punto de ocurrir.

—¿Qué se celebraba, papá?

—Tomemos sitio…

Faltaba Mario, pero sabía que iba a llegar el último. De repente empezaron a salir políticos y hombres enchaquetados.

—Estamos hoy aquí reunidos para presentar al nuevo cuerpo de bomberos que han promocionado en la última convocatoria de plazas. Demos la bienvenida a…

Comenzó a decir nombres, pero el segundo… se me cayeron las lágrimas. El segundo era Mario, que había aprobado las oposiciones para bombero.

—Me enteré hace dos días, hija. No se estaba preparando para policía, era para bombero, pero quería dar la sorpresa porque esto era más duro para entrar.

Miró hacia nosotros después de jurar el cargo y me hizo un guiño de ojo. Yo estaba paralizada, llorando. Ese día se convertía en alguien; era un bombero con su plaza aprobada.

Aplaudí con efusividad y grité que lo quería. Cuando terminó la ceremonia, se vino hacia mí y me cogió en brazos.

—Y ahora, ¿te quieres casar conmigo?

—Sí, ahora mismo, donde sea —le dije entre lágrimas, besándolo mientras los nuestros aplaudían.

—Hermana, que la hemos cagado con el chaval —me decía mi amiga, apretando los dientes y poniendo cara de terror.

—Os lo perdono todo, porque también tengo corazón —dijo un orgulloso Mario, que no dejaba de tocarme la nalga.

Estaba flipando en colores. Mi amor sí se lo había currado y de bombero nada menos.

—Aquí voy a cobrar más que en la policía, cariño —me decía orgulloso.

—No sabes lo orgullosa que estoy de ti. Gracias por darme esta lección.

—¿Y hoy me vas a dejar celebrar con vino de doscientos euros? Me dijiste que en ocasiones muy especiales.

—Y de mil, hoy lo que quieras. —Me reí entre lágrimas.

Nos fuimos a comer a un restaurante que había reservado mi padre. El caso es que había aprobado y ahora tenían que darle destino, pero por nota se iba a quedar en la ciudad o en el extrarradio.

Estaba pletórico, no dejaba de guiñarme el ojo y de decirme que era bombero. Me lo tenía que comer.

En el restaurante tuvo mucha gracia porque, nada más sentarse, se dirigió a mi padre, que parecía que ya sabía por dónde iban a ir los tiros y casi lo estaba esperando.

—Llavecitas de mi pisito —le dijo, refiriéndose al apartamento que estaba frente a los míos.

—Por supuesto. En casa tienes las llaves y esta semana vamos a la notaría y te lo dono.

—Trabajo y piso. Ahora no me puedes decir que soy un vividor. —Me dio un codazo, orgulloso.

—No, cariño, te lo has currado mucho. —Le acaricié la barbilla con una sonrisa que no me cabía en la cara.

—Hermano, ahora habla de que no hago nada —le dijo a Marcos, que lo miraba riendo, pero con ese orgullo que no podía disimular.

—Estoy muy orgulloso de ti, hermano. Te lo has currado mucho y nos has dado una lección a todos. A mí el primero, que pensé que de nuevo te estabas riendo de todos.

—Si me he reído, todos pensando que os había engañado y que me estaba rascando los huevos y yo luchando con pruebas duras para ser bombero. A partir de ahora, para hablar de mí os dais un puntito en la boca.

—Yo la primera —dijo Mirna, causándonos unas risas.

—Tú la segunda, el primero ese que es mi doble.

Mi abuela estaba de lo más emocionada y orgullosa, ya que lo quería mucho, al igual que mi padre y Marcela. Ese día nos había dado una lección y, pese a sus locuras, ahí estaba, habiéndome demostrado que por amor era capaz de salir de su zona de confort y demostrar al mundo cuánto valía.

—Amor, ahora me tienes que dejar dormir en tu casa.

—Te puedes venir a vivir si quieres —le dije entre risas.

—¿Habéis escuchado? Si es que me ha echado de menos. Vamos a brindar por tenerla a mis pies.

—Madre mía, que tiene plaza, pero la cabeza sigue igual —murmuró Mirna, causándonos unas risas.

—Dejad a mi niño, que hoy se convirtió en alguien, así que no lo señaléis más —dijo mi abuela mirándolo de lado, y este sonreía orgulloso.

—Abuela, ¿a que hice bien en no mirarla por lo injusta que fue conmigo? —le preguntó por mí.

—La hiciste sufrir mucho, que eso se notaba, pero si era para esto, todos te lo perdonamos.

—Amor, te lo merecías.

—Sí, cariño. —Me reía, mirándolo de lo más orgullosa.

—Pero yo no voy a tomar represalias, yo quiero estar contigo.

—Te voy a comer, vida mía. Ya las represalias me las diste en Navidades. —Solté una carcajada.

Me hacía tan feliz que hubiese conseguido aprobar las oposiciones y que nos hubiese dado una lección con su preparación que ahora lo quería todo con él, porque ahí era donde yo era feliz, con este loquito adorable que era el gran amor de mi vida.

Después de comer fuimos hacia la casa de mi padre y allí tomamos una merienda con los pasteles de frutas heladas que tanto nos gustaban.

Mario preparó una maleta grande con sus cosas y dos bolsas; decía que se venía conmigo a vivir y que no me dejaba más sola, ya que yo tenía mucho peligro. Era de lo más gracioso y se le veía de lo más feliz y pletórico.

—Hija, tienes que ir a comprar el dormitorio que te falta. —Me recordó mi padre.

—El problema es que no sé qué poner allí, si una cama de matrimonio, dos camas o una especie de habitación-sala.

—Lo que te dé la gana, porque cuando tengamos hijos nos vamos a mi piso, que es más grande —decía Mario, enseñando las llaves que le acababa de entregar mi padre.

—No veas el *loft* que os podéis montar en la planta con los tres pisos —decía Mirna a carcajadas.

Estuvimos en la casa hasta después de la cena. Yo ya estaba agotada del día tan largo, emotivo y bonito que habíamos tenido.

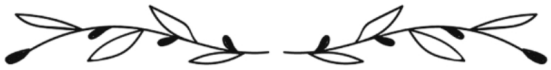
—Hogar, dulce hogar —soltó Mario cuando estábamos entrando en mi piso—. Por cierto, me echaste del piso, ¡qué poca vergüenza! —recordó, causándome una risilla y abrazándome por detrás—. Para compensarlo, me tienes que hacer un estriptis, una alegría y un revolcón.

—¿Y todo eso hoy?

—A la de ya… —me decía, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

No pasamos del salón cuando ya estábamos desnudos, dándonos un revolcón en el sofá y recuperando todos esos besos y caricias que nos habíamos perdido.

Capítulo 32



Llevábamos un mes viviendo juntos y yo estaba encantada de la vida.

—¡Amor, que ya me han dado destino! —dijo tirando de las sábanas para que me despertara.

—¿Te llegó el mensaje?

—Sí, me quedo en la estación de bomberos de la ciudad y me incorporo la semana que viene. ¡Voy a sofocar el fuego de todas las féminas!

—Y una hostia que te llevas. —Le di con la almohada.

—Amor, que ya voy a ser económicamente independiente. Pero el papá me ha dicho que seguiré llevándole algunas cositas y me seguirá pagando.

—Eso, tú pilla de todos lados. —Me reí.

—Voy a preparar el desayuno, ve lavándote la cara. —Me dio un beso.

Me encantaba la felicidad con la que estaba viviendo lo de su plaza. Realmente me contó que desde pequeño le gustaban los camiones de bomberos y siempre decía que iba a ser uno de ellos. Y vaya si lo consiguió…

Había preparado un buen desayuno de esos que a él le gustaban completitos: huevos, aguacate, beicon, queso…

—Mira qué cosa más bonita te he preparado, amor —decía señalando los platos.

—Sí que tiene buena pinta —sonreí, sentándome en el sofá y echándome la mantita por las piernas.

—Amor, ¿y tú por qué no opositas para algo y te quitas del súper?

—Yo estoy feliz con mi trabajo. Todos dan dolores de cabeza, pero aquí tengo buen sueldo, soy encargada y no necesito nada más.

—¿Y cuando tengamos hijos?

—Pues pediré mi baja de maternidad y luego, como toda familia, nos buscaremos las papas para sacarlos adelante.

—Tú, yo, sin hipotecas, con mi sueldo de bombero, piénsalo…

—¿Que piense lo qué? —Me eché a reír.

—Vivir a costa de tu marido.

—Anda, calla, que por ahí sí que no paso. —Me eché a reír.

Me gustaban mucho los sábados que no me tocaba currar y me quedaba en casa el finde, alejada del frío que hacía en la calle. Y encima con él, ese hombre que me sacaba las carcajadas cada día y que no era tan bruto como parecía; lo que pasaba es que era feliz buscando la lengua a todos y, sobre todo, a mí.

Mi padre apareció mientras desayunábamos; ya venía de la plaza y nos había comprado a nosotros y a Marcos unas piezas de carne que tenían una pinta buenísima y, además, nos había traído un pan de campo de leña.

—La abuela quiere que el sábado que viene nos reunamos para el cumple de Marcela. Quiere darle una sorpresa.

—Claro, papá. Menos mal que me has avisado. ¿Qué puedo comprarle?

—Algo de oro, a esa mujer le encanta todo lo dorado —dijo Mario—. Le podemos comprar unos pendientes o una pulserita.

—Sí, tiene razón —dijo mi padre.

—Pues iré a la joyería de al lado del supermercado, que tiene unos precios competitivos.

—No salgáis en todo el fin de semana, que vienen borrascas.

—Lo sé, lo he estado viendo en las noticias y puede que el lunes suspendan hasta los colegios.

—Sí, viene un buen temporal. Bueno, me voy —dijo, dejando su café ya vacío sobre la mesa—. Quiero pasar a dejarles lo mismo a Marcos y Mirna.

—Ella hoy está trabajando, pero él estará en la casa —le comentó Mario.

—Sí, ya me lo dijo tu hermano.

—Papi —lo llamó así Mario—, la próxima vez me traes una botella de las buenas, que mi casi mujer no me deja invertir en eso.

—Claro, tranquilo, me acordaré —le contestó riendo.

Mario se metió en la cocina con los solomillos que había traído mi padre para dejarlos listos para el mediodía. Para él, ese rincón era casi un refugio. Disfrutaba cuidando cada detalle y mimando las presentaciones como si estuviera en un restaurante de estrella Michelin. Yo lo dejaba a lo suyo mientras aprovechaba para adelantar cosas de la casa.

Hirvió unas verduras para después saltearlas con calma, y yo me dediqué a arreglar la habitación y a dar un buen repaso a la casa.

Me daba una paz increíble tenerlo a mi lado y aquellos días de Navidad que lo pasé tan mal quedaron atrás. Ahora que el jodido era orgulloso y me las hizo pasar putas con todas las formas en las que me hizo sentir invisible.

Llamaron a la puerta y eran los de la tienda de muebles; por fin venían a montarnos la habitación que faltaba, donde nos decantamos por poner una cama que abajo tenía otra, un mueble estantería y un pedazo de escritorio, ya que Mario quería tener su lugar para el ordenador y sus cosas.

La habitación ya traía un armario empotrado de la promotora, con lo cual por poco dejamos todo listo. Vaya si hasta me sobró dinero del que me dio mi padre para comprarlo. Quedó muy bonito y Mario no tardó en apropiarse del escritorio y poner sus cosas como si fuera su oficina. Según él, siempre seguiría trabajando para mi padre porque le daría tiempo a todo.

Los solomillos le salieron perfectos, en su punto por dentro y tostaditos por fuera, como a mí me gustaban. Abrimos una botella de Rioja para acompañar la carne. Las traía yo del súper, de siete euros, y estaban riquísimas. En el fondo yo pensaba que a Mario le gustaba cualquier vino, pero que todo lo hacía para aparentar, ya que era todo un personaje. Mi personaje favorito.

Por la tarde aparecieron Marcos y Mirna, que iban a cenar con nosotros y se quedarían en el piso de al lado para no conducir.

—Traemos vino del bueno, cuñado —dijo ella enseñándole dos botellas a Mario.

—Mira, amor, tu amiga se acostumbró a la vida buena.

—Ya veo.

—¿Qué dices? Si las hemos recogido en casa del papá rico, que nos dijo que fuéramos a por ellas.

—Mi padre animando. —Volteé los ojos.

—Ese hombre tenía la culpa cuando estábamos en Grecia, que me decía que te diera lo mejor, vida, y yo te lo daba.

—Vamos, que te tenía que convencer mucho —respondí con ironía.

—Un montón, yo soy más de vino de cartón de un euro, de ese que se usa para la comida.

—Ni para la comida usas esos, embustero —le dijo su hermano.

—Tú, calladito, que nadie te dio vela en este pleito.

—Desde que eres oficialmente bombero, ya sabes hasta hablar.

—Te quedaste sin copa, hermano.

—Pues me llevo las botellas —dijo Mirna cogiéndolas rápidamente.

—Aquí nadie se lleva nada. —Se las quité—. Y parad un poco, que no veas qué entrada. —Me froté la frente.

—Vida, para que veas que no soy el único que te da dolores de cabeza.

—Pero te gusta picar.

—Si no, no sería yo.

Pedimos para cenar *sushi* en cantidad, porque brutos eran hasta decir basta. Cuando nos llegó el pedido, ocupó casi toda la mesa.

—Tranquila, que no van a quedar ni los platos —me dijo Mario, viendo cómo me reía al ver lo que se habían pasado pidiendo.

—Es una barbaridad; de todas maneras, si sobra, se puede comer mañana.

—Vida, ¿tú has pensado que lo mismo este año salgo en un calendario de esos ardientes que hacen algunos bomberos?

—¡La leche! —dijo Mirna, soltando una carcajada al igual que el resto.

—Me compro cinco calendarios para ponerlos por todo el piso —le dije bromeando.

—¿Y te dará igual que otras mujeres me soben con la mirada?

—Exactamente igual, al final quien se come el pescado soy yo.

—Vamos, que te la mama —soltó Mirna.

—La he entendido. —Le hizo una burla.

—Pues ninguno de los dos, porque no me referí a mamarla, sino a disfrutar de él. —Volteé los ojos.

—Más santa y la tenemos que meter a clausura.

—Mirna, te estás volviendo como ellos. Muy picona. —Volteé los ojos.

—Dicen que donde se acuestan dos, se levantan de la misma condición.

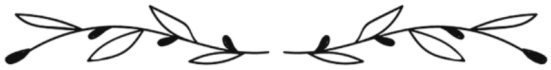
—Pues con ella eso no me funciona —dijo Mario.

—¿Y para qué quieres volverme como tú, para irnos a la ruina?

—Siempre pensando en lo peor. Que yo no juego con mi economía, yo disfruto la de tu padre.

Lo que nos reímos fue muy grande, porque era descarado pero sincero. No se andaba con chiquitas para soltar la clara realidad.

Capítulo 33



Cinco meses después…

Principios de julio, lo que podía ser un día normal, pero no lo era. Aquel día me casaba con Mario, mi bombero favorito.

Mi casi marido llevaba unos meses en los que, aunque no cambiaba su forma de ser tan divertida y aniñada, se había vuelto todo un profesional que amaba su trabajo e iba con toda la actitud y ganas del mundo. Lo feliz que era cuando le ingresaban la nómina y me la enseñaba como el mayor de sus triunfos.

Lo querían mucho en su trabajo y prueba de ello es que aquel día vendría una buena parte de sus compañeros a vivir ese momento con nosotros, menos los que tenían guardia de sábado.

Nuestros padrinos iban a ser mi padre y Marcela. Mi abuela nos lo pidió porque decía que ya era hora de que se le diera un lugar bonito en la familia. Lo aceptamos felices y nos pareció una gran idea.

Mirna se casaba para el año siguiente. Seguía felizmente viviendo con Marcos y era otra persona por completo; más segura, más divertida y con una paz increíble. Aquella relación la hacía más fuerte.

Todos estaban muy volcados en aquel enlace que se iba a celebrar en la playa, en un pequeño resort de lujo que mi padre había conseguido cerrar durante tres días para nosotros y todos los invitados.

Eso sí, tuvo que compensar a los que ya tenían reserva y aceptaron la devolución de esa manera. Lo que hacía el dinero…

—¿En qué piensas, cariño? —me preguntó Mirna echándome el brazo por encima.

—En todo, desde aquel paso de cebra donde le guiñé el ojo hasta este momento. Han pasado demasiadas cosas y todas bonitas.

—Y a mí me llevaste hasta el amor de mi vida…

—No te imaginas cuánto me alegro de verte así.

Ya estaba maquillada, peinada con el pelo suelto y al aire. Mi vestido era de lo más romántico, elegante y nada recargado. Tirantes finos de cola de ratón, al cuerpo pegado con corte de cuello recto y una caída minúscula tipo princesa, pero sin ser excesivamente pronunciada y con una pequeña cola. La tela llevaba pequeños bordados de florecitas con una piedra de Swarovski.

Llevaba la caña de oro que me regaló mi abuela y un conjunto de pendientes, cadena, pulsera y anillo que me había comprado mi padre para aquella ocasión.

Y hablando de mi padre…

Apareció para buscarme y, como no podía ser de otra manera, venía tan elegante y guapo como era; brillaba por sí solo. Se emocionó al verme arreglada y Mirna se marchó para ir a dar el encuentro a Marcos.

—Eres la mujercita más bonita que han visto mis ojos, hija.

—Gracias, papá.

—Te llevo feliz de entregarte a un loquito que tiene un corazón grande. Te ama mucho, hija.

—Lo sé —sonreí agarrándome a su brazo.

Estaba de lo más nerviosa mientras caminaba con él del brazo y todos los empleados del hotel que encontrábamos de paso nos iban saludando con una gran sonrisa y me echaban muchísimos piropos.

Los jardines estaban preciosos, llenos de flores blancas por todos lados. Ya podía escuchar la música de Ecos del Rocío y su canción *La niña*. Mi padre estaba más que emocionado.

Los invitados, ya perfectamente colocados ante el altar, comenzaron a aplaudirnos al vernos llegar y Mario levantaba las manos, feliz y triunfal, esperando junto a Marcela. Era gracioso hasta para los momentos emotivos.

Me dio un beso de película y hasta el señor que iba a oficiar la boda se rio.

—Tiene prisa por empezar por el final —dijo el hombre, causando una risa en todos.

—¿Usted sabe lo que me costó llegar hasta aquí? No le voy a contar lo peculiar que es la niña —soltó, causando más carcajadas.

La ceremonia comenzó y el señor era muy simpático, por lo que se hizo muy divertida y amena. Llegó el momento del «sí, quiero» y los intercambios de anillos. La primera fui yo, pero cuando le preguntó a él…

—Claro que quiero, vamos, aunque solo sea por decir que me he casado con ella y que la he tenido a mis pies —soltó, causando más risas—. Cariño, te pongo este anillo que costó un pastón y pagó el papá.

—Vale —dije a carcajadas.

—En este momento te conviertes en la mujer de un bombero y, de paso —me hizo un guiño—, del mejor asesor fiscal que tiene tu padre, porque, aunque no lo sabías, también lo soy y estudié para ello. —Me hizo otro guiño mientras todos aplaudían.

—Ese título lo tengo que ver yo. —Me reí.

—Incrédula… —dijo abrazándome.

Brindamos al final del paseíllo y comenzaron las felicitaciones, besos y saludos de todos los asistentes que allí había, y no eran pocos. Yo no conocía ni a la mitad, pero bueno. Los papás de Mirna, que por supuesto estaban, vinieron a abrazarme y decirme palabras tan bonitas como ellos mismos.

Los compis de Mario eran un puntazo como él mismo y lo buscaban mucho. Al mirar hacia atrás vi que lo estaban manteando y él, tan feliz por los aires. Era un caso perdido, mi caso perdido.

De mi trabajo había invitado a unos cuantos con los que llevaba muchos años y sabía que me tenían mucho cariño.

Estaba feliz por haberme convertido en la mujer del hombre que más veces me engañó, pero que más me había demostrado hasta entonces.

Nos llamaron para hacernos, por las instalaciones, un montón de fotos, en las que hicimos partícipes a mi abuela, Marcela, papá, Mario, Mirna y a sus papás, porque ellos también eran importantes en mi vida.

El resort era pequeñito, pero una cucada, y teníamos a todos los empleados para nosotros; era una maravilla. No dejaban de pasar canapés, tapas y un montón de bebida para que no faltara de nada.

Mario iba como loco saludando a la gente con ese carisma que tenía y que solo hacía sacar sonrisas. Lo veía pletórico. Yo estaba viviendo todo más desde la calma, pero ese hombre llevaba una euforia increíble.

Para la hora de la comida, en nuestra mesa nupcial nos sentamos todos: mi abuela y mi padre a ambos lados de nosotros; luego, a un lado, Marcos y mi amiga y, al otro, sus padres. El resto de los invitados en mesas circulares.

Uno de los compis bombero de Mario se levantó y pidió silencio.

—En nombre de todos tus compañeros queremos transmitiros la felicidad de ver cómo en el día de hoy os unís para formar una familia y un camino en común que esperamos ver a lo largo de vuestras vidas. Decir que es un honor para todos nosotros estar hoy aquí contigo.

»Te conocimos en la academia donde, a pesar del esfuerzo y dureza, tú nos sacabas la mejor de nuestras sonrisas. Has sido un gran compañero de preparación y un excelente compañero en la base. Queremos deciros que aquí tendréis otra peculiar familia con la que podéis contar para todo. Larga vida a vuestro matrimonio.

Todos comenzaron a aplaudir y la verdad es que habían sido unas palabras de lo más bonitas hacia mi ya marido.

—¡Me toca hablar! —Se levantó Mirna y nos echamos a reír en nuestra mesa.

—¡Que hable mi cuñada! —dijo Mario aplaudiendo efusivamente.

—Querida hermana de corazón. —Me miró con esa carita de niña buena que le salía con una sonrisita adorable—. He visto cómo te enamorabas, te desesperabas, te tirabas de los pelos, pero siempre tenías palabras bonitas para él, porque el cafre de mi cuñado tiene las ideas cruzadas, pero es todo amor, respeto y lealtad.

—Mira cómo me conoce —dijo Mario, causando una risa conjunta.

—Quiero decirte que hoy es uno de los días más felices de mi vida, porque tú te mereces esto y todo lo bueno que te pase. Aquí estás con tu recién estrenado marido y una familia que te ama desde el corazón, así como la mía, que sabes que eres parte de ella.

»Te quiero muchísimo y gracias no solo por estar en mi vida, sino por llevarme hasta el hombre que me está haciendo la mujer más feliz sobre la tierra. Te quiero, os quiero. Ojalá que todo lo que os pase sea tan bonito como este momento.

Me levanté y le di un fuerte abrazo mientras escuchaba los aplausos de los asistentes. La verdad es que todos estaban viviendo el momento.

—Vino bueno, vida —me decía brindando una y otra vez mientras mi padre nos miraba riéndose.

—Sí, hijo, aprovecha y recréate, que hoy es una ocasión especial.

Todo lo había pagado mi padre y no había permitido que faltara ni un perejil, como decía Mirna. Estaba todo tan bonito, pero a su vez era tan divertido y fluido, que me sentía de lo más cómoda a pesar de no conocer a la mayoría de los invitados.

—Bueno, ahora me toca a mí —dijo mi padre levantándose casi al final de la comida—. Quiero agradecer a todos por estar este día en el enlace de mi hija y de mi hijo de corazón, porque nunca será mi yerno, siempre será mucho más que eso, porque la vida así lo quiso y porque estoy muy orgulloso de ti también.

»A ti, hija, que te quiero con locura y, aunque la vida nos puso difíciles muchas cosas, ahora estamos viviendo algo tan bonito, enriquecedor y sanador que me siento en el mejor momento de mi vida. Te quiero mucho. Siempre estaré para vosotros.

Lo abrazamos y no pudimos reprimir las lágrimas. Tenía a mi padre y a mi abuela emocionados y felices acompañándonos en aquel día, ¿qué más podía pedir?

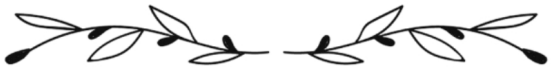
Después de comer llegó el momento de la tarta, pero no fue una tarta tradicional; fue toda una torre de frutas heladas como a nosotros nos gustaban. Nos hicimos las fotos y probamos las primeras antes de bailar una canción que él había elegido de David Bisbal, *Mi princesa*. Los aplausos no pararon durante todo el baile.

Repartieron los helados y, tras disfrutarlos con cafés y copas, todo el mundo fue a cambiarse para seguir disfrutando de la fiesta, incluyendo piscina y playa que teníamos a nuestros pies.

No solo ese día fue mágico y duró hasta altas horas de la mañana, sino que al siguiente también se disfrutó desde la tranquilidad y los servicios que ofrecía el resort.

Fue una boda preciosa y unos días inolvidables.

Capítulo 34



Llegábamos al aeropuerto para salir a nuestra luna de miel con esa mezcla de nervios y emoción que te recorre el cuerpo cuando sabes que estás a punto de vivir algo que recordarás toda la vida. En esa ocasión habíamos decidido que sería por Japón y finalizarla con una estancia en las Maldivas, como si quisiéramos unir dos mundos completamente distintos en un mismo viaje: la intensidad de una cultura milenaria y la calma infinita del paraíso.

Mi padre nos lo regaló con unos vuelos en primera clase que me dejaron boquiabierta, ya que teníamos cama y todo. Era una gozada volar así, con todas las comodidades del mundo, sintiéndote cuidada desde el minuto uno, como si el viaje empezara antes incluso de despegar.

—Vamos como los ricos, amor —decía chocando su copa con la mía, esa que nos habían dado a modo de bienvenida, con una sonrisa pícara que no le cabía en la cara.

—Ya te digo, qué pasada… —Miraba nuestro habitáculo privado, viendo cómo hasta baño teníamos. Era toda una locura. Cortinas que nos aislaban, luces suaves, asientos que se convertían en cama… aquello parecía más una *suite* que un avión.

El vuelo fue toda una gozada porque pudimos dormir a pierna suelta y también disfrutar de juegos digitales y películas prémium, tapados con mantas mullidas y con esa sensación de que el mundo se había quedado abajo, muy abajo. A pesar de ser un trayecto largo, no se nos hizo nada pesado; entre risas, copas, cabezadas y planes improvisados sobre lo que haríamos al llegar, las horas volaron casi sin darnos cuenta.

Aterrizamos en Tokio y notamos un calor asfixiante que nos abrazó nada más salir del avión. El cambio de clima se me iba a hacer cuesta arriba, pero la emoción era más fuerte que cualquier humedad pegajosa.

A la salida, después de coger las maletas y pasar todos los controles, nos esperaba un chófer privado para llevarnos al alojamiento. Ver nuestro nombre en aquel cartel me hizo sonreír como una niña pequeña; era oficial, estábamos empezando nuestra aventura, nuestra primera gran historia como marido y mujer lejos de casa.

El hotel era un edificio de muchísimas plantas y nos tocó una de las más elevadas, con unas vistas que eran una locura. Teníamos en la terraza nuestra propia piscina infinita.

—Amor, te voy a decir algo sin que pongas el grito en el cielo, ¿prometido?

—A ver qué se te ha ocurrido ahora —dije colocando la ropa en los armarios.

—No, a mí, no; a tu padre, que me dio una tarjetita para este viaje.

—¿Y por qué será que me lo imaginaba? —Solté el aire—. Te tendré vigilado.

—Amor, es una ocasión especial.

—No comiences. —Me reí negando.

Salimos a la calle después de organizar todo en el hotel, todavía con esa energía nerviosa de quien pisa una ciudad nueva por primera vez. Cogimos un taxi que nos llevó al templo Sensoji. Yo me había puesto una falda larga, superfinita, en color blanco, y una camiseta de tirantes del mismo tono. Quería que en las fotos se viera bien el contraste con el entorno, con los rojos intensos y los dorados del templo. Llevaba un cinturón para realzar el *outfit* y el bolso blanco que me regalaron en Navidad de Michael Kors. Además, iba a juego con unas sandalias planas que eran muy bonitas y cómodas, perfectas para patear la ciudad sin perder el estilo.

Atravesamos la gigantesca puerta de Kaminarimon, que impresionaba con su enorme farolillo rojo colgando en el centro, como si marcara la entrada a un lugar con una energía especial. El ambiente vibraba: turistas, locales, incienso en el aire y ese murmullo constante que parecía una banda sonora de fondo.

Me tiré una foto delante de la pagoda de cinco pisos y quedó preciosa. El cielo estaba ligeramente nublado, lo que hacía que los colores resaltaran aún más. Había estanques con peces que se movían con una calma hipnótica y me dejaban embobada durante largos segundos. Era otro mundo, tan distinto al nuestro, y yo lo estaba viviendo en primera persona, de la mano de mi marido, con esa sensación de plenitud que solo se tiene cuando todo encaja.

Después de descubrir cada rincón, cada detalle tallado y cada pequeño altar escondido, salimos a la calle más antigua de Japón, donde había infinidad de tiendas y todo un universo de posibilidades para comprar *souvenirs*. Mario se lo quería llevar todo: abanicos, figuritas, dulces rarísimos, camisetas con kanjis que no sabíamos ni lo que significaban. Yo lo iba frenando porque era el primer día y ya me lo estaba viendo venir con la maleta explotando antes de tiempo.

Terminamos comiendo en un restaurante japonés, como no podía ser de otra manera. Había muchísima variedad de *sushi*, que era justo lo que más ganas teníamos de probar allí, en su tierra. Mario ya tenía localizado un restaurante para ir en otro momento a comer ramen, porque según él era el mejor valorado de todo Tokio y no pensaba irse sin probarlo.

Estábamos sentados junto a una cinta que iba pasando con platitos de *sushi* y tú cogías el que te llamara la atención. Era casi hipnótico verlos desfilar uno tras otro. Nos pusimos hasta las cejas y lo que me reía con Mario no tenía precio, porque le sacaba humor absolutamente a todo lo que pasaba en el restaurante. Estaba al loro de cada gesto, de cada cocinero, de cada cliente. Aquello para él era como una película en la que, por supuesto, él era el protagonista. Decía que tenía la sensación de que en cualquier momento se iban a levantar todos y nos iban a dar una paliza de karate por no saber usar bien los palillos.

Del restaurante cogimos un taxi hasta el cruce de Shibuya, tan famoso por esas mareas humanas cruzando en todas las direcciones a la vez. No nos podíamos perder ese espectáculo; además, éramos conscientes de que aquella zona era de las más animadas y modernas de la ciudad.

El cruce lo cruzó diez veces. Diez. Porque me hizo grabarle vídeos, echarle mil fotos y desde diferentes perspectivas: desde la esquina, desde el centro, desde arriba en una cafetería. Se había abierto un Instagram y decía que lo iba a convertir en modo bombero *influencer*. Yo me reía, pero en el fondo sabía que era capaz de hacerlo solo por la gracia.

La zona estaba de lo más ambientada, con pantallas gigantes, luces, música y un ir y venir constante de gente. Nosotros íbamos admirando todo cuanto veíamos a nuestro paso, intentando no perdernos detalle.

Nos metimos en un centro comercial y nos quedamos a cuadros. Jamás habíamos visto tantas tonterías juntas y por millones. Plantas enteras dedicadas a muñecos, accesorios, gadgets imposibles. A las chicas les encantaba llevar los bolsos y mochilas llenos de llaveros de muñecas de manga y de todo tipo; parecía un concurso de quién llevaba más colgando.

La gracia era que Mario me cogía las vueltas y empezaba a comprar de aquellos llaveritos sin sentido para ir colgándomelos en el bolso, que ya parecía una feria ambulante. Yo lo miraba fingiendo indignación, pero al final me tenía que reír sí o sí. No iba a cambiar en la vida, y en el fondo tampoco quería que lo hiciera.

Cenamos en la zona de Shibuya, en un restaurante de carnes donde te ponían un hierro caliente delante para que tú misma te la hicieras a tu gusto. Disfrutamos una barbaridad, porque era la carne tan famosa y cara de ellos, la Kobe. Madre mía, nos pusimos las botas. Cada bocado era mantequilla pura.

El tema es que en Japón el tabaco estaba muy vigilado y solo se podía fumar en la calle en los sitios habilitados para ello. No veías a nadie fumando mientras caminaba, porque eso estaba mal visto y conllevaba una buena multa. Así que, después de cenar, nos metimos en una de esas carpas acristaladas para echar el cigarrillo, rodeados de desconocidos en silencio, cada uno a lo suyo. Hasta eso tenía su orden.

Seguimos paseando porque todo estaba de lo más animado: luces, música, pantallas gigantes, y terminamos haciendo algunas compras más, ya que el pesado de Mario insistía como si fuese el único día del mundo en el que pudiésemos adquirir algo. Yo ya me rendía y lo dejaba disfrutar.

Llegamos al hotel a las once de la noche y tal era la humedad que decidimos meternos en la piscina de nuestra terraza para darnos un baño, tomando una cervecita y mirando aquella ciudad vibrante que parecía no dormir nunca. Desde allí arriba, Tokio era un mar de luces interminable. Era todo tan bonito y diferente que nos tenía completamente fascinados.

Nos quedamos en Tokio tres días más, en los que recorrimos los lugares más emblemáticos de la ciudad y disfrutamos de comidas japonesas que cada vez nos tenían más enganchados. Ya no era solo *sushi*; probábamos de todo, nos dejábamos aconsejar y descubríamos sabores nuevos a cada paso.

De Tokio fuimos a Kioto en el tren bala. Toda una experiencia que disfrutamos muchísimo, viendo cómo el paisaje cambiaba a una velocidad casi irreal. Parecía que viajábamos dentro de una película futurista.

Kioto nos enriqueció muchísimo y nos llevó a la parte más tradicional del país, donde había numerosos templos budistas, palacios, santuarios y casas de madera antiguas que parecían detenidas en el tiempo. Estuvimos en el bosque de bambú, donde el silencio imponía respeto, y en los santuarios más importantes. Fue un lugar que me llenó por completo, de esos que se quedan dentro para siempre.

Continuamos el viaje hacia otros puntos imprescindibles del país, recorriendo todo lo que no se podía perder en una luna de miel así. Quince días que disfrutamos como enanos en una cultura que empezó a apasionarnos mucho más allá del *sushi*.

Recorrimos no solo Kioto, sino también Osaka, Yokohama, Hiroshima y Sapporo, entre otros destinos que nos dejaron recuerdos imborrables.

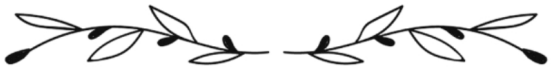
El último día regresamos a Tokio para pasar las últimas veinticuatro horas antes de volar a Maldivas, donde estaríamos otros cinco días. En esa ocasión nos quedamos en un hotel en pleno cruce de Shibuya y fuimos a buscar aquel lugar donde el ramen era tan valorado y que tanto nos había gustado.

El chico nos sonrió al vernos, porque la vez anterior habíamos ido por lo menos tres veces; nos tenía enviciados aquel sitio. Ya casi éramos clientes habituales.

Era increíble cómo el tiempo había volado y, a la vez, lo mucho que lo habíamos aprovechado, porque siempre estábamos en la calle descubriendo lugares nuevos y disfrutando de rincones que nos dejaban con la boca abierta.

La educación, la limpieza y los precios del país eran una locura, una muestra clara de una cultura ejemplar. Yo estaba profundamente agradecida por haber conocido aquellas tierras japonesas que se quedarían para siempre en mi corazón y de las que estaba segura de que no sería la última vez que visitaría.

Capítulo 35



Aterrizábamos en Malé, capital de las Maldivas, y yo estaba que no podía con mi felicidad. Iba a conocer un lugar que siempre me había llamado muchísimo la atención de verlo en innumerables viajes de algunas *influencers* que yo bicheaba en las redes.

Una avioneta nos trasladó hasta la isla en la que teníamos reservada la estancia. Un lugar todo incluido en el que te ponían una pulserita y a disfrutar de todo. Era de una cadena española muy famosa en el mundo.

Nos llevaron en un carrito hasta nuestra villa sobre el mar. Todo un espectáculo para la vista.

Mario dejó la maleta y se tiró al agua por el tobogán sin quitarse la ropa. Yo lo seguí e hice lo mismo. ¡Habíamos llegado al paraíso!

—¡Bienvenidos! —Escuchamos unos gritos y miramos hacia una de las terrazas de las cabañas.

—¡¡¡Familia!!! —grité emocionada al ver, en una terraza de una cabaña, a Marcos y Mirna. Y, al otro lado de la mía, en otra, a mi padre, Marcela y mi abuela. Estaba flipando en colores.

Por la cara de Mario, él sabía que iban a venir allí. De nuevo me enteraba la última de todo, pero estaba tan feliz que lo perdonaba.

Nos reunimos en la terraza de mi villa, que era la más grande. Entre abrazos y unas cervezas les contamos todo el viaje, a la vez que les enseñábamos vídeos que aún no habían visto.

Estaba tan feliz de tenerlos a todos en ese último tramo de nuestra luna de miel que no podía dejar de repartir besos y abrazos, a la vez que les decía cuánto los quería.

Nos fuimos en unos carritos a comer a uno de los restaurantes de la isla, que eran del resort y que entraban en el todo incluido. Bueno, realmente entraban todos los restaurantes y bares, era una gozada.

—Esto es vida —decía mi abuela con los pies en la arena mientras disfrutaba de un vino con la comida.

—Qué emoción que estemos aquí todos juntos —comenté con una sonrisa de oreja a oreja, aún asimilando el momento.

—Hija, y porque los frené, también querían ir al tour por Japón —decía mi padre con la risilla de medio lado.

—Yo con este lugar ya me siento reina —decía mi abuela mirando hacia todos los lados sin soltar su copita de vino.

—Es una maravilla. Es increíble la cantidad de rincones que hay en el mundo con tal belleza.

—Amor, yo te llevaré a visitarlos todos con la VISA de tu padre.

—Tú tienes un morro que te lo pisas. —Me reí negando.

—Te recuerdo que soy asesor fiscal documentado y bombero. Y en mente otro paso más para ser alguien mucho más. Al final dejo a mi hermano a la altura de una mierda.

—Suerte —le contestó este con la risilla suelta.

Marcos se preparó un plato de patatas fritas que era una montaña y, arriba, le puso cuatro huevos fritos. Mi abuela lo miraba impactada, haciendo gestos, mientras que los demás nos reíamos.

—¿Habéis visto mejor comida que las papas fritas con huevo?

—Hermano, la langosta, el caviar…

—Habló el indecente. —Volteó los ojos Marcos.

—Uno que entiende de calidad; tú a lo tuyo con esas leyes absurdas, que los demás entendemos de gastronomía.

—El rico frustrado.

—¿Frustrado? ¿Qué sabrás tú de mi economía cuando no la sabe ni mi mujer?

—¿Me escondes algo, vida? —le pregunté entre risas.

—Algún día te enterarás. —Me hizo un guiño y mi padre negaba, volteando los ojos.

Mario era de esos tíos que disfrutaban dándose un aire de superioridad, pero quien lo conocía sabía que, detrás de esa fachada, había todo un hombre que era un pedacito de pan, con un corazón que no le cabía en el pecho. Yo no es que solo lo amase, sino que lo quería muchísimo por ser esa persona que me alegraba la vida con sus absurdeces.

Después de comer nos fuimos a una de las piscinas que tenían barra acuática y que yo estaba deseando disfrutar.

Mi abuela le entró al chico de la barra de una manera que este se echó a reír y hasta se le saltaron las lágrimas. Tenía cada cosa ella que parecía que se le estaba pegando todo lo de los gemelos.

A mí me encantaba verla disfrutar y vivir los momentos como si tuviera sesenta años, y es que estaba tan bien que a veces me preguntaba si yo gozaría de esa genética.

Mi padre estaba sentado mirando hacia la playa y sonriente con su cubalibre en la mano. Estaba morenísimo y se le veía pletórico, aunque no me imaginaba que ese estado era por una señora que estaba revoloteando alrededor y que estaban coqueteando con las miradas. Ella estaba en todo momento sola.

Ni una hora después estaban charlando al borde de la piscina con sus copas en la mano y riendo como dos quinceañeros que se acababan de conocer.

—Tu padre folla esta noche —me dijo Mirna al oído y solté una carcajada.

—Ella es monísima y se le ve simpática —contesté mirando de reojo.

—Esa seguro que es una millonaria soltera que ha venido sola a pegarse unos días de desestrés, desconectando de todo y dándose algún capricho de compras.

—Madre mía, cómo conspiras.

—Se le ve en la cara, hermana.

—¿A que no sabéis lo que me ha pasado? —nos preguntó Mario, que venía del servicio.

—Si no nos lo cuentas… pero viniendo de ti, algo normal a lo grande —le decía Mirna con la risa suelta.

—Me he metido en el baño de mujeres. —Se echó a reír.

—¿Pero había mujeres?

—Una que se estaba pintando los labios y me tiró un besito al aire.

—¿Y qué hiciste tú? —le preguntó Marcos.

—Tirarle otro e irme a buscar el de hombres.

Nos teníamos que reír porque así era él. Si viniera de otro hombre, le hubiera dicho de todo, pero él vivía feliz en su mundo y no le hacía daño a nadie.

—Verás en nada a esa mujer buscando por aquí a tu marido —me dijo mi abuela a carcajadas.

—Pues nada, que se entretenga, mientras no me lo toque.

—¿Y si me toca, qué pasaría?

—Que te iban a llover hostias hasta en las muelas. —Le hice un guiño.

—Pues no miro, porque viene por allí. —Ladeó un poco la cabeza para señalarnos la dirección.

Y venía una joven llena de silicona por todos lados en dirección a la zona donde estábamos en la piscina. Mario me miraba con cara de terror y mi abuela lloraba de la risa junto a Mirna y Marcos.

Se puso a un lado de la barra, donde pidió algo, y miraba a Mario sonriente. Este estaba de espaldas, haciendo gestos de burla con la cara. Mi abuela lloraba de la risa descaradamente sobre la barra.

La gracia fue cuando se bajó del taburete, se acercó a nosotros y se presentó como Johanna, animadora del hotel. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que era una mujer trans. La cara de Mario, mirando para todos lados, era un poema. Se la veía simpática y nos contó que por la noche ofrecían unos *shows* muy buenos. Se marchó después de haber charlado un rato con nosotros.

—Que habías ligado, decías. —Le daba unos toques en el hombro Marcos mientras se reía.

—Uno que gusta a todos los géneros, envidioso.

Mi abuela explotó a reír porque, la verdad, había aguantado todo ese rato mientras ella charlaba con nosotros, pero nos despistó a simple vista; hasta que no habló y nos fijamos bien, no nos dimos cuenta de nada. Lo cierto es que nos había caído genial y era muy educada y simpática.

Perdimos de vista a mi padre y a aquella mujer. Seguro que se habían ido a tomar algo a otro lado o estaban en algún rincón de la enorme y preciosa playa que bordeaba la isla.

Nosotros nos habíamos hecho dueños de la piscina y, salvo que íbamos a darnos algún baño a la playa, todo el tiempo estábamos pegados a la barra acuática, donde se estaba de lujo y de lo más fresquito. Nada que ver con el calor asfixiante que había pasado en Japón, donde tenía claro que cuando volviese sería en otoño, invierno o primavera; en verano, nunca más.

Mi padre apareció solo más tarde. Venía con una risilla pícara y nos contó que estuvo en la otra playa, donde estaban las camas balinesas.

—Queremos información de esa mujer —le pidió Mirna con la risilla suelta.

—Eso, datos, datos, que no vengan a robarnos nuestra fortuna —soltó Mario y le di una colleja.

—Es italiana, se llama Isabella, habla perfectamente español, entre otros idiomas. Es periodista en varios medios para los que escribe columnas. Lleva tres años viniendo a esta isla para desconectar la mente. Hemos quedado luego para cenar. —Carraspeó.

—Ahí, ahí, un señor león y no huevón —le dijo Mario dándole en el hombro.

—Deja de ver series que quedaron en el tintero —le dije negando.

Mi padre cenó esa noche con ella, al igual que mi abuela con Marcela en la terraza de su villa. Sin embargo, nosotros cuatro nos decantamos por comer en uno de los restaurantes de la playa, sentados en unos pufs en el suelo y viendo un espectáculo de velas que iluminaban la noche, al igual que el manto de estrellas.

—Por nosotros, que somos lo mejor de lo mejor —dijo Mirna levantando la cerveza.

—Por el mejor bombero del mundo —se dijo a sí mismo Mario mientras me miraba con la sonrisilla de medio lado.

—No veas lo que está dando con lo de bombero; si llega a ser presidente del Gobierno, cualquiera lo aguanta.

—Mirna, eres un poco envidiosilla. No es mi culpa que te haya tocado un letrado que solo posa su culo en una silla y no tiene el morbo que yo, con mi uniforme, ofrezco a mi mujer.

—A tomar por culo todo —soltó Mirna—. Lo dicho, cualquiera lo aguanta de presidente del Gobierno —dijo, produciéndonos una risa a lo grande.

—Pues no me piquéis, que capaz soy de montar mi propio partido.

—No lo piquemos —pedí juntando las manos.

Comimos a base de picoteo y de probar un poco de la carta, donde no conocíamos la mayoría de los platos, pero nos la jugamos. Ese restaurante precisamente era de gastronomía local. Acertamos porque, quitando un plato de cerdo con una salsa que no nos gustó, el resto estaba bastante aceptable.

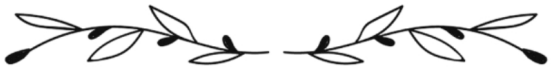
No podía creerme que los tenía a todos allí, viviendo ese momento tan especial en mi vida. Estaba muy feliz y emocionada.

El resto de los días los pasamos disfrutando de la isla, haciendo esnórquel o algún paseo en catamarán. Isabella se volvió parte del grupo y siempre estaba con nosotros. Era muy graciosa y congenió muy bien con todos.

Mi padre desprendía un brillo especial y se le veía muy cómodo junto a ella. Me preguntaba si aquello sería el principio de una historia de amor, pero solo el tiempo daría sus respuestas.

El caso es que los días volaron y regresamos, todos menos mi padre. Sí, él había decidido quedarse cinco días más junto a ella y todos lo apoyamos en la decisión. ¿Acaso la vida no consistía en arriesgar? Él se merecía que le pasaran cosas bonitas.

Epílogo



Seis años después…

—O frenas a las niñas, o las freno yo —le advertí a Mario.

—¡Mamá, que somos princesas malas! —dijo Marta, una de las gemelas.

—Las peores del mundo —soltó a carcajadas Valeria, la otra.

—Amor, si son muy graciosas, ten paciencia.

—Como se manchen, las vas a pagar tú —le advertí.

Las gemelas fueron concebidas en la luna de miel. Ahora contaban con cinco años y eran unas niñas muy pizpiretas e inquietas. A mí me tenían agotada.

Estábamos en una habitación de hotel de Venecia, al igual que el resto de la familia. Se celebraba aquí el enlace entre mi padre e Isabella, que habían mantenido una relación de lo más bonita. Ella se había convertido en una parte importante de la familia. Vivía en casa de mi padre desde hacía cuatro años y, como su trabajo de periodista era *online*, no tuvo ningún problema en seguir ejerciendo su carrera desde España.

Mi abuela seguía como una rosa. No era normal; a sus casi noventa años decía que seguía vivita y coleando por su copa de vino diaria. Daba alegría verla.

—¡Mamá, papá se ha tirado un peo!

—Me estáis poniendo de lo más nerviosa. Os aviso de que o paráis, o me voy a poner seria y vais a salir perdiendo.

—Papá, mamá está de muy mal humor —le dijo Marta.

—¿No podemos venderla? —preguntó Valeria, provocando una carcajada en su padre.

—Yo sí que os vendía a los tres; es más, pagaría y todo.

—Mamá, estás mintiendo —decía ya preocupada Marta.

—No sé yo hasta qué punto. —Rebufé, intentándome terminar de maquillar.

Mirna llamó a la puerta y las niñas salieron disparadas a abrirle al primo. Ella y Marcos habían tenido un niño poco después que nosotros; más tarde se casaron. El pequeño se llamaba Ismael, tenía cuatro años y era otro torbellino más para la colección.

Mario, desde hacía un año, era el jefe de la base de bomberos en la que había comenzado su carrera. Se había convertido en un gran padre, un marido entregado y una persona admirable. Mi mejor elección, sin duda. Eso sí, a las niñas me las tenía de lo más malcriadas, y luego la que ponía orden era yo.

Además, seguía llevándole los temas fiscales a mi padre. Sí, tenía su carrera y todo, pero a él le gustó jugar mucho al principio con sus misterios. Estaba muy orgullosa de él.

Yo dejé de trabajar cuando tuve a las niñas. Vivíamos en el piso grande y los otros dos los teníamos alquilados a buen precio, lo que me rentaba más de lo que cobraba en mi trabajo, así que eso fue lo que me empujó a querer dedicarme por completo a mi familia.

Después dejó su trabajo Mirna, animada por su marido e ilusionada por centrarse en la crianza de su hijo.

—Estás preciosa —me dijo al verme.

—Tú también, cariño.

Marcos llegó y se fue con Mario y los niños a la calle para dejar que me terminase de arreglar. Mirna me ayudó con el pelo y así fuimos más rápidas.

Conforme salíamos del hotel, escuchaba a los niños revoloteando. Sus padres estaban sentados en una terraza tomando un vino, sin reñirles lo más mínimo.

Me acerqué a los tres y les advertí que, o dejaban de chillar, o los iba a tener todo el día en la boda sentados en una silla. Se hizo un silencio inmediato y Mirna aguantaba la risa.

Aparecieron mi abuela y Marcela, que se sentaron con nosotros, y pedimos una ronda de vinos. Aún era temprano y mi padre se estaba arreglando, al igual que la novia. Juntos, así lo habían decidido ellos; querían salir de la mano.

La celebración se iba a hacer en una bodega que había allí, a dos pasos. El enlace oficial se celebró el día anterior y yo fui la madrina junto al hermano de Isabella.

Aparecieron los flamantes novios, ya casados desde el día anterior, de lo más guapos y elegantes, con unos trajes a juego en tono champán que eran una virguería. Se sentaron con nosotros. A los invitados se les había citado media hora más tarde en la bodega, así que les daba tiempo a disfrutar de un vinito con nosotros.

—Mamá, las primas me quieren tirar al canal y que muera ahogado.

—Yo me voy a cagar en mi vida. —Me levanté y llamé a las niñas, que vinieron a la defensiva señalando al primo—. Ya os quiero a los tres ahí sentados en esa mesa y callados.

—¿Y no podemos beber?

—Pedid lo que queráis tomar, pero callados. ¿Entendido?

—Pues yo me pido una cerveza —dijo Ismael, provocando la risa de su padre y de su tío, que dejaron de reír en cuanto los miré fulminándolos.

El día no había hecho más que empezar y ya me dolía la cabeza…

Mirna tenía un morro que se lo pisaba, hablando claro y sin tapujos. Su marido se lo tomaba todo a risa, igual que Mario, así que al final era yo la que se llevaba los sofocos; me pasaba el día riñendo a los tres y terminaba estresada cada jornada. ¡Qué ganas tenía de que crecieran!

El caso es que, si había algo que no se me olvidaba jamás, era tomarme la píldora, porque si algo tenía claro era que con las gemelas se acabó el cupo.

Llegamos a la celebración y había unas chicas de animación infantil que, además, actuaban como cuidadoras.

—Aquí tenéis a estos tres y no me los traigáis así no quieran comer —les dije, dejando a los primos con ellas.

—Tranquila, los cuidaremos.

—Mucha suerte —añadió Mirna, arrancándome una carcajada.

Tenían talleres de pintura, juegos y bailes, y estaba segura de que no había mejor lugar que ese para perderlos de vista un rato. No fuimos las únicas, porque todos los invitados que llevaban niños los iban dejando allí.

Fue una comida preciosa, llena de momentos emotivos, pero ninguno tanto como cuando, después de bailar ellos, mi padre me pidió que saliera y bailamos juntos otra canción. Se convirtió en un instante de lo más especial.

Tenía una familia preciosa y, pese a que las gemelas me tenían de lo más estresada, las amaba con todo mi alma; al fin y al cabo, eran un reflejo del padre.

Miré a mis hijas correr hacia el canal con sus preciosos vestidos y esa risa que parecía no tener fin. Miré a Mario discutir con Marcos sobre quién era el más guapo de la familia, mientras mi abuela brindaba como si el tiempo no existiera y mi padre, feliz, de la mano de Isabella, empezaba una vida nueva.

Hace años creí que no pertenecía a ningún sitio. Que si desaparecía, el mundo seguiría girando igual. Que nadie me esperaba al otro lado.

Y, sin embargo, allí estaba. Rodeada de mi familia, la de sangre y la que llegó después, pero que ya era indistinguible de la primera. Con un padre que nunca dejó de buscarme, con una abuela que me sostuvo incluso cuando yo no sabía que necesitaba sostén, con un hombre que me demostró que amar no es prometer, sino hacer, y con dos niñas que llevaban mi sangre y su locura, recordándome cada día que incluso del caos puede nacer algo hermoso.

No había sido fácil llegar hasta aquí. Hubo dudas, mentiras, orgullo y heridas. Pero también hubo segundas oportunidades, crecimiento y una certeza que ahora sí me acompañaba sin miedo.

La vida no siempre te da lo que sueñas, eso lo aprendí demasiado pronto. A veces te rompe los esquemas, te cambia los planes y te obliga a reconstruirte desde cero. Pero, si te quedas, si resistes, si decides apostar aun con el corazón temblando, puede terminar dándote algo mejor de lo que imaginabas.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, no quería estar en ningún otro lugar que no fuera este.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu